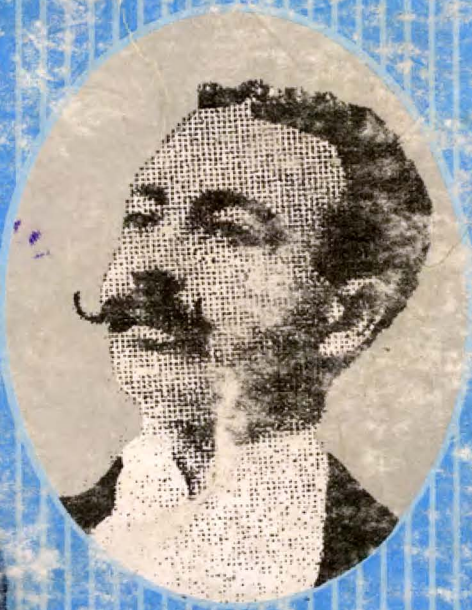
NACI EN EL FONDO AZUL DE LAS MONTAÑAS HONDUREÑAS

(ENSAYO SOBRE JUAN RAMON MOLINA)



861.3092
A694
c. 2

Marta Reina Argueta

NACI EN EL FONDO AZUL DE LAS MONTAÑAS HONDUREÑAS

(ENSAYO SOBRE JUAN RAMON MOLINA)

MARTA REINA ARGUETA

TEGUCIGALPA, JUNIO, 1990

© Marta Reina Argueta.
Primera edición: junio de 1990.
Carátula: Edmundo Lobo.

Fotomecánica: Carlos Enrique D. Aguilar.
Montaje: Carlos Enrique D. Aguilar y
Rita Patricia Centeno J.
Impresión: Reynaldo García.
Encuadernación: Georgina de Varela, Eduardo Bustillo,
Margarita Centeno, Carlos López y
Eunice García.

Todos los derechos reservados.
Impreso y hecho en Honduras.

Indice

		Página
I.	MARCO TEORICO	11
II.	LA PROSA	19
	i) Percepción Poética	19
	ii) La Filosofía	50
III.	LA POESIA	67
IV.	REFLEXIONES FINALES	133
BIBLIOGRAFIA		149
ANTOLOGIA DE JUAN RAMON MOLINA		153
	Prosa	155
	Poesía	201

"...estar organizado
para la lucha y para la victoria
y ser, a pesar de eso, un fracasado."

Juan Ramón Molina

I.
MARCO TEORICO

I. MARCO TEORICO

Este ensayo es un estudio crítico sobre la poesía de Juan Ramón Molina. Desde hace mucho tiempo venimos oyendo a mucha gente decir que Molina es nuestro máximo poeta; pero por más que se ha buscado no hemos encontrado un trabajo satisfactorio que se aproxime analíticamente a su obra y diga en forma precisa y en base a estudio, el lugar que ocupa en la poesía nacional, en la poesía centroamericana, en relación con la poesía de Rubén Darío y con respecto a la evolución de la poesía latinoamericana, que nos diga en síntesis por qué Molina es un gran poeta. La bibliografía sobre el poeta es amplia y no podemos negar que existen varios trabajos interesantes, por ejemplo el de Julio Escoto y el de Miguel Angel Asturias; otros estudios

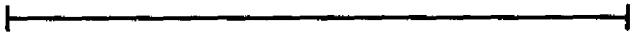
son biográficos, producto de una investigación exhaustiva como el de Humberto Rivera y Morillo y el de Eliseo Pérez Cadalso, otros hacen énfasis en el aspecto anecdótico como el de Arturo Oquelí. Como comprobará el lector a lo largo de este trabajo, el ensayo que ahora ofrecemos es diferente, abriga la pretensión de estudiar la obra de Molina en sí misma, haciendo énfasis en el aspecto analítico y no en el anecdótico.

Efectivamente, en la vida de Juan Ramón Molina se pueden apreciar por lo menos dos tipos de conducta. En un primer comportamiento Molina se manifiesta como un poeta genuino con un potencial poético del mismo nivel del de Rubén Darío, el poeta universal, con esa capacidad de "ver" más allá del ámbito que vemos nosotros los simples mortales, con esa facultad de "trascender" que caracteriza a los verdaderos poetas. Es en este desempeño que Juan Ramón Molina constituye un legítimo orgullo de la raza de nuestro pueblo. Sin embargo, hay un segundo comportamiento de Molina menos celestial y más terreno, cuando vuela a ras de tierra luchando por el sustento cotidiano. Aquí es anecdótico y en algunos momentos se vuelve hasta antipático.

El ensayo que a continuación desarrollamos hace énfasis en el primer comportamiento, en el Molina poeta y descartamos el aspecto anecdótico de su personalidad.

¿Cómo acometer semejante desafío?

El marco teórico que utilizamos es el siguiente. En un extremo, estudiamos la percepción poética de Molina, esa capacidad de "ver" más allá que los demás, esa facultad de "trascender" la superficie de las cosas, lo cual se traduce en "visiones", "percepciones" e "intuiciones" del poeta. En el otro extremo estudiamos la filosofía, la visión del mundo del poeta. La filosofía puede ser el fundamento de la época romántica, modernista, vanguardista o postvanguardista. Puede haber auténtica o dañina filosofía en cada época literaria. Si se combina la percepción poética con una filosofía auténtica modernista, el resultado es auténtica poesía modernista; pero si se combina con una filosofía negativa, dañina, inauténtica, el resultado es una poesía modernista en decadencia. Gráficamente el marco teórico sería:



Dada la percepción poética, la cual coincide con la filosofía positiva en el extremo izquierdo de la gráfica anterior, la verdadera variable es el deterioro de la filosofía hasta convertirse en una filosofía negativa cuando hay un desplazamiento del extremo izquierdo, hacia el extremo derecho del gráfico. En el

extremo izquierdo, cuando coincide la percepción poética con la filosofía positiva hay auténtica poesía ya sea romántica, modernista o vanguardista. Si del extremo izquierdo nos desplazamos hacia el extremo derecho, la filosofía se vuelve cada vez más negativa y la calidad de la poesía correspondiente se va deteriorando.

El objeto específico del ensayo es determinar en qué punto de dicho recorrido se encuentra cada momento de la evolución poética de Juan Ramón Molina, desde su poesía romántica hasta la modernista pasando por su prosa poética.

Una característica que queremos destacar sobre nuestra metodología de aproximación al estudio de la poesía de Juan Ramón Molina es que el análisis lo hacemos desde dentro, es decir a partir de la obra de Molina (prosa y verso). La otra característica que tiene nuestro ensayo es que sorprendemos a Molina en el momento de su creación, apelando directamente a su espíritu en el instante creativo. Por ello no estudiamos la regla, ni el metro, nos aproximamos en vivo al poeta. El lector dirá si lo conseguimos.

Juan Ramón Molina es de los pocos poetas que al escribir su prosa dejó las huellas para dilucidar su propia poesía. Este estudio se desarrolla siguiendo esas huellas.

Este ensayo forma parte de un proyecto más extenso que tiene por objeto estudiar críticamente la

literatura nacional en sus hitos más sobresalientes, desde finales del siglo pasado hasta el presente.

Nos llenaría de satisfacción si este trabajo logra despertar en los lectores un renovado interés en la lectura o relectura de la obra de Juan Ramón Molina.

La obra consultada de Juan Ramón Molina está contenida en las siguientes publicaciones:

1. **Prosas**, Secretaría de Cultura y Turismo, Teg. 1984.
2. **Tierras, Mares y Cielos**, Imprenta Calderón, Teg. 1937.
3. "Los Poetas como Educadores de la Raza". **Revista Ariel** de don Medardo Mejía, Teg. nov. 1967.

El ensayo está organizado en la forma siguiente:

Después de este primer capítulo que provee el marco teórico analítico, le sigue un segundo capítulo que examina la prosa poética de Molina, enseguida el Capítulo III hace una aproximación a la poesía de Molina. Finalmente, el Capítulo IV reúne las reflexiones finales inducidas por el estudio crítico que se hace de la obra del poeta hondureño Juan Ramón Molina.

Para comodidad del lector se reúnen en el anexo en forma completa, las composiciones en prosa y las poesías de Molina citadas parcialmente a lo largo del texto.

II.
LA PROSA

II. La Prosa

Lo primero que se advierte en el estudio de la vida de Juan Ramón Molina es su potencial poético, su capacidad de "ver" más allá de lo que ven los demás. La persistencia de esas visiones, de esas imágenes es tan intensa que no lo abandonan hasta convertirse en palabra escrita, primero en prosa poética y después en poesía pura. Veamos algunos ejemplos de lo que se está diciendo.

i. Percepción poética

Cuando en 1892 viaja por el Mar Pacífico de Amapala rumbo a Guatemala quedan grabadas en su espíritu las siguientes impresiones, las cuales verterá en prosa poética en una composición que se llama: "Las Olas".

"El mar era vasto, fosforescente, misterioso. Monstruosas sombras abrían sus fauces negras delante del vapor, a ras de la líquida superficie, mudas, enmarañadas, hoscas, llenas de vagos pliegues de casi invisibles estremecimientos, como si gozaran de vida real sobre la gran palpitación de las aguas.

Arriba -en el fondo de un cielo impasible- había un moribundo centelleo de astros y abajo, en el elemento salobre, como enormes luciérnagas, como colosales sierpes lívidas, como la estela de plata de un meteoro, saltaban puntos luminosos, enroscábanse círculos de fuego pálido, y brillaba la estela del vapor, que movía su máquina y sus hélices, rompiendo la red líquida, golpeando el agua, haciendo estallar furiosos copos de espuma, y produciendo un traqueteo sordo y monótono.

Y una fresca brisa soplaba trayendo una oleada de exóticos perfumes, humedeciendo las frentes ardorosas y pensativas, alborotando las cabelleras descubiertas, hinchando los pulmones y el pecho abierto al horizonte.

Y arriba seguía el centelleo de los astros. Y abajo el ruido de las olas".(1)

Recuérdese que Juan Ramón Molina era apenas un adolescente de 17 años que iba hacia Guatemala en vía de estudios, alejándose de las convulsiones políticas de la Honduras de 1892. En la anterior

(1) "Las Olas", **Prosas** de Juan Ramón Molina, Secretaría de Cultura y Turismo, Teg. 1984, pág.91.

composición ya se aprecia la sensibilidad del poeta y su capacidad para "ver" más allá de la superficie de las cosas. Efectivamente, las olas del Mar Pacífico se transforman en monstruos de fauces negras que gozan de vida real, en enormes luciérnagas, en colosales sierpes lívidas, en círculos de fuego que se enroscan, en estelas de plata de un meteoro. También quedó grabado en su alma la fresca brisa que sopla trayendo una oleada de exóticos perfumes, humedeciendo las frentes ardorosas y pensativas. Estas visiones e impresiones grabadas en su espíritu con ocasión del viaje por el Mar Pacífico con rumbo a Guatemala, son tan intensas que no quedan en prosa poética únicamente, también las vierte a poesía pura a juzgar por los siguientes poemas:

Veamos las últimas dos estrofas del poema "Adiós a Honduras".

La fresca brisa con su beso alivia
mi frente que arde, y tibia
aspiro una ola lánguida de aromas.
¡Efluvio de mis rústicos alcores!
¡Hálito de mis flores!
¡Emanaciones de mis verdes lomas!

Queda la Isla del Tigre tras la quilla
del vapor; el mar brilla
salpicado de espumas luminosas,

que se encadenan y forman luego
mil culebras de fuego
sobre las negras aguas temblorosas.(2)

El tránsito de prosa a poesía casi es literal; pero veamos más detenidamente esta metamorfosis. En prosa se habla de la fresca brisa que sopla trayendo una oleada de exóticos perfumes humedeciendo la frente ardorosa. Esta impresión se convierte en la primera estrofa citada anteriormente.

La fresca brisa con su beso alivia
mi frente que arde, y tibia
aspiro una ola lánguida de aromas.
¡Efluvio de mis rústicos alcores!
¡Hálito de mis flores!
¡Emanaciones de mis verdes lomas!

En la segunda estrofa se habla de espumas luminosas, de la brillantez del mar, de culebras de fuego, de negras aguas temblorosas que corresponden a similares imágenes de la prosa: mar fosforescente, centelleo de astros, olas como luciérnagas, puntos luminosos, estelas brillantes, círculos de fuego que se enroscan como culebras de fuego, sierpes lívidas.

---

(2) "Adiós a Honduras", **Tierras, Mares y Cielos**, Juan Ramón Molina, Teg. 1937, Imprenta Calderón, pág.116.

En el soneto "La Ola", el segundo cuarteto dice:

Inquieta luego, de temblores llena,
se enarca como sierpe silbadora,
o apagándose rueda arrulladora
con un grave susurro de colmena.(3)

Los círculos de fuego que se enroscan y las sierpes lívidas de la prosa se transforman en "sierpe silbadora que se enarca" en el soneto "La Ola". Lo que se quiere destacar en este proceso de creación poética de Juan Ramón Molina es su autenticidad. Las imágenes que desembocan en la poesía no son arbitrarias, superficiales o improvisadas, nacen de una legítima experiencia personal precisamente por su capacidad extraordinaria de "ver más allá" propia del poeta genuino. Esas impresiones persisten por largo tiempo, las vierte en prosa y resulta una prosa poética, las pone en verso y surge una poesía auténtica.

Veamos otras impresiones, intuiciones y visiones para ir familiarizándonos con la manera de captar y percibir la realidad propia de Juan Ramón Molina, la cual constituye la primera fase de su proceso de creación poética.

En una composición corta de 1896 llamada "Mística", dice:

---

(3) "La Ola", **Tierras, Mares y Cielos**, Juan Ramón Molina, pág.215.

En los brillantes candelabros de plata, los cirios de cera pálida formaban como un bosque armonioso, donde florecían las llamas, semejantes a rosas de fuego. El órgano sollozaba, se lamentaba, gemía larga, ronca, profundamente, enviando su música grave bajo los arcos de piedra del templo del Señor. Sobre el altar, en la eminente cúpula, en un fondo de azur constelado de astros de oro, los Padres de la Iglesia alzaban, en beatitud extática, los brazos y los ojos al cielo, en ademán de implorar al Omnipotente.

En el fondo del altar, en un círculo de querubines de rosa y de ángeles blondos, en una apoteosis de palmas de plata y de pendones místicos, en un incendio de luces y de resplandores, estaba la Virgen María, atravesado el corazón por un puñal resplandeciente; y a sus pies, en las primeras gradas de la capilla, veíanse las ofrendas, las coronas de laurel, los ramos de esmalte, todo un jardín irisado y artificial; y más abajo, sobre las frías baldosas, y más allá, bajo las arcadas, en la claridad de las grandes puertas, estaban humildemente de hinojos los ancianos creyentes, las viejas devotas, los niños y las niñas pensativos, la numerosa grey, el rebaño místico, todos los fieles a las banderas de Cristo, y por sobre esa multitud en adoración, luego que calló el órgano y que pasaron los rezos y las letanías, volaron dulcemente, alzándose a lo lejos como una bandada de alondras, los cánticos de un coro de vírgenes, cánticos claros, puros, cristalinos, que hicieron estremecerse de gozo al viejo templo católico, como si hubiesen resucitado los buenos tiempos en que la Fe terrible fortaleció las almas de los hombres".(4)

(4) Mística. Juan Ramón Molina, **Prosas**, pág.24.

En 1896 a los 21 años, Juan Ramón Molina ya domina una prosa nítida a juzgar por la composición anterior. Sin embargo, lo que se desea destacar en este momento es esa facultad del poeta para penetrar más allá de la realidad superficial. En efecto, cuando asiste a un templo del Señor, el poeta siente más allá del mero acto litúrgico, capta esa atmósfera de misticismo, entendiendo éste en el sentido de tener una conciencia directa de Dios, sin intermediarios. Repárese en su capacidad de "ver más allá". Véase cómo los cánticos de un coro de vírgenes, cánticos claros, puros, cristalinos, la imaginación del poeta los transforma en una bandada de alondras, volando dulcemente, alzándose a lo lejos...
Otra composición de la época es "Excélsior"

> Vuela siempre hacia arriba, hacia la cúspide del monte coronado de águilas, hacia la gloria de la luz. No lleves en tu garra de hierro las piltrafas de las carnes de tu enemigo: ni en tu ojo rutilante el fuego del odio que sientas por él, ni en tu pico, hecho para partir las viscosas víboras, el rastro de la sangre de su corazón. Vuela a lo alto, limpio el plumaje del limo de la ciénaga de la vida. No seas el buitre de ningún Prometeo. No agotes jamás el hígado de los grandes encadenados en el peñón de los egoísmos sociales. No causes tormentos, ni sordas iras, ni envidias bajas, ni rivalidades ruines. Sé generoso. Sé noble. Sé leal. Anida en los cóncavos de las montañas bíblicas; busca la compañía de los espíritus excelsos: júntate a la cuadriga de las almas superiores. Que te atraiga

la nube; que tiendas el ala a la estrella de la mañana; que rompas por un éter sereno. Sube, sube, sube; y si bajas, si quieres bajar, baja prendido a la crin de los huracanes. Vive con dignidad bajo el sol. Vuélvete a las auroras y salúdalas; vuélvete a los ocasos y salúdalos también. En tu roca no deben crearse musgos raquíticos; ni yerbas venenosas, ni cactus enconados. Abate el vuelo en las selvas clásicas y en los bosques románticos. Forma tu nido con laurel y encina. Bebe luz a torrentes. Desde tu altura domina todos los horizontes, sigue la dirección de todos los vientos, estremécete bajo todos los soplos del cielo. Pon el oído a los rumores de la muchedumbre, a las palabras del abismo, a las voces de los espíritus. No tengas fiebres, ni insomnios, ni desesperaciones, ni desmayos, ni vértigos, ni alegrías locas, ni cóleras pasajeras. Esto turba la serenidad grandiosa del alma y hará de ti un neurasténico, sujeto al cambio del clima, a las fases de la luna, al humor de los demás. Hazte olímpico. Endiósate, si puedes. Depura tu miserable barro. Porque en verdad te digo, que el que quiere ser superior, el que aspira a subir a las encumbradas regiones del arte, el que siente que tiene alas en los hombros, debe olvidarse de las infinitas miserias humanas, de las injusticias de la suerte, de las burlas del destino y debe esperar, con el ánimo del justo, aunque el dolor le tienda su arco, la hora cierta del triunfo de la razón, la hora de Dios; hora que ha llegado, que está llegando, que llegará siempre, aunque los réprobos y los malvados se multipliquen como los peces del mar y los insectos de la tierra.(5)

---

(5) Excélsior. Juan Ramón Molina, **Prosas**, págs.3-4.

Esta composición se muestra para constatar que Juan Ramón Molina no siempre fue un torturado, rezuma optimismo, fuerza, empuje hacia arriba y conciencia de la misión del poeta. Es un verdadero manifiesto del arte de Juan Ramón Molina. El equivalente en verso de esta prosa corresponde al poema "El Aguila", con la diferencia sustancial que marca un punto de inflexión en la evolución de Molina, de que el poema termina con la caída del águila blasfema, cuando hecha cadáver la arrojó al abismo un repentino rayo. En cambio, la composición en prosa está incontaminada de esa caída simbólica, es pura, optimista e inocente en su avance hacia el cielo ¡Excélsior! Más adelante, cuando avancemos en el conocimiento de la creación poética de Juan Ramón Molina, se verá como este punto de inflexión está determinado básicamente, como dice Molina, "porque absorbí los éteres de la filosofía y todos los venenos de la literatura" ("Madre Melancolía", **Tierras, Mares y Cielos**, pág.189).

¿Cuáles son las visiones e impresiones de Juan Ramón Molina en relación con la naturaleza?

El 3 de diciembre de 1897, recién llegado de Guatemala, da a conocer en Tegucigalpa su composición en prosa: "El Grillo".

> El grillo es más viejo que las inscripciones de las pagodas indostánicas, que los ladrillos cuneiformes de Babilonia, que las apergaminadas momias de

Egipto.

El grillo es contemporáneo de la selva carbonífera. En medio de aquella vegetación monótona, en la glacial obscuridad del mundo primitivo, el grillo, rey y señor del planeta, cantó mucho tiempo, tal vez algunos siglos, oculto en los rumorosos follajes.

De este modo se acostumbró a la sombra, a encariñarse con las tinieblas, a vivir en la dilatada noche que envolvió el mundo naciente, aún no purificado de los miasmas del Caos.

El, desde el fondo de los temerosos bosques, vio las primeras bandadas de enormes cocodrilos, abriendo las jetas sobre los pantanosos ribazos, que limitaban los terribles mares de entonces.

El vio a los colosos de las olas, a los ictiosauros y plesiosauros, abortos de un génesis delirante, devorarse a terribles dentelladas en la cima de una montaña líquida, rechinando las mandíbulas de hierro, retorciendo sus metálicos anillos de dragón y azotando con la cola el hervor oceánico.

El, debajo de una hoja, en un hueco de la corteza de un árbol, escondido entre los guijarros, oyó el rumor de los pasos de los rebaños de monstruos, de los colosales cuadrúpedos; escuchó los resoplidos de sus elásticas trompas alargándose entre las yerbas, y sintió que desgajaban a su alrededor, arrancadas de cuajo por sus hocicos formidables, las corpulentas ramas de los grandes árboles.

El asistió a la edad de piedra y conoció al velludo oso de las cavernas y al reno, que llevaba sobre el testuz un bosque de cuernos.

Cuando vino el reino de la luz, cuando el sol brilló alegremente sobre las sombrías cordilleras, el grillo se puso triste, sintió la nostalgia de la obscuridad y

colgó su violín entre las hojas, que empezaban a colorearse de un verde brillante.

Así se explica su silencio durante el día; su indiferencia por todo lo que está bañado de fulgores, su desprecio por la flora del mundo contemporáneo.

Es un asceta, una especie de monje entre los insectos. Nunca sale de su agujero, de su cueva, del rincón en donde vive.

Casi no tiene idea de lo que es nuestra naturaleza, porque no la ha visto a la luz del día, ni quiere tampoco verla.

Es uno de esos retrógrados inconscientes del mundo animal; un infeliz sonámbulo de la gran noche que siguió al relámpago del génesis; un extraño en la tierra actual.

Nunca ha visto una mariposa, ni sabe lo que es una libélula, ni ha tenido coloquios de amor con las violetas, ni se ha dormido sobre el voluptuoso seno de las rosas de abril.

Es un músico desgraciado. Su instrumento, su monótono y viejo violín, no tiene más que una cuerda, una chillona y destemplada cuerda, que él hace sonar incansablemente en las largas horas de la noche, lamentando su mísera suerte y echando de menos su tenebroso reinado de otros tiempos.

Por eso su serenata es tan triste. Oyéndola, fijándose en ella, siguiendo su chirrido sin término, vienen vagamente a la memoria las épocas geológicas, se hunde la imaginación en un caos informe, y aparecen, en un crepúsculo indeciso, vegetaciones raras y fantásticas.

El grillo se calla a la aurora. Presiente la luz, la odiada luz, y se oculta tímidamente. Buscadlo entre las matas, buscadlo en el césped, averiguad su pa-

radero y es fácil que no deis con él.

Pero si os empeñáis, si persistís en vuestro intento, si removéis las piedras, un insecto obscuro brincará ante vuestros ojos, procurando ocultarse por todas partes.

Es el grillo, el infeliz proscrito, el eterno desterrado del día, que huye, saltando trabajosamente en busca de un asilo miserable en donde ocultar su vergüenza y su timidez.

Dejadlo escaparse; no lo persigáis; no cometáis la ingratitud de matarlo. Acordaos de que cuando él vino al orbe; de que cuando él alegraba la horrible selva carbonífera; de que cuando él imperaba como dueño del mundo vegetal, el hombre, el déspota de hoy, el que arranca el rayo del vientre de la nube; el que arranca el coral del fondo del océano, el que arranca el oro de los riñones de la roca, aún no pisaba con el pie desnudo la tierra virgen, ni había vencido al león africano, ni había domado al corcel árabe, ni había sentido la cariñosa lengua del perro lamiéndole las plantas.(6)

Después de decir que el grillo es uno de los animales más viejos sobre la creación de la tierra, cuando el grillo imperaba como dueño del mundo vegetal "el hombre aún no pisaba con el pie desnudo la tierra virgen, ni había vencido al león africano, ni había domado al corcel árabe, ni había sentido la cariñosa lengua del perro lamiéndole las plantas".

---

(6) El Grillo, Juan Ramón Molina, **Prosas**, págs.88-90.

La facultad de penetración de Juan Ramón Molina lo induce a asociar el sonido del grillo ("su monótono y viejo violín de una cuerda chillona" su "serenata triste"), cual reflejo condicionado lo lleva a rememorar épocas geológicas, se hunde la imaginación en un caos informe, y aparecen, en un crepúsculo indeciso vegetaciones raras y fantásticas. Ante esta visión que le produce el sonido del grillo, no es extraño ni casual que haya sido adoptado por Molina como símbolo de la muerte. Efectivamente, en la composición en prosa, "El Grillo de la Muerte" se lee:

> "De repente, los lamentos dejaron de oírse,
> reinó un silencio de tumba, y un grillo,
> oculto quién sabe dónde, entonó su chirrido
> monótono. Un chirrido monótono sin término,
> fúnebremente largo, venido de una noche
> pavorosa como del fondo de la eternidad".(7)

En la composición anterior el chirrido del grillo se asocia con la muerte del zapatero. El sonido del grillo es un símbolo de muerte, que viene de una noche pavorosa como del fondo de la eternidad.

En "La Intrusa" rememorando el momento de la muerte de su esposa ocurrida en 1902 dice Molina.

---

(7) El Grillo de la Muerte. Juan Ramón Molina, Prosas, pág.49.

"En el techo, desde las rendijas, los grillos chirriaban interminablemente, tal como en la noche milenaria del mundo".....(8)

.....

"..... del río no llegaba un solo rumor, únicamente un grillo prolongó su fúnebre chirrido, que parecía ir de su escondrijo al fondo de la Eternidad."(9)

En los tres ejemplos mencionados "El Grillo", "El Grillo de la Muerte", "La Intrusa", la imagen que provoca en el poeta el sonido del grillo es la misma: prolongación de su chirrido = eternidad = muerte. Es oportuno destacar la persistencia de la imagen en distintas composiciones que corresponden a momentos diferentes en el tiempo, lo cual habla a favor de la autenticidad de Molina como poeta.

En una composición en prosa que publicó en 1897 "En el Golfo de Fonseca", dice Molina.

Esa mañana había sido espléndida. Corría una brisa fresca y suave, impregnada ligeramente de yodo y salitre. Las aguas del mar tenían un color plomizo e innumerables olillas se levantaban apenas, parecidas a las que se elevan en la superficie de un estanque, al caer las primeras gotas de una lluvia. A veces se reunían esas pequeñas olas, se hinchaban, parecían próximas a estallar; pero se

(8) La Intrusa, Juan Ramón Molina, **Prosas**, pág.56.
(9) Ibídem, pág.58.

sumergían luego debajo de las otras como si fueran uno de tantos monstruos cuyo dorso sobresale a intervalos en las ondulaciones de las aguas del mar. El cielo tenía un color lechoso, un color de ópalo, suavemente bañado de rosa. En el oriente empezaba a ascender el sol; pero era un sol pálido, como visto a través de un vidrio opaco. Grandes resplandores partían de aquel foco luminoso, entre los que flotaban mil nubecillas ligeras, nacaradas, solas, implacables, semejantes a copos de espumas o alas de ángel. Poco a poco una luz más intensa, más brillante fue disolviendo el rosado del cielo, y el sol, un sol magnífico, un sol de fuego, un sol de púrpura, apareció en el espacio, que se transformó en bruñida bóveda de plata, en convexo espejo resplandeciente. El mar se tiñó de tonos azulados, y nuestra balandra, llevada antes a grandes golpes de remo, hinchó su vela latina y se deslizó como un gran cisne. En la popa un marinero atezado fumaba tranquilamente, recibiendo los rayos del sol en el rostro. Un delfín, oscuro y enorme, apareció a proa, meciéndose con voluptuosidad. Luego otro. Después más, hasta formar un grupo que se sumergía de súbito, saliendo después a la superficie y alejándose con lentitud en el vaivén de las ondas. La balandra, después de ganar una punta, entró en los esteros, llenos de un agua tranquila, sin brillo, casi transparente. El viento, que antes aleteaba en la lona, plegó dulcemente las alas. Los remeros inclinándose para adelante y para atrás, a un mismo tiempo, como movidos por un resorte, batían el agua, que se desgarraba, formaba pliegues rápidos, vórtices y borbollones de espuma efímera. Aquello tenía cierta armonía, estaba sujeto a un compás, era una extraña

música que corría sordamente sobre las amargas aguas tranquilas. Dos pelícanos volaron sobre nuestras cabezas, lanzando dos gritos roncos, que sonaron aislados, huecos, ásperos, quedando como suspendidos en la atmósfera seca.

Uno de ellos se precipitó en el agua, produjo una explosión de gotas al chocar con ella, y voló de nuevo, llevando en el pico un pez, que brilló a la luz del sol como una ascua de oro. La balandra pasaba lentamente entre islotes poblados de manglares verdes, de un verde subido, lustroso, invariable. Al pie de los troncos se entrelazaba un bosque de raíces, de lianas, de restos vegetales, confundiéndose, amalgamándose y pudriéndose, para formar, con el eterno contacto del agua, un detritus negruzco y espeso, que se modifica en el verano, dando así asilo a las alimañas salvajes. Una bandada de palomas marinas pasó a lo lejos, cortando el horizonte. En el fondo de aquella vegetación mórbida, en marcos de verdura, veíanse algunas garzas de color de nieve, estiradas, inmobles, como petrificadas sobre las ramas. En la copa de los manglares chillaban los loros, cantaban pájaros desconocidos, formando un concierto inarmónico, extraño, indefinible. Presentíase que entre aquellas hojas, entre aquellos troncos, entre aquellas raíces, presentíase que sobre aquellas aguas, sobre aquel limo, sobre aquellas plantas, se agitaba una vida superabundante, magnífica y primitiva; una vida que hacía surgir de las aguas el sedimento, y del sedimento las raíces profundas, y de las raíces los manglares, y de los manglares las moscas zumbadoras de los trópicos, los insectos venenosos, armados de taladros invisibles, de sierras diminutas; y me pareció por un

momento, que aquel paisaje era de otros tiempos, de otras épocas lejanas, apenas sospechadas por los geólogos, y ví, en la imaginación, las primeras capas terrestres, los grandes helechos trémulos, los bosques de coníferas, poblados de cigarras y de grillos, adiviné la formación de nuestro planeta, las misteriosas incubaciones, los gérmenes ocultos de la vida; y un génesis profundo, sabio, inmortal, íntimo, supremo, llenó mi cerebro de luz y mi corazón de amor, haciéndome retroceder un millón de siglos, desvaneciéndome en el estremecimiento de una vida inmensa y bondadosa, hundiéndome en el océano de leche del Cosmos y obligándome a bendecir al Dios que arrojó el grano de arena al piélago marino, y el astro, otro grano de arena al piélago infinito del vacío.(10)

Juan Ramón Molina navegando entre los islotes del Golfo de Fonseca al contemplar la vegetación que surge como telón de fondo del mar, de pronto y en ejercicio de sus facultades poéticas aparece en su espíritu una de sus visiones.

".....y **me pareció**, por un momento que aquel paisaje era de otros tiempos, de otras épocas lejanas, apenas sospechadas por los geólogos; y **ví** en la imaginación, las primeras capas terrestres, los grandes helechos trémulos, los bosques de coníferas, poblados de cigarras y de grillos, **adiviné**, la formación de nuestro planeta.....; y un génesis

(10) En el Golfo de Fonseca. Juan Ramón Molina, **Prosas**, págs.27, 28, 29.

profundo... **llenó mi cerebro de luz y mi corazón de amor**, haciéndome retroceder un millón de siglos, desvaneciéndome en el estremecimiento de una vida inmensa y **bondadosa**, hundiéndome en el **océano de leche** del cosmos y obligándome a **bendecir al Dios**.....(11)
(El subrayado es nuestro).

Este es un ejemplo convincente del vidente que "ve" más allá que los demás mortales que iban en la balandra.

Profundicemos más en esta visión de Molina en el Golfo de Fonseca. Obsérvese cómo la visión se va ensanchando en círculos concéntricos cada vez más amplios "haciéndome retroceder un millón de siglos" y "hundiéndome en el océano de leche del Cosmos" hasta desembocar en una "vida inmensa y bondadosa" "obligándome a bendecir a Dios...." y llenando "mi corazón de amor". Adviértase que penetrando más allá de la superficie de las cosas, el poeta Molina alcanza percepciones cuyo fundamento esencial es la unidad y la armonía del universo. Recuérdese cómo este principio del pitagorismo esotérico está en la base de la concepción poética de Rubén Darío y por consiguiente también en la concepción fundamental del modernismo. Las visiones de Juan Ramón Molina aquí examinadas proporcionan el fundamento

---

(11) Ibídem, pág.29.

para afirmar que el poeta Molina, al igual que Rubén Darío, había alcanzado también esta visión del universo. Es en este sentido que se dijo al comienzo de estas páginas que Juan Ramón Molina poseía un potencial poético de similar nivel del de Rubén Darío. Aquí agregamos que esta concepción original del poeta Molina, similar a la de Darío, es la que fundamenta la técnica modernista del poeta Molina.

Examinemos ahora la composición en prosa de 1897 llamada "Natura". En ella es digno de destacar la fina capacidad de observación del poeta.

Estando sentado a la margen de un río observa la lucha por la vida entre un gusanillo y un moscardón y cómo éste es víctima a su vez de un pájaro tornasolado. Dice el poeta:

> "Mis ojos, fijos en aquellas escenas, se humedecieron entonces, no se si de placer o de dolor. En un segundo averigüé uno de los más terribles y sombríos misterios de la naturaleza, ante el cual no valen nada los de Eleusis: **el misterio de la vida y de la muerte.**
>
> Aquel gusanillo devorando el tallo, aquel moscardón devorando el gusanillo y aquel pájaro devorando al moscardón, me revelaron **el equilibrio de la vida, el equilibrio de la naturaleza, el portentoso equilibrio universal.**"(12)
>
> (El subrayado es nuestro).

---

(12) "Natura", Juan Ramón Molina, Prosas, pág.86.

Vemos cómo una simple observación superficial llevó al poeta a inferencias trascendentales, nada menos que a explicarse el misterio de la vida y de la muerte y a vislumbrar "el portentoso equilibrio universal", lo cual constituye también un principio del pitagorismo esotérico, base fundamental de la poética de Rubén Darío y del modernismo. Se han examinado las visiones de Juan Ramón Molina respecto a la naturaleza, ahora vamos a ver las percepciones del poeta respecto al hombre mismo. En relación a este tema tiene una composición que llama "Genus Homo" que se transcribe a continuación:

> A la hora del crepúsculo vespertino iba vagando por la ribera del río -que en silencio deslizaba solemnemente sus aguas- cuando vi un animal extraño sumergiéndose en las aterciopeladas linfas. Un animal extraño, que me pareció no haberlo visto nunca.
>
> Su cabellera húmeda caía sobre su cerviz. De su fuerte mandíbula pendía una barba gris y luenga, tal como las parásitas que cuelgan de la rama de un roble. Su pecho era velludo y huesoso, de respiración fortísima. Sus corvas piernas hundíanse en el agua, y tenía dos miembros que me imaginé que eran brazos. Sus ojos -entre sus cejas hirsutas y el bosque de su barba- me veían triste y curiosamente enlutecidos por la sombra crepuscular. Sí, sus raros ojos inquietos me veían así, como si yo hubiese sido un animal extraño, más extraño que él.

Sumergido en la fría corriente, aquel ser llamaba poderosamente mi atención. ¿A qué raza zoológica pertenecía? ¿Era originario del mar o de la tierra? ¿Su voz sería el canto de un ave o el rugido de una bestia felina? ¿Era un ser fiero o dulce? ¿Comería carne cruda o yerba? ¿Era un animal nuevo en el planeta, o acaso el perdido resto de un monstruoso período geológico, que se salvó de la última catástrofe diluviana?

Estas preguntas iba haciéndome, envuelto en el claroscuro crespuscular, al alejarme por la ribera del río, que en silencio deslizaba solemnemente sus aguas.

Después, mucho después, meditando a solas en qué animal era aquel ser tan extraño, he averiguado que lo que vi fue un hombre. ¡Un hombre! Mas ¡que raro se mira a veces, en ciertos momentos lúcidos, el hombre ante los ojos del hombre, ante los ojos de un ser de su especie! Sí, muy raro, rarísimo.(13)

Más allá de la ironía que destila la prosa, hay una percepción que es importante poner de relieve.

"Después, mucho después, meditando a solas en qué animal era aquel ser tan extraño, he averiguado que lo que **ví** fue **un hombre**. ¡**Un hombre**!, Mas ¡que raro se mira a veces, en **ciertos momentos lúcidos, el hombre** ante los ojos del **hombre**, ante los ojos de un ser de su especie! Sí, muy raro, rarísimo".(14)

(El subrayado es nuestro).

(13) Genus Homo. Juan Ramón Molina, **Prosas**, págs.46-47.
(14) Ibídem, pág.47.

En los momentos lúcidos, es decir cuando el poeta penetra en sus visiones, que en el fondo reflejan la unidad y armonía del universo, el poeta en trance se separa del hombre común, toma distancia y ve al hombre corriente como si fuera de otra especie. Es la distancia entre el espíritu y la materia, entre el bien y el mal, entre la belleza y la ruindad.

Ahora examinemos algunas visiones del poeta sobre el amor de las mujeres. Es bien conocida la atmósfera de erotismo que envuelve la poesía de Juan Ramón Molina.

En 1897 aparece una composición en prosa que la denomina "Luciérnagas" que comienza así:

> "Esta noche, viendo cintilar las luciérnagas en el fondo del follaje obscuro **pensé en tí**, y una oleada de vírgenes aromas y de cálidos perfumes me envolvió, **trayéndome muchos recuerdos idos**, recuerdos de campiñas bañadas de sol, de cafetos cuajados de jazmines, de árboles doblegándose al peso de las frutas picoteadas por los pájaros salvajes de los bosques.
>
> Por un momento **he creído escuchar** la algarabía de los loros en la copa de los cacaotales, el gemido melancólico de las palomas monteses.....
>
> Por un momento he **pensado** en aquella sencilla y rústica quinta, medio escondida a la falda del terrible volcán, quinta donde pasamos horas felices, viendo desde ella ondear a lo lejos los rumorosos maizales.....

.....

Por un momento **he visto** los mansos bueyes rumiando perezosamente sobre el césped; he sentido el suave olor de las yerbas chafadas .....
....."(15)

(El subrayado es nuestro).

Véase cómo el centellar de unas luciérnagas es el resorte que traslada al poeta a un amor del pasado y revive y recrea esos momentos felices, prácticamente "ve" en el presente con visión de poeta, las escenas del pasado.

Veamos ahora una composición de temática similar llamada "Lloviendo" que comienza y termina así:

"Caía la lluvia rumorosa, cadenciosamente, entretejida con los últimos rayos de un sol de octubre. Apoyada la frente en el cristal de la ventana, veía llover como si viese llorar, escuchando a lo lejos, en las avenidas, el sordo rumor de los tranvías...

En una esquina, en la casa de una mujer alegre, un **organillo vagabund**o canturreaba un aire plebeyo .....
Mas aquel aire, en aquella tarde llorosa, **llenaba mi espíritu** de la más obscura de las melancolías .....

¡Ah! He visto llover después en otros tiempos y en otros países, viendo caer, presa de un tedio horrible, el llanto de las nubes. Y entonces **soñando en un**

---

(15) Luciérnagas, Juan Ramón Molina, **Prosas**, págs.7-8.

tiempo feliz que no volverá nunca, porque no volverán tus veinte años ni los míos, **de súbito me ha parecido escuchar** la música de un organillo callejero, que arrulló un día nuestro amor, y, vuelta de espaldas contemplándote en el espejo, ver el contorno de tus magníficos hombros morenos, donde se encrespaba, se alborotaba, se enroscaba tu cabellera con visos de oro..." (Prosas, pág.21-23).

El organillo callejero es el resorte que pone a soñar al poeta en un amor del pasado en donde el mismo sonido "arrulló un día nuestro amor". Y el poeta vuelve a "ver" a la amada, sus hombros morenos y su cabellera con visos de oro.

Hay una composición preciosa de Juan Ramón Molina que marca un punto de inflexión en la evolución de su poética, se llama "La Siguanaba" y no resisto la tentación de transcribirla íntegramente:

Yo me acuerdo de una dulce canción alemana, de una canción de Heine, tan triste como algunos versos del Intermezzo, tan llena de susurros como los pinos de la Selva Negra, tan impalpable como las pálidas nieblas del otoño...

Es una canción que puebla mi alma de reminiscencias de cuento de hadas, de brumosas narraciones góticas, de leyendas germánicas referidas al calor y a la paz del hogar, mientras la cerveza hierve en las jarras, corre a lo lejos entre los viñedos murmurando el Rhin y el viento gime en los deshojados árboles del huerto, que tiritan bajo la lenta lluvia de plumillas de nieve.

Es la canción de Lorelei, la canción de la Siguanaba alemana, más terrible y más pérfida que la nuestra.

No sé lo que por mi pasa,
que tal tristeza me da:
un cuento de edad remota
clavado en mi mente está.

Sopla el cierzo y anochece,
y tranquilo corre el Rhin;
la cumbre del monte dora
el sol que baja a su fin.

Sentada allá arriba se halla
la más hermosa mujer:
relucen sus joyas de oro,
de oro es su pelo también.

Se peina con peine de oro,
se peina y canta a la par,
y tiene mágico hechizo
su melodioso cantar.

El pescador en su barca
la oye con hondo placer:
no repara en los escollos
mira en alto a la mujer.

Al fin perece en las olas
con su barca el pescador,

por prestar incauto oído
a ese canto seductor.

Esta balada muchas veces me trae a la memoria el lejano recuerdo de mi niñez, cuando sentado en el umbral del hogar, al toque de oraciones, oía en religioso silencio los inocentes cuentos que nos refería una buena y sencilla anciana, que Dios debe tener en su seno, porque estoy seguro de que se murió libre de todo pecado, si acaso puede suceder esto en este valle de lágrimas.

Después que las esquilas llenaban de lentos rumores metálicos el aire, cuando agonizaban sus pausadas voces de bronce en el vacío, la jovial viejecita, repasando las cuentas de su rosario, sentada en la invariable butaca de cuero, con su aspecto de no mentir jamás, porque ella también lo creía de buena fe, nos contaba, tosiendo a intervalos, algunas leyendas lugareñas de duendes y de apariciones.

Pero lo que más influía en mi imaginación, lo que más me preocupaba por aquel tiempo, lo que más atraía mi interés, era el cuento de la Siguanaba, un cuento burdo que no dejaba de llenarme de cierto terror.

¡Ah! ¡La Siguanaba! ¿Conque era cierto que existía aquella mujer? ¿Conque se la encontraba en los ríos, en los remansos poco profundos, bañándose a la claridad de las noches serenas? ¿Conque a veces, a la boca de la oración, tal vez a la media noche, aparecíase junto a las quebradas, en las llanuras solitarias, a la falda de ciertos montes, envuelta en la dudosa luz del crepúsculo o en la atmósfera de plata de nuestras lunas llenas?

- Yo la he visto, con estos ojos que se ha de comer

la tierra, decía la narradora, viendo en nuestro semblante pintada cierta incredulidad. A veces se aparece bajo la forma de una vieja cubierta de ropa sucia, buscando algo entre la yerba de los campos; a veces en los ríos, con el aspecto de una hermosa joven que canta con voz dulce, mientras golpea sus harapos contra las piedras del lavandero; entonces es más peligrosa porque llama a los hombres, y cuando éstos se acercan a ella, los arrastra al fondo de la poza, de donde jamás vuelven a salir. Es muy mala: ¡Cuidado con La Siguanaba!

Tanto nos repitió esto, que al fin acabamos por creerlo. Yo, si he de ser franco, siempre me la figuré joven, bella, atrayente: casi llegué a amarla por el misterio de que estaba rodeada.

Así se deslizó mi infancia, llena de inocentes creencias, arrullada por sencillos cuentos, mecida por vagas y dulces leyendas.

Muchas veces ansié encontrarme con La Siguanaba, verla de cerca, saber si realmente existía.

Porque aquella mujer, errante, aquel hermoso fantasma de los senderos pedregosos, de los campos cubiertos de matorrales y de espinos, de las rumorosas playas de los grandes ríos, de las laderas de las montañas, atraía vivamente mi imaginación soñadora y febril, en la que, como pájaros implumes, estaban adormecidos y aletargados mis delirios y mis ansias de joven.

¡Cuántas veces, en los parajes sombríos, creía escuchar el eco de su voz en el rumor del viento venido de los bosques profundos!

¡Cuántas veces, a la hora del toque de oraciones, me pareció que iba a alzarse de pronto entre las altas yerbas temblorosas, tras las próximas zarzas, en el

obscuro límite del horizonte!

¡Cuántas veces, cerca de las cascadas espumantes y rugientes, en la margen de los ríos orlados de nenúfares y sombreados por ceibas corpulentas, a la melancólica claridad de la luna, cuyo disco parecía, en el azur despejado y tranquilo, una claraboya de luz, me pareció de súbito escuchar su acento a lo lejos, como entre los enormes peñascos, tras las matas de los salvajes lirios acuáticos, siendo así que era el ruido parlero de la cascada o la canturria monótona de las aguas del río.

¡Ah! No la ví, no veré jamás a La Siguanaba. Huyó mi niñez y también huyó con ella; huyó para siempre. No la buscaré más en las campiñas, no la buscaré más en los montes, no la buscaré más en los ríos. No está ya en ninguna parte, no aparece por ningún lado; sólo la viejecita, la pobre viejecita aquella, pudo verla y morirse creyendo en que de veras existía.

Dichosa la anciana, dichosa mil veces. Dichosos los que piensan aún en La Siguanaba; dichosos. Ellos tienen todavía creencias, gozan y sufren con las leyendas de antaño, viven una vida feliz, la vida de la eterna infancia del cerebro y de la eterna sencillez del corazón.

No son como yo que perdí para siempre la fe, que he sido disciplinado con disciplina de hierro por una civilización descreída, que he absorbido los éteres mortíferos del pesimismo contemporáneo; que he sido impasible testigo de un duelo a muerte entre las seculares ideas y los nuevos principios; que he visto a mi alrededor desvanecerse, como jirones de niebla, los fantasmas que turbaron el sueño de mi genera-

ción.

¡Qué no diera hoy por volver a creer en La Siguanaba, por volver a sentir los temores que me hizo sentir en mi infancia!

Todo lo que he aprendido sobre los pedantes libros de los retóricos griegos, de los poetas latinos, de los brumosos filósofos alemanes.

Todas las negaciones y afirmaciones de Heráclito y Demócrito; todas las odas de Horacio y de Virgilio, todas las dudas de Hegel y los sublimes pensamientos de Kant.

Todo, todo eso diera. En cambio me quedaría un corazón puro, una alma sencilla y límpida, llena de creencias vulgares, pero inofensivas; y la fe, sobre todo, la fe en el Dios de mis abuelos, que estaba medio oculto entre grandes nubes, con los brazos extendidos sobre el mundo terrestre, la barba celestial caída sobre el pecho y los ojos cargados de siglos.(16)

La canción de Heine "es una canción que puebla el alma de reminiscencias de cuentos de hadas". Esta balada es el resorte que trae a la memoria del poeta "el lejano recuerdo de mi niñez, cuando sentado en el umbral del hogar, al toque de oraciones, oía en religioso silencio los inocentes cuentos que nos refería una buena y sencilla anciana..... Pero lo que

(16) La Siguanaba, Juan Ramón Molina. **Prosas**, págs.77-81.

refería una buena y sencilla anciana..... Pero lo que **más influía en mi imaginación**..... era el cuento de **La Siguanaba**". Repárese en la imaginación del poeta al oír este cuento: "siempre me la figuré joven, bella, atrayente: casi llegué a amarla por el misterio de que estaba rodeada" dice Molina. "Porque aquella mujer errante, aquel hermoso fantasma de los senderos pedregosos,..... atraía vivamente mi imaginación soñadora y febril".

Continúan las visiones del poeta:

> "¡Cuántas veces, en los parajes sombríos, **creía escuchar** el eco de su voz en el rumor del viento de los bosques profundos!".
>
> ¡Cuántas veces, a la hora del toque de oraciones, me **pareció** que iba a alzarse de pronto entre las altas yerbas temblorosas, tras las próximas zarzas en el obscuro límite del horizonte! ¡Cuántas veces cerca de las cascadas espumantes y rugientes en la margen de los ríos orlados de nenúfares..... a la melancólica claridad de la luna cuyo disco **parecía**..... una claraboya de luz, **me pareció de súbito escuchar** su acento a lo lejos'....."

Obsérvese en las citas anteriores la conocida imaginación del poeta y su capacidad de "ver" más allá del común de los mortales en las frases "me la figuré", "creía escuchar", "me pareció que iba a alzarse", "me pareció de súbito escuchar".

En este momento de la composición se produce

el punto de inflexión que mencionábamos más arriba y que tan importante es para entender la poética de Juan Ramón Molina. Es similar a la caída del águila en el poema del mismo nombre. Es el despertar del sueño. Es la poesía del cielo, a la cual no la deja elevarse la gravidez de la tierra. ¿Cuál es ese punto de inflexión en la composición que estamos examinando? Se produce cuando el poeta dice:

> "¡Ah! no la ví, no veré jamás a La Siguanaba. Huyó mi niñez y también huyó con ella; huyó para siempre. No la buscaré más en las campiñas, no la buscaré más en los montes, no la buscaré más en los ríos. No está ya en ninguna parte..... sólo la viejecita, la pobre viejecita aquella, pudo verla....."
>
> "Dichosa la anciana, dichosa mil veces. Dichosos los que piensan **aún** en La Siguanaba; dichosos. Ellos tienen todavía creencias....."
>
> No son como yo que perdí para siempre la fe..... que he absorbido los éteres mortíferos del pesimismo contemporáneo..... que he visto a mi alrededor desvanecerse, como jirones de niebla, los fantasmas que turbaron el sueño de mi generación" "¡Qué no diera hoy por volver a creer en La Siguanaba....!
>
> Todo lo que he aprendido..... de poetas griegos... de poetas latinos..... de brumosas filosofías alemanas..... "de Heráclito y Demócrito; de Horacio y de Virgilio..... de Hegel..... de Kant". Todo,

todo eso diera. En cambio me quedaría un corazón puro, una alma sencilla y límpida.....; y la fe, sobre todo, la fe en el Dios de mis abuelos....."(17)

Aquí radica el punto de inflexión en la poética de Juan Ramón Molina. En esta composición están bien marcados los dos componentes de su personalidad. En la primera parte se revela el potencial poético de Juan Ramón Molina y en la segunda parte se advierte cuando ese potencial poético es contaminado por la filosofía. El conflicto es transparente en esta composición. Molina nunca pudo encajar, acoplar la filosofía a su potencial poético. De aquí su grito de ansiedad por volver atrás, repudiando la filosofía para volver a su potencial poético en estado puro. De aquí su grito de dolor:

¡Ah! No la ví, no veré jamás a La Siguanaba!
¡Dichosa la anciana, dichosa mil veces porque pudo verla!
¡Daría toda la filosofía por recuperar un corazón puro, la fe en el Dios de mis abuelos!

ii. La filosofía

Tanto en prosa como en verso, Juan Ramón Molina abjura varias veces de la filosofía a la que es muy adicto. Veamos unos ejemplos:

---

(17) Ibídem. Págs.80-81.

A tus exangues pechos, Madre Melancolía,
he de vivir pegado, con secreta amargura,
*porque **absorbí los éteres de la filosofía***
y todos los venenos de la literatura.

("Madre Melancolía", T.M. y C., pág.189, el subrayado es nuestro).

He abrevado mis ansias de sapiencia
*en toda fuente **venenosa** o pura,*
*en los amargos pozos **de la ciencia***
*y en el raudal de la **literatura.***

("Autobiografía", T.M. y C., pág.76, el subrayado es nuestro).

*Lejos **de todos los libros***
hechos por los hombres vanos,
*cuyo **veneno corroe***
mi corazón lacerado

("Los Cuatro Bueyes", T.M. y C., pág.142, el subrayado es nuestro).

*"Consuelo, **en las lecturas***
con llanto y sangre escritas,
y sueño, en el consumo
de pócimas malditas.

("Una Muerta", T.M. y C., pág.34, el subrayado es nuestro).

En prosa tenemos:

"El libro, pues, es una cosa triste, un producto de melancolía" (**La Tristeza del Libro**, pág.106)

"Por eso los que han hecho provisión de una vasta lectura, tienen en la faz cierto matiz de tristeza, una disposición orgánica a estar siempre melancólicos o hipocondríacos, agobiados..... (Ibídem en pág.105).

Las lecturas malsanas y disolventes de que nos hemos impregnado todos los jóvenes cerebrales de América Latina, contribuyeron poderosamente a su desnivelación moral..... Tales lecturas..... llevan a la deserción de la lucha por la vida, al aniquilamiento del yo, al nirvana total..... (**¿Por qué se mató Domínguez?**, pág.218).

"No son como yo que perdí para siempre la fe.... que he absorbido los éteres mortíferos del pesimismo contemporáneo" (**"La Siguanaba"**, pág.81).

"Es entonces, cuando después de leer las páginas de todos los soñadores malditos, huyo desolado de mi cuarto de estudio, busco la soledad de un jardín lujurioso y salvaje y me entrego a la meditación..... .....(**"Luciérnagas"**, pág.9).

"Refinado por la civilización, saciándose en las más amargas ondas de las literaturas y filosofías, harto de todo, y sintiéndose horriblemente triste..... (**Prefacio a la Novela Annabel Lee"**, pág.289).

En las citas anteriores aflora el conflicto que encara Juan Ramón Molina entre la filosofía y la

poesía, el cual se manifiesta en un avance de la conciencia simultáneamente con una pérdida de la inocencia, todo ello producto de la profundización en el campo de la filosofía y la ciencia. Lo que más llama la atención en el caso de J. R. Molina es la razón por la cual la filosofía y la poesía entran en conflicto. En las citas anteriores hay como un reproche del poeta hacia los "venenos de la filosofía". Existe un reproche hacia la filosofía y se intuye cierta nostalgia hacia los estados de inocencia, fuente de la poesía. ¿Por qué el poeta Molina resiente este conflicto? En el fondo el poeta intuye que el progreso en la filosofía disminuye su capacidad poética desde el momento que adquiere más conciencia, pero pierde inocencia, frescura. Este temor a perder inocencia es patente en "La Siguanaba" tal como lo vimos anteriormente. La pregunta pertinente que sigue al anterior análisis es la siguiente: ¿Los venenos de la filosofía perjudicaron a Molina, disminuyendo sus facultades poéticas? La contestación a esta pregunta surgirá del análisis que se hace en la segunda parte de este ensayo cuando se examina la poesía de Juan Ramón Molina. En este momento nos interesa investigar cómo han resuelto este conflicto otros poetas. El caso de Rubén Darío es paradigmático. Es bien conocido que Darío no se adentró en el campo de la filosofía, por lo menos en el grado en que sí lo hizo nuestro poeta Juan Ramón Molina. Rubén

Darío era música y ritmo, pero pobre en ideas. Dice Octavio Paz "Darío tiene poco que decir y su pobreza se reviste de oropel".(18) Paz se refiere a la poesía de inspiración política e histórica de Darío y no a toda la poesía. Ahora decimos nosotros que Darío no contaminó su pitagorismo esotérico,(19) base fundamental de su poesía, con los venenos de la filosofía. Recuérdese que este pitagorismo esotérico lo explicamos como la unidad y la armonía del universo que Darío extrae de la superficie de las cosas (por eso Darío "ve" más allá que los demás) y lo vierte en su poesía, es por ello que la poesía de Darío es música y ritmo porque refleja el ritmo y la armonía del universo, la "música de las esferas" del pitagorismo. En un análisis de la poesía de Juan Ramón Molina teniendo como telón de fondo la poesía de Rubén Darío, surge este momento como el comienzo de la separación de ambos poetas. Rubén Darío conserva intacto su pitagorismo esotérico y Juan Ramón Molina lo contamina con los "venenos de la filosofía". Recuérdese que se había dicho más arriba que Molina

---

(18) Octavio Paz, El Caracol y la Sirena, **Cuadrivio**, editorial Joaquín Mortiz. México, pág.55.

(19) Cathy Login Jrade, El Pitagorismo Esotérico en la idea dariana del universo. Cap. II del libro. **"Rubén Darío y la Búsqueda Romántica de la Unidad"**, F.C.E. México, 1986.

poseía un potencial poético del mismo nivel que el de Rubén Darío, el análisis de la prosa poética aquí examinada así lo corrobora, pero es a partir de este momento y precisamente por la contaminación filosófica de que se hablaba más arriba, cuando la poesía de Molina comenzó a divergir de la de Rubén Darío. Aunque tienen igual punto de partida (de ahí su común origen modernista) y similar potencial poético en ese punto inicial, ambos divergen en el camino, Darío conservando incólume su pitagorismo esotérico y Molina contaminándolo por su incursión más profunda en las filosofías de las cuales al no poderlas asimilar no salió del todo ileso, enturbiando por consiguiente la pureza de su poesía.

La fase de análisis en la cual nos encontramos en este momento se presta para iniciar otra línea de pensamiento. Viendo en retrospectiva la evolución de la poesía en América Latina, el trayecto que media entre Rubén Darío y César Vallejo/Pablo Neruda, vemos que la poesía de Molina ya va en la dirección de esta evolución. Efectivamente, si trazamos una línea cuyo punto inicial es la poesía de Rubén Darío, el cual se desplaza hacia la derecha de acuerdo al "grado de contaminación" sufrido por la concepción pitagórica de Darío, de manera que la "música de las esferas" baje cada vez más a la música terrestre de la realidad existencial del hombre, que la poesía de la armonía de Darío avance hacia la

poesía del conflicto y desintegración de Vallejo y Neruda,

Rubén Darío (Armonía)	J. R. Molina	Vallejo y Neruda (Conflicto)

en un punto intermedio de esa línea se encuentra la poesía de Juan Ramón Molina, la cual se ha desplazado del punto inicial de Darío hacia la derecha en la dirección efectiva en que ha evolucionado la poesía de América Latina. En efecto, la poesía de Vallejo evolucionó hacia la angustia y el absurdo cuando la óptica del poeta se desplaza desde la "unidad y armonía del universo" de Darío hasta preguntarse el papel de la existencia del hombre en ese universo y constata que el hombre no puede aprehender la realidad porque ésta se le presenta desintegrada, fragmentada, escindida y en esta forma el hombre es incapaz de captarla en su unidad y armonía.

De ahí que "el absurdo surge de la toma de conciencia del vacío que halla el hombre cuando busca la plenitud de la unidad",(20) "la angustia del poeta viene de la imposibilidad de saber el cómo y el por qué de esa multiplicación ciega que es la

(20) Américo Ferrari. **El Universo Poético de César Vallejo**, Monte Avila Editores, 1972, Caracas, Venezuela, pág.57.

vida".(21) La poesía de César Vallejo refleja ese núcleo de angustia del hombre, perplejo ante un universo, al cual no puede captar en su unidad y plenitud y dista mucho de la poesía de Rubén Darío que traduce la unidad y armonía del universo. El núcleo de la poesía de Pablo Neruda radica en la visión desintegradora que tiene de la realidad. "La vida de todo lo vivo es un estarse muriendo, la existencia de lo consistente es un estarse deshaciendo".(22)

El morir de las cosas se identifica con el morir del poeta, de ahí su sentimiento de angustia.

Es por ello que la poesía de Vallejo y Neruda es una poesía angustiada, que refleja el conflicto y la desintegración en contraposición a la poesía de Rubén Darío que es armonía y unidad, como que traduce la música del universo. Juan Ramón Molina es un poeta torturado como César Vallejo y su angustia le viene de la contaminación filosófica.

Examinemos con más detenimiento la filosofía de Juan Ramón Molina.

En una composición en prosa llamada "Ramón Verea" en la muerte de este periodista dice Juan Ramón Molina:

---

(21) Ibídem, pág.52.

(22) Amado Alonso. **Poesía y Estilo de Pablo Neruda**, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1977, pág.26.

"Gustábame en aquel tiempo leer todos los libros que atacaban con violencia al catolicismo... Fue aquella una época tormentosa para mi espíritu saturado de un pesimismo enfermo y de un descreimiento sin límites. Un poderoso viento filosófico, venido del confuso bosque de los escritores franceses, había arrastrado las creencias religiosas de mi niñez y mis tímidas supersticiones, dejándome en el cerebro una nube de dudas .....

.....

De este modo, a los veinte años, me encontré con el cielo vacío sobre mi cabeza, lleno el corazón de las primeras amarguras de la vida y poblada la cabeza de las enseñanzas incompletas de las ciencias modernas que tampoco satisfacían mi sed de nuevos ideales y el ansia de una religión más sabia, más lógica.....(23)

Es bien conocido que las filosofías positivistas de finales del siglo pasado arrasaron con las creencias religiosas de los intelectuales de América Latina de ese tiempo. Precisamente, una de las hipótesis para explicar el modernismo que surgió en ese tiempo en Latinoamérica es la del "arrasamiento" de las creencias religiosas en una primera fase, y ante la sensación de vacío y crisis espiritual que sobrevino al no contar con un sistema de creencias religiosas de reemplazo, muchos poetas como Rubén Darío sa-

(23) Ramón Verea. Juan Ramón Molina. **Prosas**, pág.253.

tisfacieron dicha necesidad espiritual con el pitagorismo esotérico.

Rubén Darío no contaminó su pitagorismo con los "venenos de la filosofía". Es por ello que su poesía traduce la unidad y armonía del universo, esencia del pitagorismo. Pero hubo otros poetas del modernismo que no se detuvieron aquí y la crisis espiritual los llevó hasta el suicidio como José Asunción Silva o a una vida torturada como nuestro Juan Ramón Molina, quien a los veinte años como nos cuenta en la composición anterior, "vivía una época tormentosa para mi espíritu, saturado de un pesimismo enfermo y de un descreimiento sin límites". De este modo, a los veinte años, "me encontré con el cielo vacío sobre mi cabeza, lleno el corazón de las primeras amarguras de la vida".

En esta misma atmósfera, Juan Ramón Molina dice en otra composición:

> "No son como yo que perdí para siempre la fe, que he sido disciplinado con disciplina de hierro por una civilización descreída, que he absorbido los éteres mortíferos del pesimismo contemporáneo".(24)

En el prefacio a la novela "Annabel Lee" de Froylán Turcios dice refiriéndose a Turcios, pero pensando en sí mismo, lo siguiente:

---

(24) La Siguanaba. Juan Ramón Molina. **Prosas**, pág.81.

"Refinado por la civilización, saciándose en las más amargas ondas de las literaturas y filosofías, harto de todo, y sintiéndose horriblemente triste en el momento de aquella alegría única, debe haber meditado en que vale más un sorbo de licor del amor que todas las fuentes de las sabidurías antiguas y contemporáneas, en que una rosa seca esconde más enseñanzas que un libro, y en que en amar de veras está todo el secreto de ser feliz un momento en la vida".(25)

En donde está mejor sintetizada la filosofía de Juan Ramón Molina es en la composición en prosa "Dialogando con el agua", en la cual simula una conversación con la corriente de agua formada después de un aguacero.

"Yo.- Me parece que vas triste.
Ella.- Sí, tengo toda la melancolía de lo que voy arrastrando.....
Yo.- La corriente de mi alma lleva peores cosas que tú. Cadáveres de odios y de amores, recuerdos ahogándose, ripios de ciencias y de literaturas
Ella.- El hombre para ser feliz, necesita conservar prístino el manantial del espíritu.
Yo.- ¿Y cómo conservar prístino el manantial del espíritu?
Ella.- No abrevándose en los pozos del mal.
Yo.- ¿Del mal?
Ella.- Del mal o de lo que tu llamas el bien.

---

(25) Prefacio a la Novela "Annabel Lee", de Froylán Turcios. J. R. Molina. Prosas, pág.289.

Yo.- No te comprendo. Por lo visto has interpretado ya oscuros enigmas de Enrique Ibsen y de Bjoernstjorne Bjoernson, esas esfinges escandinavas.
Ella.- He arrastrado algunas de sus sentencias. Pero en verdad te digo que una flor tiene más sapiencia que los dos. ¿Por qué? Porque tiene su fragancia.
Yo.- De modo que la sabiduría consiste en dar algo de sí, aunque sea un perfume.
Ella.- En dar lo que nos dio la Madre Naturaleza, no el artificio.
Yo.- ¿Tiene el hombre algún perfume?
Ella.- Tuvo, más la civilización se lo robó, estrujando a tan bello animal. Hoy no huele, pero en cambio, hiede como las alcantarillas.
Yo.- Me hablaste del mal. ¿Está acaso en toda la naturaleza?
Ella.- No. Solamente en el hombre. Todas las cosas ambiente que le rodean son puras.
Yo.- Por consiguiente, a pesar de las suciedades que arrastras, eres pura.
Ella.- Traigo la pureza del cielo y mañana tornaré a él.
Yo.- ¿Cómo haría para subir a ese cielo?
Ella.- ¿Por qué no te construyes uno?
Oye: el deber de todo hombre es hacerse un cielo.
Yo.- ¡Un cielo! ¿Y a quién pondré allí?
Ella.- A tí mismo.
Yo.- ¿Seré, pues, el Dios de ese cielo?
Ella.- Serás. Todo hombre es el Dios del cielo que se construye. Tal ha sido el secreto y la fuerza de los grandes taumaturgos; desde Buda hasta Federico Nietzsche.
La sabia corriente iba agotándose por momentos, de modo que apenas se oía su voz. Una linda mujer,

vestida de negro, flexible como una víbora, la cruzó de un pequeño salto, dejando ver sus primorosos botines. Después me sonrió, arrojándome una mirada sombría y pasó.
Yo.- ¡Qué mujer!
Ella.- Es la muerte. O, por otro nombre, la voluptuosidad.
Yo.- Dime, antes de desaparecer, ¿podría salvarme ella?
Ella.- Es tarde ya. Sería preciso que tu alma fuese un vivo manantial, claro como un diamante. Así te podrías convertir en nube.
Yo.- ¿Qué es ahora, pues?
Ella.- Un manantial seco. O mejor, el cauce de un manantial.
Un pájaro se moriría de sed en tus orillas.

La corriente se extinguió. El cielo de la tarde era limpio. La fresca niña cerró su ventana. La calle lavada por la reciente lluvia, relucía de extremo a extremo y me dije: he aquí, como viendo correr un poco de agua sucia ocurriéronseme peregrinas cosas. La imaginación es madre de la Filosofía. A veces".(26)

Este bello diálogo contiene en esencia la atmósfera espiritual de la cual nació la poesía de Juan Ramón Molina. Efectivamente, por una parte se advierte la percepción poética de Molina que concibe la naturaleza y a todas las cosas ambientes que le rodean como puras. El hombre será feliz si logra

(26) Dialogando con el agua. Juan Ramón Molina. **Proaas**, págs.32-33-34.

conservar prístino el manantial del espíritu. Por otra parte, si el hombre no está de acuerdo con la naturaleza, si contraría la unidad y armonía del universo, si abreva su sed en los pozos del mal, es decir en falsas filosofías, se tornará artificioso, su espíritu se volverá un seco manantial, los pájaros se morirán de sed en sus orillas. Por una parte está la unidad y armonía de la naturaleza y por la otra las filosofías que distorsionan y contrarian esa realidad objetiva. Obsérvese que la primera parte de esta dicotomía es equivalente al pitagorismo esotérico que está en el fondo de la poesía de Rubén Darío y en general del modernismo hispanoamericano. Es en este aspecto que la poesía de Juan Ramón Molina es modernista y tributaria de la de Darío. Sin embargo, la poesía de Molina no es del todo modernista. Está coloreada por la segunda parte de la dicotomía de la cual hablábamos más arriba. Se dijo anteriormente que Juan Ramón Molina avanzó en el campo de la filosofía y que muchas de las filosofías que absorbió no fueron adecuadamente asimiladas o resultaron dañinas al manantial de su espíritu. De aquí su melancolía, pesimismo, excepticismo y hasta agnosticismo. Es por ello que gran parte de la poesía de Molina sea atravesada por la "caída del águila" del poema correspondiente.(27) Este poema simboliza

(27) Véase el poema: "El Aguila".

muy bien la dicotomía de la cual estamos hablando, la primera parte es "unidad y armonía de la naturaleza" y la segunda es pesimismo y agnosticismo.

III.
LA POESIA

III. La poesía

Entre los dieciséis y dieciocho años Juan Ramón Molina escribió unos poemas que llamó "Versos Infantiles", los cuales publicó hasta enero de 1901 con una nota que decía:

> "Los quiero sin duda. Brotaron de mi pluma bizoña y me recuerdan muchas emociones pasadas, muchas cosas idas, muchas esperanzas muertas. Bien sé que no resistirán una crítica seria ni un examen concienzudo. Pero tienen un mérito; son espontáneos, escritos de momento, al primer soplo de la inspiración".(28)

---

(28) "Diario de Honduras". 11 de enero, 1901. Tegucigalpa.

De estos poemas seleccionamos uno que se llama "En la Sabana" cuya estrofa final dice:

"Y envuelto en la tristeza del crepúsculo,
herido el corazón por la nostalgia,
pienso en otras llanuras y otros bosques
que atravesé cuando viví en mi patria.

Estos versos fueron retocados al publicarse en la versión final de "Tierras, Mares y Cielos" y se transformaron así:

"En tanto yo, rompiendo las tinieblas
devorado por íntimas nostalgias,
dejo, tras las llanuras y los bosques,
un hogar, una madre y una patria."(29)

La primera versión, la original, nos descubre que este poema fue escrito fuera de Honduras, lo más probable en Guatemala y que nació espontáneo cuando el poeta se sintió mordido por la nostalgia, esa pena por estar ausente de la patria. En el poema se evoca la sabana, las vacadas, las montañas, los precipicios, los ríos y los bosques de la patria.

---

(29) En la Sabana. **Tierras, Mares y Cielos**, J. R. Molina. Imprenta Calderón, Tegucigalpa, 1937, pág.163.

En la sabana

Ya descendió la noche silenciosa
cubriendo con su sombra la sabana;
y óyense allá a lo lejos los mugidos
con que llenan los vientos las vacadas.

En el confín del horizonte vago
que sobre el cielo túrbido se ensancha,
tras las dolientes brumas de la tarde
dibújanse las áridas montañas.

Del fondo de los negros precipicios
surgen los viejos pinos cual fantasmas;
y al rumor del galope del caballo
se estremecen las breñas azoradas.

Llévase el viento los profundos ecos
del cercano torrente, que sus aguas
deshace en copos de nevada espuma
al azotar las conmovidas lajas.

En tanto yo, rompiendo las tinieblas,
devorado por íntimas nostalgias,
dejo, tras las llanuras y los bosques,
un hogar, una madre y una patria.(30)

Examinemos el núcleo del poema. Un adolescente se enfrenta en tierra extraña a las realidades

(30) Ibídem, pág.163.

de la vida. Ante el choque **regresa** espiritualmente a la patria **evocando** la naturaleza (sabanas, montañas, ríos y bosques). La ausencia de estos paisajes le produce pena, pesar. Esto es nostalgia. Vemos en este poema que están todos los elementos que constituyen el fundamento de la poesía de Molina: la sensibilidad espiritual del poeta (percepción poética) que choca con una realidad adversa (falsas filosofías), lo cual provoca que su espíritu se evada hacia la naturaleza (unidad y armonía del universo).

Están todos los elementos pero **en ciernes** tal como corresponde a una poesía juvenil de Molina. En efecto, la percepción poética no llega más allá que la descripción de la naturaleza que él ya conoce (compárese con la percepción de algunas de las prosas en las cuales "ve" más allá que la simple descripción). El choque con la realidad lo hace al poeta **regresar, evocar, describir**, lo cual conduce a la **nostalgia**, propia del romanticismo. Se concluye que este poema tiene más características del romanticismo que del modernismo.

En 1892, a los 17 años de edad, Juan Ramón Molina escribe su poema "Adiós a Honduras" el cual comienza así:

Voy a partir: adiós! La frágil nave,
deslizándose suave,
lanza a los cielos su estridente grito;

y el humo ennegrecido que respira,
en colosal espira
asciende a la región de lo infinito.(31)

El poeta va rumbo a Guatemala, huyendo del ambiente de guerra civil que priva en Honduras durante 1892. Por ello, agrega:

¡Oh, tarde melancólica! ¡Oh, astro.
que luminoso rastro
dejando sobre el mar, en él te hundiste!
¡Oh, vagabundas nubes! ¡Oh, rumores:
afanes punzadores
llevo en el alma, dolorida y triste!

No es el amor el que a sufrir me obliga
y el corazón me hostiga
al despedirme de mi tierra ruda;
ni la ciega ambición desenfrenada
que a la mente exaltada
cual venenosa víbora se anuda.

El poeta dice que no es el amor, ni la ambición lo que le produce el sufrimiento y el dolor de partir de su querida patria. Es la situación política que vive Honduras en esos momentos, lo que llena el alma

---

(31) **Adiós a Honduras. Tierras, Mares y Cielos,** Juan Ramón Molina, pág.110.

del poeta de dolor y tristeza. Hagamos un resumen de esa situación política a manera de trasfondo del poema que se está comentando.

En Honduras se están enfrentando en 1892 los herederos de dos versiones del liberalismo. Uno, el liberalismo impuesto desde fuera por Justo Rufino Barrios con el gobierno de Marco Aurelio Soto y Ramón Rosa, el cual se inició el 26 de agosto de 1876. Este liberalismo fue moderándose en el tiempo, conforme la doctrina liberal chocaba con la cruda realidad del ejercicio del poder. Así vemos como el liberalismo de Soto y Rosa (1876-1883) se vuelve moderado con Luis Bográn (1883-1891) y Ponciano Leiva (1891-1892) hasta desembocar por fuerza de las circunstancias en el gobierno autoritario de Domingo Vásquez (1893). El otro liberalismo, el radical es el que defiende Céleo Arias, y desemboca en el gobierno de Policarpo Bonilla (1894-1899). Desde el punto de vista doctrinario estos dos liberalismos se encuentran expresados en dos documentos: "La Constitución Social de Honduras" de Ramón Rosa (1880) y "Mis Ideas" de Céleo Arias (1887). En el primer documento(32) se observa un modelo más realista desde el momento que el libe-

(32) Para un análisis del liberalismo de Soto y Rosa, véase **"Biografía Intelectual de Ramón Rosa"** de Marta Reina Argueta. Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, 1986.

ralismo de Soto se ha contrastado con la realidad de Honduras. De esta experiencia surge un modelo con cierto sesgo autoritario, reconociendo que Honduras no se puede gobernar sin cierta dosis de autoritarismo. Este modelo es semejante al ejercido cuando se gobierna un hogar. Si se gobierna la casa con la libertad propia de la doctrina liberal el hogar se volvería anárquico. En el segundo documento el modelo que se utiliza es más liberal, pero menos realista, es decir, tiene un sesgo utópico y romántico. Es natural que este segundo modelo prenda más en la juventud y en las masas, precisamente por su utopía y romanticismo. Pues bien, los herederos de estos dos modelos son los que se estaban enfrentando en 1892 cuando Juan Ramón Molina parte a estudiar a Guatemala. Acababa de pasar una elección para suceder en el poder a don Luis Bográn. Se enfrentaron en esa elección (septiembre, 1891) don Ponciano Leiva del liberalismo moderado, (apoyado por el gobierno de Bográn) y el candidato de la oposición don Policarpo Bonilla, la figura más conspicua del liberalismo radical. Salió electo Ponciano Leiva, el cual tomó posesión del poder el 1º de diciembre de 1891 y desde entonces Policarpo Bonilla alegando fraude e imposición gubernamental inició la oposición al gobierno de Leiva. El año de 1892 fue turbulento, el Dr. Policarpo Bonilla fue extrañado del país hacia Nicaragua, Terencio Sierra

hacía incursiones en el sur de la República, se sublevó el coronel Leonardo Nuila en La Ceiba y el general Manuel Bonilla invadió la Costa Norte del País. En respuesta, el gobierno de Leiva nombró a Domingo Vásquez para hacerle frente a la oposición. Este era el ambiente de guerra civil del cual se alejaba Juan Ramón Molina con su viaje a Guatemala.

Naturalmente, el poeta a sus 17 años estaba del lado del liberalismo radical de Policarpo Bonilla. Por ello, cuando parte a Guatemala dice en su poema que no es el amor, ni la ambición las que le producen el dolor y la tristeza.

Es un oculto y hondo sufrimiento,
algo como un lamento,
el recuerdo de lúgubres escenas
el horrible chocar de los cuchillos,
el roce de los grillos
y el siniestro rumor de las cadenas.

Es la guerra civil, la cárcel, los grillos, las cadenas de la Honduras de 1892.

El poeta continúa:

¡Qué triste es ver que el cóndor de la cumbre
al foco de la lumbre
vivífica del sol el ala tienda,
y de repente, al mutilarlo un rayo,

en tremendo desmayo
en espantosa rotación descienda!

Como ese cóndor del crestón bravío
el noble pueblo mío
movió a la libertad las grandes alas,
y al remontarse a coronar su anhelo
un audaz tiranuelo
se las ha cercenado con las balas.

Así como la flor, rica en esencia,
manchan con su excrecencia
el purísimo cáliz los insectos,
han deshonrado el hondureño solio
-con torpe monopolio-
mandatarios estúpidos y abyectos.

¡Oh, pobre patria! El que de veras te ame,
en indolencia infame
no mirará el ridículo sainete,
sin que encamine, trágico y austero,
el paso al extranjero,
o a los histriones con las armas rete.

La primera estrofa es un adelanto, en síntesis, del contenido del poema "El Aguila". Es un pequeño marco teórico recurrente del poeta. En este caso, el cóndor vuela hacia el sol, hacia las alturas, pero de repente un rayo le hace descender a tierra. Este

marco teórico es el que se aplica en la siguiente estrofa al comparar:

Cóndor	= Pueblo hondureño
Sol	= Libertad
Rayo	= Balas del tiranuelo

En la siguiente estrofa el modelo es el mismo, sólo que usando el reino vegetal (flor) en lugar del reino animal (cóndor).

Flor	= Pueblo hondureño
Esencia	= Libertad
Insectos	= Estupidez, abyección.

La última estrofa es una justificación de la emigración del poeta. Hay que recordar que el Dr. Policarpo Bonilla y sus amigos habían sido extrañados del país en mayo de 1892.

El poeta continúa:

Por eso en tus fronteras montañosas
sobre olvidadas fosas
que baña el sol con sus ardientes luces,
contempla el caminante, entre zarzales
y abruptos peñascales,
alzarse al cielo solitarias cruces.

Yacen allí, tras las batallas cruentas,
las torvas osamentas
de tus hijos más dignos y valientes,

y que rodaron, en su rabia loca,
de una roca a otra roca
el cartucho mordiendo entre los dientes.

¡Ay! A pesar del largo despotismo
que te empuja al abismo,
a la nostalgia sin hallar remedio,
mares cruzando y anchos horizontes,
tornamos a tus montes
porque nos mata un incurable tedio.

Las incursiones guerrilleras de los grupos policarpistas dejaba solitarias cruces en las montañas fronterizas, las cuales pertenecían a los hijos más dignos y valientes de Honduras. En la última estrofa vuelve a aparecer la nostalgia por la patria, la cual obliga a los emigrados a volver a las montañas hondureñas. Continúa el poema:

¿Qué fue de aquellos que estreché las manos,
que quise como hermanos
en otros tiempos y mejores días?
¿Dónde están? ¿Cuántos son? ¿Por qué se vedan?
¡Ay! De ellos sólo quedan
ilustres sombras y osamentas frías

¡Todos murieron en la lucha fiera
al pie de su trinchera,
víctimas nobles de un brutal encono;
y hoy en Honduras, cometiendo excesos,

alza, sobre sus huesos,
un despotismo asolador su trono!

El poeta pregunta por sus compañeros, amigos, hermanos. ¿Dónde están? Todos murieron en la fiera lucha y sólo queda en Honduras un despotismo cometiendo excesos.

El poema termina en las estrofas siguientes:

Vendrá la redención... Me voy en tanto.
La noche tendió el manto
por la callada inmensidad del cielo,
y cual del sol enamorada viuda
melancólica y muda
vierte la luna un resplandor de duelo.

La fresca brisa con su beso alivia
mi frente que arde, y tibia
aspiro una ola lánguida de aromas.
¡Efluvio de mis rústicos alcores!
¡Hálito de mis flores!
¡Emanaciones de mis verdes lomas!

Queda la Isla del Tigre tras la quilla
del vapor; el mar brilla
salpicado de espumas luminosas,
que se encadenan y que forman luego
mil culebras de fuego
sobre las negras aguas temblorosas.

Ya se ha examinado anteriormente la correspondencia entre estas últimas estrofas del poema "Adiós a Honduras" y la composición en prosa, "Las Olas". Aquí sólo nos resta poner de relieve la calidad literaria de las dos últimas estrofas. Examinamos en la composición en prosa "Las Olas" que el poeta cuando viajó a Guatemala en 1892 por el Golfo de Fonseca "vio" más allá de las superficiales olas del mar. Estas "visiones" son las que traslada a las últimas dos estrofas en combinación con la nostalgia (similar a la de "En la Sabana") por los aromas de colinas, flores y verdes lomas de su querida Honduras. Hay que observar que este poema recoge la realidad sociopolítica del país en forma casi inmediata, lo mismo que la nostalgia por la patria; pero incluye dos innovaciones respecto al poema "En la Sabana" examinado anteriormente, uno es el esquema en ciernes de "El Aguila", poema posterior y otro es la incorporación de las "visiones", lo cual eleva la calidad literaria del poema.

De 1896 es un soneto de Molina que dice:

Al sol

¿Quién alimenta tu hervorosa hoguera,
que así, siempre fecundo y encendido,
has alumbrado el tiempo que ha vivido
como un minuto la terrestre esfera?

¿Qué fuerza rige la inmortal carrera
con que vas a un poder desconocido,
- a la atracción universal ceñido-
como si centro de tu centro fuera?

Dios, que los astros vívidos derrama,
cuando se acerque tu postrero día,
apagará esa luz que nos inflama;

Y una pavesa, vagabunda y fría,
serás -extinta tu soberbia llama-
en la callada inmensidad sombría.(33)

Insertamos este soneto como indicativo del cambio de rumbo de la poesía de Molina. Atrás quedó la nostalgia por la patria, los campos, el hogar y la sabana en poemas como "Nostalgia", "En La Sabana", "Adiós a Honduras". El tema se amplía y el poeta divisa el universo, escucha la música de las esferas y fija su mirada en el sol. Es un tema pitagórico por excelencia. Aquí ya se puede advertir la influencia modernista en la evolución poética de Juan Ramón Molina. Examinemos un solo verso:

"¿Quién alimenta tu hervorosa hoguera?"

El poeta está filosofando. ¿Quién le otorga ese poder al sol para iluminar la tierra? Se interroga con

---

(33) Al Sol. **Tierras, Mares y Cielos**, Juan Ramón Molina, pág.190.

las "visiones" a que Molina nos tiene acostumbrados como se ilustró en la primera parte de este ensayo. Al contemplar el sol, el poeta lo "ve" como una hervorosa hoguera que requiere alimentación. En este caso, la "visión" de Molina se convierte en metáfora.

Sol = Hervorosa hoguera.

El poeta a su vez se contesta que ese poder, esa fuerza que mueve al sol es poder de Dios; pero llegará un día que esa luz se extinguirá y entonces sólo será una pavesa vagabunda y fría en la callada inmensidad sombría. Aquí nos interesa destacar el esquema teórico de Molina que como una infraestructura sostiene al poema y como vimos anteriormente, muestra su dominio desde 1892 en su "Adiós a Honduras". Ahí se vio que el cóndor vuela hacia el sol, pero de repente un rayo lo hace descender. El poema "Al Sol" tiene el mismo marco teórico, pero lo amplía a proporciones siderales. El sol gira y gira hacia un poder desconocido, hacia el centro de su centro, hacia Dios. (Esto es lo que captaría la poesía de Rubén Darío, hasta aquí llegaría él describiendo la música de las esferas). Pero el pesimismo de Juan Ramón Molina, las dañinas filosofías que absorbió, llevan su pensamiento hasta la extinción de la luz del sol (el cóndor fulminado por un rayo), hasta la "caída" del sol. El marco teórico es el mismo: el ascenso y después la caída, en el

cóndor y en el sol.

Una de las cumbres poéticas de Juan Ramón Molina lo constituye el poema "El Aguila" el cual comienza así:

Y el águila exclamó con voz terrible:
-en una cuenca informe
nací, en esta montaña inaccesible,
que fue tal vez la enorme
atalaya de rocas de granito
que a una raza de cíclopes sirviera
para explorar con su pupila fiera
la vacua inmensidad de lo infinito.

En 1892 en "Adiós a Honduras", el poeta había utilizado el cóndor como el ave que simboliza el movimiento ascensional del hombre, es notorio que en 1896 se haya decidido por el águila como símbolo más universal. Repárese en las "visiones" de Molina. A una montaña inaccesible su imaginación fecunda la "ve" como atalaya de cíclopes. Continúa el poema:

Luego crecí, volé con pocas fuerzas
a las rocas cercanas;
después, valor cobrando,
volé a las yermas cúspides lejanas
que coronan gritando
las venerables águilas ancianas.

Y hoy, ya lanzada sin temor al viento,
trazo en él espirales
y puedo en un momento
subir a las regiones celestiales;
y tiene tal audacia y tal aliento
mi poderoso vuelo vagabundo
que, si quisiera un día,
sin detenerse a descansar podría
darle la vuelta al mundo.

El águila crece y su vuelo es tan poderoso que puede darle la vuelta al mundo. El poeta continúa:

El viejo invierno es el mejor amigo
que tengo por el cielo;
el viejo invierno, que una vez al año
de su alcázar de hielo
sale crudo y huraño,
y rompiendo los odres de los vientos,
y soltando los líquidos raudales,
cruza por los abismos siderales
ceñido de relámpagos sangrientos.
Yo conozco las fraguas donde viven
los terribles Vulcanos del vacío
haciendo sus ensayos,
y envueltos en sus mantos -nubarrones
oscuros y andrajosos-
templan los haces de encendidos rayos
al compás de los truenos pavorosos.

En esta estrofa se escucha la música de la naturaleza y de los abismos siderales. El invierno que sale una vez al año de su alcázar de hielo, los huracanes son vientos que rompen sus propios odres, sueltan sus líquidos raudales y sus relámpagos sangrientos. El poeta "ve" el lugar de donde proceden los rayos y los truenos y se imagina la fragua de Vulcano en donde se hacen y ensayan las centellas de la tempestad.

Al ruido, los lejanos aquilones
como un tropel de fieras,
rugen desde el confín, los huracanes
despliegan sus fantásticas banderas,
óyense ayes profundos,
derrotados se escapan los vestiglos,
y parece otra vez que se repite
la gestación de los actuales mundos
en el oscuro seno de los siglos.
Al ígneo sol, a él mismo,
lo miré arrebujarse entre su manto,
pálido ya de espanto.
Huí entonces del abismo
ensordecido por aquella guerra,
como por el rumor estrepitoso
de una inmensa catástrofe...
La tierra
tiritaba de pánico y de frío.

Véase la capacidad del poeta para crear una atmósfera similar a la gestación de los actuales mundos en el oscuro seno de los siglos. No nos debe extrañar esta facultad del poeta cuando la ha ejercido anteriormente, lo constatamos al examinar la prosa de Molina en composiciones como "En el Golfo de Fonseca", "El Grillo", "Natura", ahí vimos la penetración del poeta para "retroceder un millón de siglos" y hundirse "en el océano de leche del cosmos". Después de admitir cierto temor ante la borrasca catastrófica el águila se pregunta ¿quién otro me ha infundido el vergonzoso miedo?, y se contesta, ni el mar, ni la cruel pantera, ni el tigre, ni el rudo rinoceronte, ni el oso, ni el león.

Si ellos rugen, yo grito;
si ellos guardan la selva, yo los montes
de entrañas de granito,
los vastos horizontes,
el grandioso infinito.

Al igual que el poeta el águila puede decir yo guardo los vastos horizontes y el grandioso infinito. Continuemos con el poema:

Yo de la humanidad civilizada
miré el día primero
deslizarse tranquilo,

y he conocido el báculo de Homero
y la calva de Esquilo.
Soy hermana de los genios. Ellos,
con su numen ardiente,
vuelan también a la región del cielo
a libar con anhelo
en la copa del éter transparente
de la alma luz.

En este fragmento radica la clave para la interpretación de todo el poema. El águila es el poeta, el cual con su numen ardiente vuela como el águila a la región del cielo a libar alma luz. El poema termina así:

Ni el que los orbes inflamados rige
con su cetro gigante
puede causar al águila un desmayo!
No puede ni Dios mismo...

Calló el ave blasfema...
En ese instante
un indignado y repentino rayo,
hecha cadáver la arrojó al abismo
en espantosa rotación. El trueno,
de pavorosas amenazas lleno,
bramó desde el confín del horizonte:
y un negro nubarrón que descendía,

una lágrima fría
vertió sobre la cúspide del monte!(34)

La mejor interpretación que conozco del poema "El Aguila" de Juan Ramón Molina la dio el mismo poeta y se encuentra en la composición en prosa "Excelsior". Sólo hay que intercambiar águila por poeta y tenemos las "visiones" de Molina cuando está haciendo su majestuoso poema. El otro detalle que se debe aclarar es sobre el final del poema. En la composición en prosa no está la caída del águila con la cual finaliza el poema. El águila llena de soberbia blasfemó contra Dios y en castigo cayó fulminada por un rayo. El hombre, en este caso el poeta, se llenó de filosofías blasfemas y soberbiamente reniega de Dios y de su religión, pero no encuentra inmediatamente con qué sustituir su antigua religión, por consiguiente queda vacío. Este vacío resuena en el poema y se simboliza en la caída del águila.

En Molina es tan fuerte la caída que ésta atraviesa toda su poesía. Por ello, decíamos más arriba que el poema "El Aguila" sintetiza el marco teórico de la poética de Molina cuyo núcleo es el movimiento dialéctico ascenso-descenso.

---

(34) El Aguila. **Tierras, Mares y Cielos**. J. R. Molina, págs.9-21.

El poema "El Aguila", ¿es modernista?

Véase la distancia, más cualitativa que cronológica, entre "El Aguila" y un poema como "En la Sabana". En este último, se vuelve la mirada hacia atrás y abajo, es decir, hacia el pasado y la tierra, en cambio en "El Aguila" la mirada es hacia adelante y arriba, es decir, hacia el futuro y el cielo. El núcleo del poema "En la Sabana" es la nostalgia, es un enrollarse hacia adentro propio del romanticismo, el cual no llega muy lejos, porque luego topa con un límite, no tiene salida, es un ahogarse. En cambio, la primera sensación que se percibe en un poema como "El Aguila" es la de una liberación, de un rompimiento de diques y de límites, un desenrrollarse el poeta en lugar de arrollarse sobre sí mismo. Y en esto radica la esencia del modernismo, éste es un rescate de la opresión del romanticismo, es una liberación de fuerzas a partir del punto en que se había estancado el romanticismo en un callejón sin salida. El modernismo es volver la mirada de adentro hacia afuera, del mundo subjetivo al mundo objetivo, de la nostalgia al equilibrio de la naturaleza y la armonía del universo. Junto con la óptica, cambian el tema y el lenguaje. Es en su tiempo un movimiento poético revolucionario. Así lo ve Juan Ramón Molina y este cambio revolucionario está plasmado en su poema, por eso concluimos que "El

Aguila" es indiscutiblemente un poema modernista.

Para abundar más en el argumento modernista examinemos brevemente el origen del poema "El Aguila". Indudablemente, procede de un afán de emulación de Juan Ramón Molina. Efectivamente, la emulación es con respecto al poema "ANAGKE" de Rubén Darío, publicado en "Azul" en 1888 a los 21 años de edad. Molina da a conocer "El Aguila" en 1896 también a los 21 años. Veamos el similar comienzo.

En Darío:

"Y dijo la paloma:"

En Molina:

"Y el águila exclamó con voz terrible:"

Continúa Darío:

Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,
en el árbol en flor junto a la poma
llena de miel, junto al retoño suave
y húmedo por las gotas del rocío
tengo mi hogar.

Continúa Molina:

-En una cuenca informe
nací, en esta montaña inaccesible

que fue tal vez la enorme
atalaya de roca de granito
que a una raza de cíclopes sirviera
para explorar con su pupila fiera
la vacua inmensidad de lo infinito.

Veamos cómo pinta la aurora Darío:

Cuando al himno jocundo
del despertar de Oriente,
sale el alba desnuda, y muestra al mundo
el pudor de la luz sobre su frente.

Y ahora como lo hace Molina:

Un pálido crepúsculo
-tímido heraldo del glorioso día-
.....
..... *En los cielos*
donde quedaban de la sombra rastros,
iba apagando la rosada aurora
las temblorosas luces de los astros
con su soplo sutil. En ese instante
surgió, tras la muralla de los montes
el nuevo sol, magnífico y radiante:
mientras que los corceles de la noche
huyendo por los claros horizontes,
.....
heridos por mil flechas inflamadas,
se desplomaron muertos.

Y así continúan los dos poemas, el de Darío y el de Molina mostrando los diferentes temperamentos de cada uno. Darío, suave, tierno, armonioso; Molina, fuerte, fiero, pero también armonioso. Uno es la paloma, el otro es el águila; pero ambos teniendo de telón de fondo la unidad y armonía del universo. En relación con esto último es oportuno mencionar el episodio de Darío con don Juan Valera, respecto al final de este poema:

El final del poema de Darío es el siguiente:

-¿Sí? -dijo entonces un gavilán infame
y con furor se la metió en el buche
Entonces el buen Dios, allá en su trono
.....
se puso a meditar. Arrugó el ceño,
y pensó, al recordar sus vastos planes,
y recorrer sus puntos y sus comas,
qué cuando creó palomas
no debía haber creado gavilanes.

Respecto a este final don Juan Valera en carta a Darío le reclamó. "Tiene Ud. otra composición, donde el cántico de amor acaba en un infortunio y en una blasfemia. Suprimiendo la blasfemia final, que es burla contra Dios..."(35) Más tarde en

(35) Rubén Darío, **Azul**, obras completas de Rubén Darío, carta prólogo de don Juan Valera II, Madrid, pág.23.

"Historia de mis libros" y refiriéndose al poema "Anagke" Darío dice:(36)

> "Valera la censura con razón, y ello no tuvo posiblemente más razón de ser que un momento de desengaño, y el acíbar de lecturas poco propias para levantar el espíritu a la luz de las supremas razones. El más intenso teólogo puede deshacer en un instante la reflexión del poeta en ese instante pesimista, y demostrar que **tanto** el gavilán **como la paloma forman parte integrante y justa de la concorde unidad del universo**". (El subrayado es nuestro. M.R.A.).

Don Juan Valera le critica a Darío la blasfemia del final del poema cuando aparentemente el poeta le reprocha a Dios la creación del gavilán junto con la paloma. Darío acepta la censura, pero posteriormente en 1913 se justifica diciendo que un buen teólogo defendería a Dios argumentando que junto a la paloma es necesario crear al gavilán para que ambos reflejen la **concorde unidad del universo**. Este es el fundamento nuclear que está en la raíz de la poesía de Darío y del Modernismo.

Hemos visto más arriba a Juan Ramón Molina percibiendo el principio del equilibrio de la naturaleza por medio del cual deben convivir el gavilán y la paloma en su composición en prosa "Natura"(1897).

---

(36) Rubén Darío, **Autobiografías**, Ediciones Marymar, Buenos Aires, 1976, págs.162-163.

¿Cómo ve Juan Ramón Molina el poema "Anagké" de Darío en comparación con su "El Aguila"? Afortunadamente, se dispone de una alusión de Molina para contestar esta pregunta. Su poema "Río Grande" contiene inadvertidamente una estrofa que indudablemente se refiere a esta comparación. Veamos:

Porque amo todo aquello que es grande o que es
/ sublime:
el águila tonante, no el pájaro que gime,
el himno victorioso, no el verso femenil;
las mudas, y solemnes, y vastas soledades,
los lúgubres abismos, las fieras tempestades,
todo lo que es soberbio, grandioso o varonil!

Prácticamente, los versos anteriores son una declaración de principios de Molina de por qué eligió el águila y no la paloma como protagonista de su poema. También muestra el temperamento fuerte y viril de Molina, el cual está plasmado en el poema "El Aguila" y como dijimos anteriormente, es un temperamento que contrasta con el más suave y delicado de Darío en su poema "Anagké". También quedó en evidencia el afán deliberado de Molina por emular y superar con "El Aguila" el poema tempranero de Darío.

¿Cómo ve una mente lúcida contemporánea de Molina un poema como "El Aguila"? Paulino Valla-

dares exiliado en 1905 en Granada, Nicaragua, contesta una carta que le había dirigido el poeta Molina, en la cual le envía el poema "Una Muerta" y le pide su opinión sobre el mismo. Paulino Valladares (24 años) le contesta en diciembre de 1905:

> ".....Pero Ud. presenta un fenómeno -si es que Ud. mismo no es un fenómeno en las esterilidades literarias de mi patria- consistente en el giro religioso, casi místico, que van tomando sus últimas composiciones.
>
> En sus primeros versos tenía Ud. algo de soberbio, poseía una virilidad pujante, y con más gusto hubiera Ud. pintado un gesto iracundo de Satán que un bostezo de mansedumbre angelical de Jehová. Ud. se ha cristianizado poéticamente....
>
> En su vibrante poema "El Aguila" es Ud. majestuoso, cual corresponde al ave de la gloria que guía a los combates sangrientos.....
> En ese poema, que ha mucho tiempo aprendí de memoria y que me consuela cuando lo repito en mis arrechuchos de hastío.....
> ¿Qué transformación se ha operado en su psicología, o qué mutaciones ha sufrido su macizo cerebro? Tal vez el ambiente en que Ud. se agita, las desesperanzas sin fin que caen sobre su espíritu, causándole ese espanto por la vida y ese horror por la natura... Si se tratara de escoger para mi uso particular, entre "El Aguila" y "Una Muerta" me quedaría con el primero; pero sé que el segundo tiene más belleza sentida, más sinceridad literaria, menos artificio, porque es

una queja doliente y sugestiva que Ud. de verdad exhala.....

La religiosidad poética de Ud. ¿Será conveniente para la salvación de su alma y para el arte? ¿Perderá Ud. su espontaneidad, su vigor, su estro pujante de otros tiempos, convirtiéndose en una especie de Santa Teresa de Jesús con pantalones, que muere porque no muere?
.....sea Ud. poeta siempre; lleve consigo mientras viva esa arpa que Ud. recogió en las impalpabilidades de la nada al venir al mundo, y atraviese este planeta, dejando tras de Ud. ondas sonoras y jirones de belleza confundidos con los pedazos de su corazón que herido de dolor y saturado de un tedio supremo va sangrando gota a gota.....

Gozo recordando a las personas como Ud. que son mis compañeros en soñar,..... sufrir.....(37)

Justas y acertadas palabras las de Paulino Valladares que descubren la perspicacia literaria del periodista lúcido.

Siendo "Una Muerta" un poema bello, Juan Ramón Molina alcanza en "El Aguila" la cumbre más alta de su evolución literaria. A partir de ese punto como lo percibe lúcidamente Paulino Valladares, el poeta va perdiendo esa fuerza, la virilidad pujante, plasmada con grandiosa majestuosidad en

(37) **"Hondureños Ilustres en la Pluma de Paulino Valladares".** Tipografía Nacional, Teg. 1972, págs.143-146.

el poema "El Aguila".

Después del poema "El Aguila", Juan Ramón Molina regresa de Guatemala a Honduras a finales de 1897. A comienzos de 1898 es nombrado subsecretario de Obras Públicas en el gobierno del Dr. Policarpo Bonilla, pero se siente incómodo en esta posición y renuncia en septiembre del mismo año, así que su paso por la administración pública fue efimero. Mas le gusta el trabajo periodístico y con el objeto de fundar un diario renuncia a su posición en el gobierno. El 8 de abril de 1899 contrae matrimonio con Doña Dolores Inestroza, el cual no dura mucho, apenas un poco más de tres años pues su esposa muere el 18 de junio de 1902. A finales de este año tiene que emigrar a El Salvador para volver a Honduras con las fuerzas triunfantes del general Manuel Bonilla en abril de 1903. Protegido por el gobierno del general Bonilla permanece en Honduras hasta que es derrocado este gobierno, por lo cual tiene que salir emigrado hacia El Salvador en marzo de 1907. Aquí permanece hasta su muerte el 2 de noviembre de 1908.

En abril de 1905 Molina da a conocer su canto al "Río Grande", comenzado en Guatemala, por lo cual el poema es una combinación interesante de nostalgia (romanticismo) y modernismo, ¿cómo maneja Molina el tema de la nostalgia desde una óptica modernista? Para ello examinemos el poema "Río

Grande". Empieza así:

Sacude, amado río, tu clara cabellera,
eternamente arrulla mi nativa ribera,
ve a confundir tu risa con el rumor del mar.
Eres mi amigo. Bajo las susurrantes frondas,
pasó mi alegre infancia, mecida por tus ondas,
tostada por tus soles, mirándote rodar...

Obsérvese la óptica objetiva que adopta Molina. Se pone a describir poéticamente la naturaleza del río en un alarde de metáforas:

Corriente del río	=	clara cabellera
Rumor del río	=	arrullo
Rumor del río	=	risa

Incluso la alusión a la infancia se hace de una forma objetiva: se constata el hecho nada más. Recuérdese que el romanticismo se solaza en el dolor producido por la nostalgia. El modernismo en cambio, trata de salir de adentro hacia afuera, hacia la naturaleza, hacia lo objetivo, tal como lo hace el poeta en esta primera estrofa de su poema. Este continúa así:

Presa fui del ensueño. Tus guijarros brillantes
me parecían gruesos y fúlgidos diamantes

de un Visapur incógnito de rara esplendidez;
y -en tu sonoro y límpido cristal de luna llena-
el espejo de plata de una falaz sirena
de torso femenino y apéndice de pez.

En esta estrofa adquiere más vuelos la imaginación modernista. El poema continúa:

¡Oh infancia! ¡Quién te hubiera parado en tu
/ camino!
Dueño era de la lámpara de iris de Aladino,
de su mágico anillo, de su feliz candor:
como él tuve pirámides de gemas fabulosas,
un alcázar magnífico, mil esclavas hermosas,
y fue mi amada la hija de un gran emperador.

Mas, todo fue más frágil y breve que tu espuma,
más efímero y vago que la temprana bruma,
que sube de tus aguas hacia el celeste azur;
arenas confundidas en tu glacial corriente,
pájaros errabundos que buscan lentamente
las vírgenes florestas que bañas en el Sur.

En el primer verso de la primera estrofa el poeta corre el peligro de caer en el romanticismo si continúa en esa línea de introspección, pero rápidamente y de un salto pasa al campo de la imaginación modernista en el siguiente verso: "Dueño era de la lámpara de iris de Aladino" y así continúa en un

derroche de típicos versos modernistas.

En la siguiente estrofa el poeta da una lección contundente de la aplicación de la técnica modernista a la línea de evolución del poema. Quiere expresar que el mundo maravilloso de la infancia fue frágil y breve, nada mejor que expresarlo por medio de la naturaleza del río: frágil y breve como la espuma y como la bruma que sube hacia el celeste azur.

El poema continúa:

Lejos de estas montañas, en un lugar distante,
soñaba con tu fresca corriente murmurante,
como en la voz armónica de una amada mujer;
con tus ceibas y amates y tus yerbas acuáticas
con tus morenas garzas, inmobles y hieráticas,
que duermen en tus márgenes al tibio atardecer.

Cuando volví a mirarte el opio del hastío
me envenenaba; pero tu grato murmurío
tornó a dar a mi espíritu una sedante paz;
lavaste con tus olas sus agrias levaduras,
mi corazón llenaste de cándidas ternuras,
y una nueva sonrisa iluminó mi faz.(38)

---

(38) Río Grande. **Tierras, Mares y Cielos**. Juan Ramón Molina, págs.38-39.

En la primera estrofa se deduce que una primera versión fue hecha en Guatemala por la dosis de nostalgia que todavía conserva; pero fue retocado posteriormente y en forma rápida se le imprimió el sesgo modernista. En la siguiente estrofa, el poema es contaminado por el opio del hastío del poeta. A estas caídas en este ensayo las hemos llamado "caída del águila" y gran parte de la poesía de Molina está atravesada por esta característica.

El poema posteriormente decae un tanto del nivel con que comenzó; aunque todo él es una muestra del desarrollo que había alcanzado la técnica modernista en el poeta y su aplicación a un tema caro al corazón de Molina.

En noviembre de 1905 el poeta Molina da a conocer su poema "Una Muerta" que comienza así:

Señor: tú la llamaste
y ella voló a tu lado,
dejándome en la tierra.
¿Mi espíritu has mirado?

Para apreciar la evolución del poeta sobre este mismo tema veamos un poema anterior de 1904, que se llama "Segundo Aniversario", el cual comienza así:

En junio fue -bien lo recuerdo- en junio,
y en esta fecha trágica y fatal,

en esta fecha, de funesto signo,
que nunca, nunca lograré olvidar;
porque en mis noches tétricas de insomnio,
-en mis noches de insomnio pertinaz-
esa fecha revive en mi memoria,
que aletargara el opio del pesar.

Se comprueba por los versos anteriores que en su primer intento no acertó el poeta. Lo que está comunicando es muy inmediato, no hay distancia, no hay elaboración, además los versos endecasílabos no encajan bien con el material manejado. En cambio, en el segundo intento, el de 1905 es diferente.

Señor: tú la llamaste
y ella voló a tu lado,
dejándome en la tierra.
¿Mi espíritu has mirado?

La sencillez, la limpidez, la humildad de este comienzo es evidente. ¿Qué es lo que ha hecho el poeta? Ha cambiado la óptica, la estrategia del comienzo, para ello se ha valido de un recurso: recurrir a una tercera persona para plasmar sus sentimientos. En el anterior intento decía directamente lo que sentía, en éste utiliza un recurso intermedio, hay más elaboración. Y el intento es logrado porque en este caso esa tercera persona es

nada menos que Dios. Y la conversación entre el poeta y Dios se convierte en una oración y es una oración sencilla que se caracteriza por la humildad y la resignación (recuérdese la observación de Paulino Valladares en su carta de 1905, cuando destaca el giro religioso, casi místico que están tomando las últimas composiciones poéticas de Molina). Este no es el Molina de fuerza y empuje del poema "El Aguila". La otra novedad que tiene el segundo intento respecto del primero, es el metro. El poeta pasó del verso endecasílabo del primer intento, al heptasílabo en el segundo. Con el cambio ganó en sencillez y limpidez.

El poema continúa:

No es jardín -florecido
de azules ilusiones-
sino que inmunda cueva
de arañas, escorpiones

y víboras. Un pozo,
de horror y de amargura,
en que está con cadena
la trágica locura.

La copa de mi vida,
donde escanciaba mieles,
llena está hasta los bordes
de ponzoñosas hieles,

más álgidas que aquella
bebida ignominiosa,
que recoció tu lengua
en la cruz afrentosa.

Adviértase como el poema cae del campo objetivo de la primera estrofa al ámbito subjetivo de las tres siguientes en donde el poeta reclama que su espíritu es una cueva de víboras, un pozo de horror cercano a la locura, una copa de hiel en vez de miel. Comprobamos como el desplazamiento de óptica se acerca más a fases anteriores de su evolución poética, a la de la nostalgia del romanticismo antes que al modernismo, sólo que ahora el dolor es producido por una tragedia (la muerte de su esposa) y antes era provocado por el alejamiento de la patria y de la familia. Es por ello que estas estrofas no son modernistas. Encontramos la influencia modernista hasta las siguientes estrofas cuando se dirige a Dios como en la primera estrofa:

Tú -que de todo miras
el anverso y reverso-
que regulas la máquina
que mueve el universo,

que sabes, omnisciente
y enorme taumaturgo,

por qué el dragón se arrastra,
por qué vuela el simurgo;

por qué el sonido ondula,
por qué la chispa quema,
por qué el retoño nace,
por qué fulge la gema;

por qué se hermanan siempre,
en un igual destino,
la leche con el llanto
y el agua con el vino

dime: si fue en la tierra
también tu preferida,
¿por qué la flor segaste
de su apacible vida,

Vemos como las estrofas anteriores reflejan la armonía y funcionamiento del universo. Vuelve a ocurrir un desplazamiento de óptica: del campo subjetivo hacia el objetivo. En la última estrofa hay un gesto del poeta fuerte de "El Aguila" cuando le reclama al Señor en forma de pregunta "¿Por qué la flor segaste de su apacible vida". Luego el poema cae (la caída del águila) en la siguiente estrofa, lo cual es frecuente en Molina.

Dejando que un enjambre
de lívidos gusanos,

hirviera en sus mejillas,
sus senos y sus manos?

Enseguida el poema describe poéticamente la cabellera, las cejas, orejas, pestañas, mirada, párpados, ojos, nariz, mejilla, boca, cuello, senos, manos, regazo, pie, modestia y dedos de la esposa muerta.

Después el poema se dedica a describir las influencias de las "filosofías" sobre el espíritu del poeta:

Había explorado todas
las altas latitudes
del pensamiento: leído
biblias y talmudes;
meditado en las muertas
necrópolis sombrías,
de las leyendas magnas
y las filosofías:

investigando ciencias
y oscuras nigromancias,
que esconden de las cosas
y seres las substancias;

consumido, en estudios
y locos devaneos,
nervios y sensaciones,
sentidos y deseos,

hasta tener, enfermo
de un incurable hastío,
encima, un cielo mudo,
quimérico y vacío,

y en mi conciencia, a rumbos
ignotos impelida,
horror por la natura
y espanto por la vida.

Las estrofas anteriores describen las influencias nefastas que tuvieron las muchas lecturas y filosofías sobre el poeta y el estado de confusión de su espíritu, recién llegado de Guatemala, antes de conocer a su esposa. Lo que significó su esposa en este momento crucial de su existencia se describe a continuación.

Pero ella puso en mi alma
el candor primitivo
de las revelaciones
celestes. Un olivo.

Plantó entre las arcillas
estériles de mi era:
una vid y una espiga,
un laurel y una higuera.

Agua ofreció a mis labios,
marchitos y sedientos;

vertió sobre mis llagas
milagrosos ungüentos;

y ahuyentó de mi paso
con dulces oraciones,
todos los cancerberos
y todos los dragones.

En este momento el poema tiene bastante de autobiografía al relatar la significación de la esposa en un punto tan crucial de su vida. La esposa fue como agua fresca para el desierto que habían dejado las filosofías en su espíritu. Cuando el Señor mandó al ángel a llevársela, el poema continúa:

lloró -con sus dos alas
cubriendo su cabeza-...
Era un himno grandioso
la gran naturaleza!

Llenaba los azures,
límpidos y jocundos,
la música solemne
de los enormes mundos,

rodando eternamente.
Los atrevidos montes
empinábanse sobre
los vastos horizontes.

Del fondo de los mares-
dorados por el día
naciente- de las aguas
el diálogo subía.

Los bosques derramaban,
mecidos por los vientos,
el rumor de una orquesta
de acordes instrumentos:

todo era himnos y júbilos,
batir de olas y de alas,
derroches de esplendores,
de pompas y de galas,

de voces y de trinos,
de besos y murmullos,
en piélagos y gotas,
en selvas y capullos,

La unidad y armonía de la naturaleza se desprende de los versos anteriores. Era un himno grandioso la naturaleza en homenaje al cuerpo tendido de la esposa. No es difícil comprobar el sello modernista de estas estrofas.

El poema continúa en su nivel modernista.

Señor: nunca discuto
tu voluntad, porque eres
padre y dueño de cosas
espíritus y seres:

desde el funesto rayo
que en las nubes se fragua,
hasta los pululantes
infusorios del agua;

desde los leviathanes
de máximas aletas,
hasta los gigantescos
y lúgubres cometas;

desde el numen osado
que explora lo absoluto,
hasta el instinto vago
que germina en el bruto.

El poema continúa en un ascenso del espíritu del poeta, tras las huellas de la amada muerta.

Por eso -al ser herido
de aquel dolor supremo-
no apacenté, insensato
las iras del blasfemo

.....

De noche, cuando el ábside
del cielo se entenebre,
mis ojos, encendidos
por una lenta fiebre,

a través de un enjambre
lumínico de estrellas,

siguieron por las nébulas
el rumbo de sus huellas,

.....

¿En dónde se detuvo
cuando dejó el planeta,
en éxodo sublime
a la celeste meta?

¿En qué mundo de dicha
o en qué luna de duelo,
plegó, por un instante,
el fugitivo vuelo,

cruzando la vorágine
de las inmensidades,
meciéndose a los soplos
de las eternidades,

.....

recamada del polvo
de las constelaciones,

.....

sobre el haz de los vastos
y mudos infinitos,

Este ascenso del espíritu del poeta es similar y tiene la fuerza del ascenso de "El Aguila", todo en un ambiente modernista de equilibrio y armonía sideral.

El poema termina así:

¡Señor! ¡Señor! ¿acaso
la miraré algún día,
en el triunfo de alguna
celeste epifanía?

¿Iré, purificado,
a postrarme de hinojos,
ante el amor mirífico
que emana de sus ojos,

y juntos giraremos,
unánimes como alas,
en órbitas de espíritus,
de escalas en escalas

hasta ser absorbidos
en la divina hoguera
del Espíritu Santo?
Ansiosamente espera

mi corazón, que llegue
ese glorioso instante
en el eterno círculo
del inmortal cuadrante!(39)

Se ha hecho una constatación sorprendente. Antes se creía que "Una Muerta" por ser de tema intimista, por expresar una queja doliente de Moli-

---

(39) Una Muerta. **Tierras, Mares y Cielos.** Juan Ramón Molina, págs.25-27.

na, el poema era un enrollarse sobre sí mismo, perteneciente a una fase anterior al modernismo; pero nos hemos llevado la gran sorpresa, el tema de la muerte de la esposa sólo es un pretexto para erigir sobre ese núcleo toda una superestructura modernista. Se ha visto que excepto una breve caída en un enrollarse sobre sí mismo, al comienzo del poema, el resto de éste es un desenrollarse hacia afuera, objetivamente, en la línea de "El Aguila", construyendo un majestuoso andamiaje incuestionablemente modernista.

A continuación examinamos un soneto de fuerte tesis filosófica, es dedicado a Luis Andrés Zúñiga en respuesta a uno anterior de este autor.

NADA ES TODO

A Luis Andrés Zúñiga

Hermano mío en el Arte y en la lira sagrada
que -de la negra Estigia sentado en un recodo-
nos dices que las cosas de este mundo son nada,
mientras que las del otro, las del celeste, todo.

No siembres esa lívida seta emponzoñada
en tu jardín de sueños, con tan amable modo,
sino una vid de vida, de racimos cargada,
que de alegría deje el corazón beodo.

A ese ilusorio cielo una implacable guerra
conmigo mueve, hermano. Conmigo ama la Tierra,
la carne, el vino, el oro, que abominaron los

anacoretas locos. Ama la vida fuerte,
pon en fuga conmigo a la amarilla Muerte,
¡Y dos hombres de veras hemos de ser los dos!(40)

Se ha visto anteriormente la reacción de un Paulino Valladares ante el poema "Una Muerta" cuando advierte cierto giro religioso, casi místico en la nueva poesía de Molina. Por el análisis hecho más arriba de "Una Muerta" se ha constatado que ese giro religioso sólo es aparente y muy breve al comienzo, ya que después y en su mayor parte el poema se desarrolla en toda la línea modernista. Pues bien, ahora en el soneto "Nada es Todo", Molina respondiendo a Luis Andrés Zúñiga y de paso a Paulino Valladares quiere reafirmar su fe hacia la vida y su rechazo a la muerte. Recomienda: ama la vida fuerte, la carne, el vino, el oro y rechaza como seta emponzoñada la filosofía que dice que las cosas de este mundo son nada y las del celeste todo.

En 1906, entre fines de agosto y comienzos de noviembre, Juan Ramón Molina asiste en representación de Honduras a la III Conferencia Interamericana celebrada en Río de Janeiro. Molina escribe

---

(40) Nada es Todo. **Tierras, Mares y Cielos.** Juan Ramón Molina, pág.181.

el poema "Salutación a los Poetas Brasileros", el cual comienza así:

Con una gran fanfarria de roncos olifantes,
con versos que imitasen un trote de elefantes
en una vasta selva de la India ecuatorial,
quisiera saludaros -hermanos en el duelo-
en las exploraciones por la tierra y el cielo,
en el martirologio de los circos del mal.

Es tan modernista este comienzo que más parecen versos de Darío. La onomatopeya es directa, se oyen, casi se siente el trote de elefantes. El desarrollo del poema es un alarde de dominio del arte modernista, a la altura de la poesía de Rubén Darío.

El poema termina así:

Pero Pegaso aguarda. Sobre su fuerte lomo
gallardamente salto en un instante, como
el Cid sobre Babieca. Me voy hacia el azur.
¿Acaso os interesa mi suerte misteriosa?
!Buscadme en mi magnífico palacio de la Osa,
o en mi torre de oro, junto a la Cruz del Sur!(41)

Este poema junto a "El Aguila" es la más pura expresión modernista de Molina.

De esta época es el soneto

---

(41) Salutación a los Poetas Brasileros. **Tierras, Mares y Cielos.** Juan Ramón Molina, págs.65-66.

Pesca de Sirenas

Péscame una sirena, pescador sin fortuna,
que yaces pensativo del mar junto a la orilla,
Propicio es el momento, porque la vieja luna
como un mágico espejo entre las olas brilla.

Han de venir hasta esta ribera, una tras una,
mostrando a flor de agua el seno sin mancilla,
y cantarán en coro, no lejos de la duna,
su canto, que a los pobres marinos maravilla.

Penetra al mar entonces y coge la más bella,
con tu red envolviéndola. No escuches su querella,
que es como el llanto aleve de la mujer. El sol

la mirará mañana -entre mis brazos loca-
morir -bajo el divino martirio de mi boca-
moviendo entre mis piernas su cola tornasol.(42)

¿Qué tiene este soneto de versos alejandrinos para penetrar tan profundamente en el alma de las personas que lo escuchan?

Al revisar la prosa de Molina vemos que la leyenda de la sirena es un tema recurrente y de larga data en las "visiones" del poeta. Desde 1892 a los 17 años en la composición "Las Olas" dice:

---

(42) Pesca de Sirenas. **Tierras, Mares y Cielos.** Juan Ramón Molina, pág.185.

Y ¡oh poetas, oh soñadores, oh magos de la leyenda! los viajeros pudieron percibir extrañas voces como que si hablara cada ola.

.....

-Yo soy la Sirena, la bella y aleve Sirena. Dióme la mujer la armonía de su espléndido torso y el pez su cola de escamas brillantes y fulgores extraños. Canto a la luz perlada de la luna, bajo la tibia superficie del mar en calma, o en el escollo, donde hago estrellarse los débiles esquifes y las enormes naves. Mis ojos son de un purísimo azul marino, y sólo los náufragos han visto el ensueño de mi seno y mis armoniosas caderas, llenas de una voluptuosidad infinita, desconocida para el hombre.
(Prosas, págs.92-93).

En el párrafo anterior ya se encuentran las imágenes siguientes:

-La **bella** y **aleve** sirena.
(Penetra al mar entonces y coge la más **bella**,
con tu red envolviéndola. No escuches su querella,
que es como el llanto **aleve** de la mujer")
-Y el pez su cola de escamas **brillantes y fulgores** extraños ("moviendo entre mis piernas su cola **tornasol**
-Canto a la **luz perlada de la luna**
("Propicio es el momento, porque la vieja **luna**
como un **mágico espejo entre las olas brilla**")
-Y sólo los náufragos han visto el **ensueño** de mi seno y mis armoniosas **caderas**, llenas de una voluptuosidad infinita, desconocida para el hombre.
("mostrando a flor de agua el **seno sin mancilla**)

.....

El sol
la mirará mañana entre mis brazos loca -morir
bajo el divino martirio de mi boca-
moviendo entre mis piernas su cola tornasol").

En 1897 en la composición en prosa "La Siguanaba", Molina recuerda la canción de Lorelei de Heine:

El pescador en su barca
la oye con hondo placer:
no repara en los escollos,
mira en alto a la mujer.
Al fin perece en las olas
con su barca el pescador,
por prestar incauto oído
a ese canto seductor.
(Prosas, pág.78).

En "Pesca de Sirenas" el poeta le encomienda una misión al pescador.

"Péscame una sirena, pescador sin fortuna" y lo previene:

"Y cantarán en coro, no lejos de la duna
su canto, que a los pobres marinos maravilla"
"Penetra al mar entonces y coge la más bella,
con tu red envolviéndola. No escuches su querella,
que es como el llanto aleve de la mujer".

En el poema "Río Grande" publicado en 1905, pero comenzado muchos años antes en Guatemala el

poeta dice refiriéndose al río:

"Y -en tu sonoro y límpido cristal de luna llena-
el espejo de plata de una falaz sirena
de torso femenino y apéndice de pez."

La saga de la sirena le ofrece la oportunidad a Molina para hacer un precioso soneto en versos alejandrinos en donde se combinan la capacidad de soñar y la voluptuosidad del poeta. Efectivamente, la belleza y la voluptuosidad infinita de la sirena es un señuelo y un seductor desafío para el hombre. El pobre pescador naufraga seducido por el aleve canto de la sirena, sólo el poeta, cual dios del olimpo, puede acceder a la voluptuosidad de la sirena sin pagar con la muerte tal atrevimiento. Sólo el poeta con su capacidad de soñar puede acceder al mundo de los sueños, vedado a los simples mortales. El andamiaje modernista prestado por la saga de la sirena es inocultable en este soneto.

A continuación examinamos el siguiente soneto.

El Río

Corre con tarda mansedumbre el río
copiando en sus cristales la arboleda,
y un monótono diálogo remeda
con el viento su grave murmurío.

Bajo el candente cielo del estío
no se apresura ni estancado queda,
sino que -lento y rumoroso- rueda
a perderse en el piélago bravío.

Tal se apresura la corriente humana
con su rumor efímero de gloria
reproduciendo una cultura vana;

y -sin que mude el curso de su suerte-
corre en el viejo cauce de la historia
hacia el mar misterioso de la muerte.(43)

Se quiere destacar en este soneto la profunda filosofía que contiene. Esta filosofía se puede resumir en la frase: "nadie puede empujar el río". El hombre en su apresuramiento trata de "empujar el río", pero el esfuerzo resulta vano porque la corriente humana desemboca inevitablemente en el mar misterioso de la muerte.

Coloquemos en perspectiva histórica el soneto de Molina, comparándolo con un poema de tema similar del poeta contemporáneo Antonio José Rivas, que se llama: "Frente al Mar" publicado en 1964.

---

(43) El Río. **Tierras, Mares y Cielos**. J. R. Molina, pág.192.

Frente al Mar

No sabe el río
si viene a ser veloz o taciturno.
Pero lleva en su luz
cielo y montaña,
al grado
que cuando llega al mar,
ya no le asombra el mar.

Ignora el río su sabiduría
por lo que el hombre ignora su ignorancia
frente al mar.
Y es que el río,
ya en la playa marina,
sabe que no es posible regresar,
que se ha quedado atrás toda la vida,
pero que todo lo compensa el mar.
Ya no le asombra el mar!(44)

A continuación comparamos ambos poemas:

Molina:

Bajo el candente cielo del estío
no se apresura ni estancado queda,

---

(44) Frente al mar. **Mitad de mi Silencio.** Antonio José Rivas. Ediciones Kukulcán, Teg. 1964.

Rivas:

No sabe el río
si viene a ser veloz o taciturno.

Molina:

Corre con tarda mansedumbre el río
copiando en sus cristales la arboleda.

Rivas:

Pero lleva en su luz
cielo y montaña.

Molina:

Sino que -lento y rumoroso- rueda
a perderse en el piélago bravío.

Rivas:

Al grado
que cuando llega al mar
ya no le asombra el mar.

En el fondo ambos poemas tienen similar filosofía. Los diferencia la nota pesimista de Molina cuando dice que no se puede empujar el río y que el apresuramiento que el hombre le imprime a las cosas es vano, porque ni cambia el curso de la corrien-

te y todo desemboca en el mar misterioso de la muerte. El poema de Rivas también reconoce que el hombre no puede empujar el río, pero hay una nota optimista cuando sugiere que el hombre puede aprender de la sabiduría del río, la cual consiste en que éste no se agobia por su pasado ni por su futuro, es decir la muerte. El río sabe que no puede regresar, pero también no le asombra el mar. Vive el presente. El hombre puede aprender de esta sabiduría.

Examinemos a continuación el soneto:

Madre Melancolía

A tus exangües pechos, Madre Melancolía,
he de vivir pegado, con secreta amargura,
porque absorbí los éteres de la filosofía
y todos los venenos de la literatura.

En vano -fatigada de sed el alma mía-
sueña con una Arcadia de sombra y de verdura,
y con el don sencillo de un odre de agua fría
y un racimo de dátiles y un pan sin levadura.

Todo el dolor antiguo y todo el dolor nuevo
mezclado sutilmente en mi espíritu llevo
con el extracto de una fatal sabiduría.

Conozco ya las almas, las cosas y los seres,

he recorrido mucho las playas de Citeres....
¡Soy tu hijo predilecto, Madre Melancolía!(45)

Con este poema cerramos el arco de una trayectoria fundamental de la evolución poética de Juan Ramón Molina. Vemos como al final los extremos del arco se tocan. Comenzamos con la nostalgia de "En la Sabana" y terminamos con la amargura de "Madre Melancolía" tocando en el trayecto las cumbres de "El Aguila", "Una Muerta" y empezando el descenso con "Pesca de Sirenas". Entre este último poema y "Madre Melancolía" hay una gran diferencia, el descenso se ha vuelto más rápido. Recuérdese como en "Pesca de Sirenas" el poeta todavía tiene fuerza y como un dios del olimpo se cree con derecho a gozar de la voluptuosidad de la sirena más bella y de seno sin mancilla, diferenciándose del resto de los mortales, en este caso los pobres marinos que pagan con la muerte tal osadía. En cambio, en "Madre Melancolía", el poeta ya no tiene fuerza, a lo más que llega es a soñar con una Arcadia de sombra y de verdura, pero de antemano sabiendo que es un sueño vano, pues ha perdido la fe, el optimismo y la alegría y su espíritu es una mezcla de melancolía, amargura y dolor como resul-

(45) Madre Melancolía. **Tierras, Mares y Cielos.** Juan Ramón Molina, pág.189.

tado de las dañinas filosofías que absorbió en el transcurso de su vida.

Nada mejor que ponerle punto final al recorrido por la poesía de Juan Ramón Molina con una síntesis de su vida en versos del propio poeta publicado casi al final de su vida. Nadie lo ha hecho con más propiedad y maestría.

Autobiografía

Nací en el fondo azul de las montañas
hondureñas. Detesto las ciudades,
y más me gusta un grupo de cabañas
perdido en las remotas soledades.

Soy un salvaje, huraño y silencioso
a quien la urbana disciplina enerva,
y vivo -como el león y como el oso
prisioneros- soñando en la caverna.

Fue mi niñez como un jardín risueño,
donde -a los goces de mi edad esquivo-
presa ya de la fiebre del ensueño,
vagué dolientemente pensativo,

sordo a la clamorosa gritería
de muchos compañeros olvidados,
que fue segando sin piedad la fría
hoz implacable de los negros hados.

¡Todos cayeron en la fosa oscura!
Fue para ellos la vida un triste dolo,
y -el corazón preñado de amargura-
me vi de pronto inmensamente solo.

¿Qué se hizo aquel cuya gentil cabeza
era de sol? ¿El jovencito hercúleo
que burlaba en la lucha mi destreza?
¿El dulce efebo de mirar cerúleo?

¿El que bajaba el más lejano nido?
¿El más alegre y mentiroso? ¿El zafio?
¡Para los tristes escribió el olvido,
en el nómade viento, un epitafio...!

¡Hada buena la muerte fue para ellos!
No conocieron el dolor. La adusta
vejez no echó ceniza en sus cabellos,
ni doblegó su juventud robusta!

Desde mi infancia fui meditabundo,
triste de muerte. La melancolía,
fue mi mejor querida en este mundo
pequeño, y sigue siendo todavía.

Sentí en el alma un natural deseo
de cantar. A la orilla del camino,
hallé una lira -no cual la de Orfeo-
y obedezco el mandato del destino,

tan ciegamente, que mañana -cuando,
tránsfuga de la vida, me deserte-
quizás celebre madrigalizando
mis tristes desposorios con la muerte.

No he sido un hombre bueno. Ni tampoco
malo. Hay en mí una dualidad extraña:
tengo mucho de cuerdo, algo de loco,
mucho de abismo y algo de montaña.

Para unos soy monstruosamente vano;
para otros muy humilde y muy sincero:
al viejo Job le hubiera dicho -Hermano:
dame tus llagas y tu estercolero.

Una existencia asaz contradictoria
de placer y dolor, de odio y de arrullo,
ha agitado mi ser: tal es la historia
de mi sinceridad y de mi orgullo.

Goces mortales y terribles duelos,
toda ventura y toda desventura,
exploraciones por remotos cielos,
enorme hacinamiento de lectura;

despilfarro de vida sensitiva,
abuso de nepentes; los cilicios
mentales; l'alma como carne viva,
la posesión de prematuros vicios;

las miserias del medio; ansias de gloria
que llega tarde: estar organizado
para la lucha y para la victoria,
y ser, a pesar de eso, un fracasado.

Todo conspira a hacer horriblemente
triste al que asciende las mentales cumbres
y a que cruce -con rostro indiferente
o huraño- entre las vanas muchedumbres!

¡Ah, mi primera juventud! La cierta,
la única juventud, la que es divina!
"Lejos quedó la pobre loba, muerta"'
asesinada por mi jabalina.

Al mirarme al espejo cuán cambiado
estoy! No me conozco ni yo mismo;
tengo en los ojos, de mirar cansado,
algo del miedo del que ve un abismo.

Tengo en la frente la indecible huella
de aquel que ha visto, con la fe perdida,
palidecer y declinar su estrella
en los arcanos cielos de la vida.

Tengo en los labios tímidos -en esos
labios que fueron una rosa pura-
la señal dolorosa de mil besos
dados y recibidos con locura,

en dulce cita o en innoble orgía
cuando, al empuje de ímpetus fatales,

busqué siempre la honrosa compañía
de los siete pecados capitales;

y era mi juventud, en su desgaire,
como un corcel de planta vencedora,
que se lanzaba a devorar el aire,
relinchando de júbilo a la aurora.

Tengo en todo mi ser, donde me obliga
algo a callar mi doloroso grito,
una inmensa fatiga: la fatiga
del peso abrumador del infinito.

La gran angustia, el espantoso duelo,
de haber nacido, por destino arcano,
para volar sin tregua en todo cielo
y recorrer sin rumbo todo océano.

Para sufrir el mal eternamente
del ensueño; y así, meditabundo,
vivir con las pupilas fijamente
elevadas en el corazón del mundo;

en el misterio del amor sublime,
en la oculta tristeza de las cosas,
en todo lo que calla o lo que gime,
en los hombres, las bestias y las rosas;

y dar a los demás mi risa o llanto
la misma sangre de mis venas, todo,
en la copa mirífica del canto,
hecha de gemas, de marfil o lodo;

y no dejar para mis labios nada;
y vivir, con el pecho dolorido,
para ver que, al final de la jornada,
mi sepultura cavará el olvido.

Hoy, que llegué a la cumbre de los años,
ante la ruta que a mis pies se extiende,
pongo los ojos, de terror, huraños;
mas exclama una voz: sigue y asciende!

¡Mas ¿para qué, señor? Estoy enfermo!
¡Me consume el demonio del hastío!
¡Toda la tierra para mí es un yermo
donde me muero de cansancio y frío!

He abrevado mis ansias de sapiencia
en toda fuente venenosa o pura,
en los amargos pozos de la ciencia
y en el raudal de la literatura.(46)

---

(46) Autobiografía. **Tierras, Mares y Cielos.** Juan Ramón Molina, págs.72-76.

IV.
REFLEXIONES FINALES

IV. Reflexiones finales

En la parte final del ensayo queremos compartir con el lector las reflexiones que se iban deduciendo a medida que se avanzaba en el estudio de la poesía de Juan Ramón Molina.

La primera reflexión es la siguiente. La prosa de Juan Ramón Molina de los primeros años, antes de acusar el poeta la melancolía y el hastío que se agudizan al final de su vida, la prosa de 1896 y 1897 analizadas en este ensayo en el Capítulo II, cuando el poeta tiene esas "visiones" e "impresiones" que lo hacen "ver" más allá que el común de los mortales, es una prosa preciosa, que hace pensar que Molina está ejerciendo sus facultades poéticas en forma pura. Pues bien, la primera reflexión que se deduce

es que la elevada calidad de la prosa no se refleja en una poesía del mismo nivel. Excepto en "El Aguila" y en "Pesca de Sirenas" no encontramos la correspondencia entre prosa y poesía cuando se analiza esa fase de su evolución literaria.

La primera reflexión conduce a una segunda. La prosa poética de este tiempo son ejercicios para escribir posteriormente poesía pura. La calidad de la prosa muestra que Molina era capaz de escribirla; pero no la escribió. Así que excepto "El Aguila" y "Pesca de Sirenas", no conocimos la poesía correspondiente al mismo nivel de la prosa de ese tiempo, es decir, fresca, natural, "poética" (poética en el sentido que "ve" más allá como en la prosa). Aquí viene la segunda reflexión. Si Molina no escribió la poesía correspondiente a su prosa preciosa fue porque algo interfirió, algo se interpuso en el camino. La hipótesis que manejamos en el texto es la siguiente: fue la filosofía lo que interfirió en el camino poético de Molina. Incluso en el texto llegamos a identificar ese momento preciso. Recuérdese que se dijo que fue en "La Siguanaba" (1897) cuando Molina reconoce ese momento. Nosotros lo llamamos el punto de inflexión en la evolución poética de Juan Ramón Molina. Fue entonces cuando la poesía se vio contaminada por la filosofía.

La anterior reflexión nos conduce a una tercera. La filosofía dañina, venenosa para la poesía es la

filosofía sin salida, la que mata la esperanza y la fe. Esta fue la que contaminó la poesía de Juan Ramón Molina. Porque la otra filosofía, la que tiene salida para el hombre, la que fortalece la fe y la esperanza, más bien coadyuva a la poesía. Ante una filosofía sin salida hacia adelante, Molina en "La Siguanaba" empieza a ver hacia atrás. De aquí su grito desgarrador:

> "¡Qué no diera hoy por volver a creer en la Siguanaba.....
> ¡Dichosa la anciana, dichosa mil veces porque pudo verla!
> ¡Daría toda la filosofía por recuperar el corazón puro, la fe en el Dios de mis abuelos!"

En este momento se suscita una cuarta reflexión, Molina ante la pérdida de su fe religiosa (bombardeada la religión por las filosofías positivistas de la época) se queda sin nada a cambio, no tiene una filosofía compensatoria como la tuvo Darío con el pitagorismo esotérico. Sin salida hacia adelante, Molina vuelve la mirada hacia atrás. De aquí provienen sus esporádicas incursiones románticas. Pero no le satisface el romanticismo. La filosofía panteísta de la prosa junto con la moda modernista de la época le proveen del arsenal técnico para proseguir su carrera poética.

Molina prosigue su evolución modernista; pero

es un modernismo contaminado, herido por la filosofía sin salida que profesa el poeta, distinto a Darío que ejerce un modernismo puro sustentado en una filosofía de equilibrio y armonía, tal como es el pitagorismo esotérico.

Sin embargo, en este camino Molina avanza hacia la dirección en que evoluciona la poesía latinoamericana. Efectivamente, cuando pasa de moda el modernismo la poesía latinoamericana evoluciona hacia la poesía de Vallejo y Neruda. Y la poesía de Vallejo principalmente, es la poesía torturada que en el fondo es enfrentarse el hombre a filosofías sin salida.

Si en Molina es la filosofía de Nietzsche, cuando Vallejo es la filosofía existencialista la que está de moda. A partir del punto de inflexión, Molina produce muy buena poesía modernista como "Río Grande", "Una Muerta", "Salutación a los poetas Brasileros", "Pesca de Sirenas"; pero ya no encontramos una cumbre como "El Aguila". La que más se acerca a producir esa aura poética es "Pesca de Sirenas", pero recuérdese que esta poesía tiene su origen en la saga de la sirena, origen similar al contexto del cual nació la prosa poética de su primera fase.

El conflicto filosófico se fue agudizando con el tiempo. La poesía de Molina se fue contaminando cada vez más de amargura y melancolía como se

muestra en "Madre Melancolía". En la etapa final de su vida, el 10 de agosto de 1908, Molina residiendo en San Salvador, publica en "Semanario Independiente" de Tegucigalpa un artículo sorprendente porque defiende una línea de evolución de la poesía, nueva, moderna, que no se infiere de la trayectoria anterior. Veamos algunos párrafos del artículo "Los Poetas como educadores de la raza":

> "Estamos abrumados de hombres teóricos: no tenemos quien nos haga un alfiler, quien nos fabrique una lima.....
> La raza necesita el empuje vigoroso de los hombres viriles. Los poetas están en jaula, como las avecillas, y deben salir al campo raso como los leones. Para eso tienen la melena y tienen el rugido.....
>
> .....
>
> Los poetas son factores indispensables en la obra de reconstrucción nacional. Centro América los necesita para que penetren en el corazón de las masas. Para que respiren el verdadero patriotismo. Para que enseñen... la diferencia que hay entre el suelo nativo libre y el suelo nativo en manos de otras razas.
>
> .....
>
> De aquí que el poeta deba estudiar los problemas de la patria al igual que el economista y el sociólogo y el letrado y el banquero.
>
> Los poetas son los grandes educadores de la raza. Los poetas deben iniciar la campaña educativa, pa-

ra formar ciudadanos, para hacer hombres. Deben evitar los conceptos abstractos y enseñar verdades concretas. Deben impulsar a las multitudes hacia el taller, para que aprendan a fundir el hierro, para que críen músculos y se hagan fuertes. Deben enseñarles a dominar la naturaleza, a vencerla, a escarbar la tierra bajo el sol ardiente en busca de un terrón que contenga oro..... No más cantar al colibrí de los prados, ni a la golondrina de los mares, ni al ruiseñor de los bosques.

Que las odas y los cantos deben ser para las tierras fértiles. Que los poetas deben internarse en los sembrados, observar la vida de los que labran el suelo, y cantar las glorias del agricultor en sus faenas rudas. E ir a los talleres a inspirarse en el girar vertiginoso de las poleas y los dinamos, en el movimiento rítmico de los émbolos, en el fragor de las máquinas. Minerales hay en las entrañas de los montes, y portentosas caídas..... y fuerzas motrices..... Son las hadas de los bosques..... son las sirenas de los mares..... No. No más alegrías, ni lágrimas, ni tristezas. Esa no es nuestra vida. Esa no debe ser nuestra poesía..... Necesitamos un poeta..... No que busque rimas para causar tristeza, ni ritmos sonoros para una lágrima..... y que eduque.....

Que sea útil. La raza lo necesita."(47)

Es una línea poética revolucionaria que sin duda constituye un punto de inflexión respecto a su

---

(47) "Los poetas como educadores de la raza". **Revista Ariel**, nov. 1967. Teg. págs.3-4.

trayectoria poética anterior. No conocemos si escribió algún poema en esta dirección. Lo más probable es que no lo hizo porque antes de transcurridos tres meses estaba muriendo en San Salvador, el 2 de noviembre de 1908 a los 33 años de edad.

Hasta aquí se ha estudiado la posición de la poesía de Juan Ramón Molina comparándolo con un titán universal como es la poesía de Rubén Darío. A propósito de esta comparación se puede traer a colación el verso del poeta griego Arquíloco.(48) "El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una gran cosa". Juan Ramón Molina como el zorro sabía muchas filosofías, Rubén Darío como el erizo no sabía tantas, pero sabía una que está en el fondo de toda su poesía: el pitagorismo esotérico, que le permitió salvar su poesía de las filosofías negativas que tanto daño le hicieron a Molina. Se ha visto que Molina poseía en la primera fase de su evolución el mismo potencial de Darío (obsérvese bien que decimos potencial); pero a ese potencial lo contaminó una filosofía sin salida que confundió al poeta; sin embargo, la posición de Molina en la poesía centroamericana de su tiempo es inmediatamente después de la de Darío y si la comparación es con el res-

(48) "El Erizo y El Zorro". Isaiah Berlin, Pensadores Rusos F.C.E., México, 1979, pág.69.

to de la poesía de Centroamérica, Molina ocupó con mucho un lugar superior.

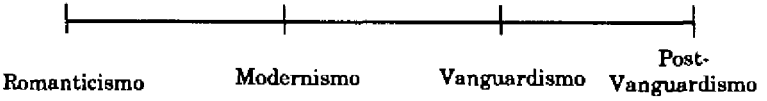
Desde el punto de vista de Honduras, Molina es nuestro máximo orgullo poético.

A continuación queremos hacer unas reflexiones de índole más general, suscitadas por el recorrido que se hizo a través de la poesía de Juan Ramón Molina. Para imprimirle perspectiva histórica a la poesía de Molina, anteriormente se hizo una comparación entre un soneto que se llama "El Río" y una poesía de 1964 de Antonio José Rivas que se llama "Frente al Mar". Se dijo anteriormente que ambos poemas tienen en el fondo un contenido similar, en el sentido de que nadie puede empujar el río. Se dijo también que la diferencia entre los dos poemas es su conclusión. Molina termina con la nota pesimista de que todo esfuerzo humano es vano porque todo concluye con la muerte (se advierte aquí el temor de Molina hacia la muerte); Rivas concluye que el hombre debe aprender de la sabiduría del río (es decir de la naturaleza) y entonces ya no le puede temer a la muerte. ¡Ya no le asombra el mar!

¿Qué lecciones se desprenden de esta comparación? Veinos que a Molina su filosofía negativa le contamina la conclusión del poema. El pesimismo, su desengaño y desilusión lo hacen ver vano todo esfuerzo humano, la filosofía que prevalece al final del soneto es una filosofía negativa. ¿Cuál sería una

filosofía positiva? Una filosofía con salida habría sido para Molina guardar la armonía con la naturaleza, aprender de la sabiduría del río, el cual no se asombra frente al mar (mar = muerte). Pero esta armonía con la naturaleza es la filosofía que subyace en el fondo del modernismo, en el fondo de la poesía de Darío, lo cual quiere decir que Molina en este soneto "El Río" estaba violentando el principio rector del modernismo, en el fondo "El Río" es un poema antimodernista. Hemos profundizado en este análisis para mostrar en qué forma la filosofía negativa de Molina influencia su poesía. Pero ahora nos enfrentamos a otro problema. Si concluimos que el poema de Rivas adopta la filosofía de la armonía con la naturaleza y por ello "Frente al Mar" concluye positivamente, natural como el río desemboca en el mar, entonces resulta que Molina en 1900 es antimodernista y Rivas en 1964 es modernista. Esto conduce a otra reflexión: ¿No estará necesitando la poesía actual cierta dosis de modernismo en el sentido de armonía y musicalidad como se deduce de este análisis comparativo de una poesía de Molina con una de Rivas?

El cuestionamiento anterior conduce a dirigir nuestras reflexiones en otra dirección. ¿Cómo ha evolucionado la poesía latinoamericana desde el romanticismo? En síntesis, la evolución ha sido la siguiente:



Las características esenciales de esta evolución han sido:

i) Romanticismo. Introspección en el yo.

ii) Modernismo. Se sale del yo y afuera capta la unidad y armonía del universo y la naturaleza. Rubén Darío.

iii) Vanguardismo. Se vuelve al Yo y se profundiza en el lugar que ocupa el hombre en el universo. César Vallejo y Pablo Neruda.

iv) Post-vanguardismo: El universo se achica y se reduce al sistema político-social; y se profundiza en el lugar que ocupa el hombre en ese universo reducido de sistemas políticos.

El vanguardismo y el post-vanguardismo están influenciados por filosofías sin salida u utópicas como los existencialismos (vanguardia) y el marxismo (post-vanguardismo). Pero los existencialismos demostraron ser filosofías sin salida y el marxismo ha entrado en crisis. Está llegando la hora de incorporar una dosis de armonía y optimismo, es decir, de modernismo, a la poesía pesimista y negativa de la actualidad.

No se requiere mucha perspicacia intelectual para prever una crisis de la poesía actual como

resultado de que la filosofía, la visión del mundo que la sustenta, es decir el marxismo, ha entrado en crisis profunda. Esta crisis es similar a la que ocurrió a finales del siglo pasado cuando las filosofías positivistas arrasaron con la religión y hay que reconocer que el marxismo ha actuado como una religión para nuestros intelectuales. Ante esta reflexión no es difícil prever una crisis en la poesía actual desde el momento que la filosofía que la sustenta ha entrado en crisis profunda en nuestro tiempo. ¿Cuál sería una salida para la poesía actual? La pregunta anterior conduce a otro haz de reflexiones y nuevamente nos recuerda la comparación que hicimos anteriormente entre una poesía de Molina y otra de Rivas. El ejemplo ha resultado fructífero. Recuérdese que Rivas le da una salida positiva a su poema aplicando consciente o inconscientemente un principio modernista (la armonía y la unidad con la naturaleza). Ante esta salida de Rivas se ve que es por ahí por donde se debe buscar una solución. Si la poesía social y política de nuestros días ya topó con un límite porque el marxismo que la sustenta ha entrado en crisis, entonces ¿por qué no echar mano de principios de escuelas literarias anteriores que pasaron la prueba del tiempo al quedar consagradas sus obras sobresalientes como buena literatura? El mismo Juan Ramón Molina echó mano de este expediente cuando en poesías

como: "Río Grande", "Una Muerta", "Pesca de Sirenas", combinó fructíferamente elementos románticos con elementos modernistas. Poetas sociales de nuestro tiempo combinan allá en el fondo, elementos románticos (romanticismo) desde una óptica política (post-vanguardismo) con excelentes resultados literarios.

La pregunta anterior conduce directamente al problema fundamental de la estética(49), el cual no ha podido ser resuelto por la estética marxista. ¿Por qué una obra de arte griego tiene un valor actual absoluto, no obstante el tiempo transcurrido y torna irrelevante el materialismo histórico y la sociología del arte?

Se contesta Ernesto Sábato.(50)

> ".....Hay progreso en el pensamiento puro y en la ciencia, no en el arte. El arte no progresa por el mismo motivo que no progresan los sueños..... La matemática de Einstein es superior a la de Arquímedes, pero el "Ulises" de Joyce no es "superior" al de Homero. Un artista logra cada vez lo que podríamos llamar un absoluto o un fragmento del Absoluto con mayúscula..... En el arte, pues, no hay progreso. Hay cambios, alteraciones que

---

(49) Adolfo Sánchez Vásquez. **Las Ideas Estéticas de Marx.** Ediciones Era, México, pág.96.

(50) Ernesto Sábato. **Entre la Letra y la Sangre.** Seix Barral, Barcelona, España, enero 1989, pág.27/28.

provienen no sólo de la sensibilidad de cada artista, sino también de la metafísica, explícita o tácita de la época, de su cultura".

Para el caso de Molina, el problema estético fundamental se plantearía así, ¿por qué la poesía de Juan Ramón Molina, no obstante pertenecer a una época ya superada históricamente, nos sigue gustando actualmente? ¿Por qué "Pesca de Sirenas" al leerla en la actualidad nos habla vehementemente a nuestro espíritu? Es porque Molina alcanzó en ese poema el absoluto o un fragmento del absoluto.

En los estudios de literatura generalmente se acostumbra estudiar las escuelas históricas (Romanticismo, Modernismo, Vanguardismo) y se descuida el núcleo literario que pasa de una época a otra, persiste en el tiempo y constituye la auténtica literatura. En los estudios de literatura hay un sesgo hacia el condicionamiento social de la misma, es decir hacia su sociología; pero se descuida el estudio de la literatura en sí, la que persiste en el tiempo, la que verdaderamente interesa. Hay que invertir el enfoque de los estudios literarios. Hay que estudiar las escuelas literarias, pero haciendo énfasis en cómo contribuyen a lo **permanente**, a la legítima literatura y quitando el **énfasis en lo transitorio, en lo que cambia**, en la sociología de la literatura.

En este contexto es pertinente formularse otra vez la pregunta. Ante la crisis de la poesía actual ¿por

qué no echar mano de principios de escuelas literarias anteriores que produjeron obras que pasaron la prueba del tiempo y son de valor permanente? ¿Cuáles son estos principios?

Hay un romanticismo auténtico que es consustancial al hombre. Recuérdese el poema de Darío:

Románticos somos... ¿Quién que Es, no es
/ romántico?
Aquél que no sienta ni amor ni dolor
aquél que no sepa de beso y de cántico,
que se ahorque de un pino; será lo mejor....(51)

Hay que desdeñar el romanticismo enfermizo, aquel que topó con un límite y no encontraba salida y por eso llegó el modernismo a liberar a la poesía de la opresión romántica. Pero recuérdese que hay un romanticismo auténtico consustancial al hombre.

El modernismo se fundamenta en este gran principio: la unidad y la armonía del universo y la naturaleza. Este principio es auténtico no es falso, por eso persiste en el tiempo, bien utilizado puede ser creador como vimos en la poesía de Rivas del ejemplo. La filosofía lo fue minando al cambiar la óptica estética: de reflejar el universo, pasó a pre-

(51) La Canción de los Pinos. Rubén Darío. **Poesías completas.** Aguilar, Madrid, 1968, pág.736.

guntarse por la posición del hombre en ese universo, el cual constituye el principio fundamental del vanguardismo; este principio tiene una fase auténtica digna de persistir en el tiempo; pero después topó con un límite y advino el post-vanguardismo.

El post-vanguardismo con el marxismo en su apogeo como la filosofía de la fe y la esperanza (nueva religión) fue la salida para el vanguardismo, ya no se preguntó por la posición del hombre en el universo, sino por el lugar del hombre en un ámbito más reducido, en el entorno político-social. El universo se redujo al estado-nación y las relaciones entre ellos. Tuvo también su fase auténtica cuando hay interés por conocer la posición del hombre en la sociedad; pero luego como en las escuelas anteriores viene el agotamiento y topa con un límite. Los límites del post-vanguardismo resaltan enseguida. Sólo piénsese en una posibilidad remota, pero no imposible. Supóngase que la biotecnología resolviera los problemas del hambre de la humanidad, que hubiera suficiente producción de alimentos para satisfacer el hambre de la población del mundo. Entonces quedarían sin empleo los economistas (los bienes económicos se volverían libres) y los poetas post-vanguardistas, pues no tendría razón de ser la poesía político-social. Y la poesía debería ser y lo es en realidad, algo más profundo y universal que el entorno político social a que se reduce el universo

de la poesía post-vanguardista. Es por ello que esta poesía tiende al agotamiento, se ha vuelto pesimista y negativa (negativa en el sentido que se opone a un statu-quo político social) y clama por una salida. Necesita aire fresco. Tiene que abrirse a los cuatro elementos identificados anteriormente y tender hacia una poesía total que combine:

i) Una dosis de romanticismo auténtico (Romanticismo).
ii) Ampliar el entorno político-social otra vez hacia la naturaleza y el universo (Modernismo).
iii) Una filosofía positiva de la posición del hombre respecto al universo (Vanguardismo).
iv) Una filosofía positiva de la posición del hombre en la sociedad (Post-vanguardismo).

En resumen, la crisis de la poesía actual requiere abrirse a una combinación de todos o de una parte de los principios rectores positivos de las escuelas literarias históricas, aquéllos que han probado ser permanentes, que persisten en el tiempo, evitando sus momentos negativos porque se vuelven dañinos y degeneran la poesía.

Bibliografía

1.- Julio Escoto. "Juan Ramón Molina, poeta del Modernismo Centroamericano", introducción a la edición de **"Tierras, Mares y Cielos"** de EDUCA, 1977, San José, Costa Rica.

2.- Miguel Angel Asturias. **"Juan Ramón Molina, poeta gemelo de Rubén"**, cuadernos de SECTUR, Secretaría de Cultura y Turismo, Teg., Honduras, 1986.

3.- Humberto Rivera y Morillo. **Juan Ramón Molina**, Vol. I y II, sin fecha, ni pie de imprenta.

4.- Eliseo Pérez Cadalso. **Habitante de la Osa** (Vida y pasión de Juan Ramón Molina), Editora Nacional, San Pedro Sula, Honduras, julio, 1966.

5.- Arturo Oquelí. **Lo que dijo don Fausto**, (Aporte a la biografía de Juan Ramón Molina), Teg., sin fecha, ni pie de imprenta.

6.- Octavio Paz. El Caracol y la Sirena, **Cuadrivio**. Editorial Joaquín Mortiz, México, 1965.
7.- Cathy Login Jrade. El pitagorismo esotérico en la idea dariana del universo, Capítulo II del libro: **"Rubén Darío y la Búsqueda Romántica de la Unidad"**, F.C.E. México, 1986.
8.- Américo Ferrari. **El Universo Poético de César Vallejo**. Monte Avila, editores, Caracas, 1972.
9.- Amado Alonso. **Poesía y Estilo de Pablo Neruda**, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1977.
10.- Marta Reina Argueta. **Biografía Intelectual de Ramón Rosa**, Editorial Guaymuras, Teg. 1986.
11.- Rubén Darío. **Azul**, Obras completas de Rubén Darío, carta prólogo de don Juan Valera II, Madrid. Sin fecha.
12.- Rubén Darío. **Autobiografías**, Ediciones Marymor, Buenos Aires, 1976.
13.- **Hondureños Ilustres en la Pluma de Paulino Valladares**, Tipografía Nacional, Teg. 1972.
14.- José Antonio Rivas. **Mitad de mi Silencio**, Ediciones Kukulcán, Teg. 1964.
15.- Isaíah Berlín. "El Erizo y el Zorro", **Pensadores** Rusos, F.C.E. México, 1979.
16.- "Los Poetas como Educadores de la Raza". **Re-**

vista Ariel, Nov. 1967.
17.- Adolfo Sánchez Vásquez; **Las ideas estéticas de Marx**, Ediciones Era. México, 1965.
18.- Ernesto Sábato. **Entre la Letra y la Sangre**, Seix Barral, Barcelona, España, enero, 1989.
19.- Rubén Darío. **Poesías Completas**. Aguilar, Madrid, 1968.

ANTOLOGIA

PROSA

Las Olas

El mar era vasto, fosforescente, misterioso.

Monstruosas sombras abrían sus fauces negras delante del vapor, a ras de la líquida superficie, mudas, enmarañadas, hoscas, llenas de vagos pliegues, de casi invisibles estremecimientos, como si gozaran de vida real sobre la gran palpitación de las aguas.

Arriba -en el fondo de un cielo impasible- había un moribundo centelleo de astros; y abajo, en el elemento salobre, como enormes luciérnagas, como colosales sierpes lívidas, como la estela de plata de un meteoro, saltaban puntos luminosos, enroscábanse círculos de fuego pálido, y brillaba la estela del vapor, que movía su máquina y sus hélices, rompiendo la red líquida, golpeando el agua, haciendo estallar furiosos copos de espuma, y produciendo un traqueteo sordo y monótono.

Y una fresca brisa soplaba trayendo una oleada de exóticos perfumes, humedeciendo las frentes ardorosas y pensativas, alborotando las cabelleras descubiertas, hinchando los pulmones y el pecho abierto al horizonte.

Y arriba seguía el centelleo de los astros. Y abajo

el ruido de las olas.

¿Cantaban? ¿Reían? ¿Lloraban? A veces hería los oídos un como canto triste, tristísimo; después risas femeniles brotaban del abismo del mar, y luego sollozos, sollozos vagos, contenidos, desgarradores, que se llevaba la brisa, la brisa húmeda y fresca.

Y ¡oh poetas, oh soñadores, oh magos de la leyenda! Los viajeros pudieron percibir extrañas voces como que si hablara cada ola.

-Yo soy la Ondina, hija del verde mar. Mis ojos melancólicos son glaucos como él. Habito un palacio submarino hecho de conchas irisadas. Yo sé dónde se esconden las perlas de mis dientes y el coral de mis labios. Soy inmaculada como la nieve, y tengo el corazón frío, aunque ya amé a un náufrago de bozo de oro, a quien encontré muerto sobre la blanca arena de una playa, sin que lo pudieran revivir mis besos helados. Ningún mortal ha podido ver las delicadas curvaturas de mi admirable cuerpo.

-Yo soy el Tritón, el viejo Tritón de la historia olímpica. Conocí a Neptuno, al padre Neptuno, y ví nacer a Venus de entre la cándida espuma. Surgió llena de belleza, de majestad y de amor. Yo estaba tras una roca, espiando aquella prodigiosa desnudez, bañada por los fulgores de la aurora. Después tras la muerte de Júpiter, me atreví a salvar las columnas de Hércules y heme aquí a merced de este viejo loco del océano, que se tambalea como si se

hubiera bebido mil ánforas de Chipre. Gústame el soplo de la tempestad, y voy dando saltos monstruosos sobre las ondas irritadas, lanzando al viento, mi viejo amigo, las ásperas notas de mi canto.

-Yo soy la Sirena, la bella y aleve Sirena. Dióme la mujer la armonía de su espléndido torso y el pez su cola de escamas brillantes y fulgores extraños. Canto a la luz perlada de la luna, bajo la tibia superficie del mar en calma, o en el escollo, donde hago estrellarse los débiles esquifes y las enormes naves. Mis ojos son de un purísimo azul marino, y sólo los náufragos han visto el ensueño de mi seno y mis armoniosas caderas, llenas de una voluptuosidad infinita, desconocida para el hombre.

Y en esto el viento, batiendo las alas con más furia apagó aquellas extrañas voces, en tanto que el vapor seguía rompiendo las aguas con su traqueteo sordo y monótono.

El grillo de la muerte

Cerca de mi cuarto de estudiante -donde en tantas ocasiones filosofé vagamente sobre las miserias de la vida- murió el zapatero de viejo. ¿De qué murió? Quizás de una hipertrofia del corazón o tal vez -lo que es más probable- de una tuberculosis pulmonar, consecuencia de sus noches de desvelo, de su escasa alimentación, y ¿por qué no decirlo? -de los muchos vasos de alcohol que se bebía a diario. Un alcohol horrible, que hubiese quemado la garganta de un bohemio o de un negro del Dahomey.

Esa noche leía yo un libro rebosante de vida, de juventud y de amor, que narraba el idilio carnal de dos amantes, dos náufragos de un bosque europeo, que, bajo los follajes umbríos, ebrios de sol, de amor y de deseos, unían sus labios en la ribera de una isla verde, ceñida de un mar azul, llena de lagos minúsculos, de musicales cascadas, de pájaros amorosos y de gacelas lascivas.

Y sentía, leyendo aquellas páginas ardientes, por las cuales pasaba un hálito de terrible voluptuosidad, que la sangre de mis veinte años se aceleraba en mis puños, y subía a golpear mis sienes. Y todo mi ser se llenaba de aquella isla, bebía sus emanaciones. La de la playa llena de mariscos, la de

los bosques y la tierra, la de la carne joven, palpitante, desnuda al viento y al sol. Mas cuando comprendí que el zapatero de viejo había muerto, y oí el aullido de gata en celo de la mujer, el llanto de los huérfanos, olvidé a la pareja que se acariciaba sobre la hierba, en la isla lujuriosa, y pensé, con una gravedad acongojada, en que la muerte -la muerte terrible y divina- estaba a pocos pasos de mí.

De repente, los lamentos dejaron de oírse, reinó un silencio de tumba, y un grillo, oculto quién sabe dónde, entonó su chirrido monótono. Un chirrido monótono, sin término, fúnebremente largo, venido de una noche pavorosa, como del fondo de la eternidad...

¡Y aquel chirrido sonó en mi cabeza durante tres días y tres noches!

La intrusa

La vela esteárica, oculta tras un biombo, proyectaba -con las oscilaciones de su flama y sus chisporroteos- trazos fantásticos en la pared. La noche, una noche de junio, joyante de astros, iba rápidamente a su orto. Todo dormía en torno de la moribunda y de él en la solemne paz de la tierra, que pronto argentaría el alba. De las cumbres venía, a través del espacio, el aria melancólica de los gallos. En el techo, desde las rendijas, los grillos chirriaban interminablemente, tal como en la noche milenaria del mundo, escondidos en el espeso follaje de las gigantescas coníferas. Llegaba la plañidera canturria del próximo río, que él creía ver deslizarse, lentamente, con aguas más negras que las del Aqueronte, hacia el mar del olvido y de la muerte.

El, oculta entre las manos la frente febril de insomnios y meditaciones, pensaba en aquella tragedia de su vida, paladeando los más acres sulfatos de su dolor. Amaba, con la locura del corazón y de la carne, a aquella que había sido una adorable mujer, semejante, por la aristocracia de sus gráciles formas -como que era retoño de una estirpe selecta- al hermafrodita de la fábula. Cuando la conoció, su cabellera insólitamente profusa, tenía visos de oro, como

un rincón de noche estriado de esplendores lunares; su frente era un triángulo armonioso entre sus negros bandós; sus orejas eran dos finas conchas de las melodiosas playas de Lesbos; sus cejas sombrías y aterciopeladas, como las alas de ciertas mariposas de la noche, cejas que se confundían con la iniciación de una nariz sin mácula, tal la de una Diana o una Minerva; sus pestañas luengas y unánimes como las de las vírgenes de las catedrales españolas. En el orbe de los admirables ojos, así como dos camafeos trabajados por un ilustre artífice, ya Juan de Segovia o Benvenuto Cellini, brillaban dos topacios incrustados de puntos diamantinos. Los labios eran armoniosos y casi marmóreos por lo pálidos, con un rictus de resignación por las asperezas y hieles de la vida; la faz, larga, de blancura láctea, el cuerpo gentil y fino, que la maternidad no pudo deformar; las manos como las de Juana de Aragón o las de Ana Bolena, una de éstas tendida aún a los siglos, desde la región del misterio, y los pies breves, rosas las uñas, alto el empeine, mostrando el insigne abolengo de su prosapia.

Tal era aquella mujer, cuando en el abril más amable de su vida, tras un ardiente prólogo de amor -aquel de Romeo y de Julieta- la hizo suya, previa la bendición sacerdotal. Dióle el tesoro de su carne y de su espíritu: carne de diosa y espíritu de ángel; puso algo de paz pradial en aquella alma huraña y taci-

turna, tal como la selva de Dante; algo de miel de égloga de aquel corazón, que tenía la inquietud y la amargura del mar; y fue ella, para aquel Prometeo mental, una dulce oceánide que le dijo palabras de consuelo y esperanza. Mas, ahora, víctima de una terrible enfermedad, espantosamente demacrada, mostrando el armazón óseo bajo la lívida piel, ella se moría, sin una queja, mártir del amor, en el orto de aquella noche de junio.

Alguien andaba, con paso lento y sospechoso, por los corredores de la estancia. Se detuvo un instante en el umbral de la puerta, empujó y entró -escuchándose luego un rumor como de faldas de seda. Los remotos gallos suspendieron sus estridentes clarinadas; del río no llegaba un solo rumor; únicamente un grillo prolongó su fúnebre chirrido, que parecía ir de su escondrijo al fondo de la Eternidad.

El, sobresaltado, escuchaba la aproximación de la visita invisible. Un gran suspiro llenó el ambiente, impregnado de un fuerte olor de creosota; los ojos de la enferma se abrieron extraordinariamente, ávidos de vida aún y unos dedos misteriosos los cerraron en seguida. Gimió la mujer palpando en el vacío; palideció, casi hasta apagarse la bujía: y un aire gélido, venido de la Estigia, penetró en el cuarto. Cuando él estrechó, temblando, a la amada yacente en el lecho, sólo suspendió un cadáver. La intrusa de Maeter-

linck, menos corpórea que un fantasma, había salido por donde entró.

Ya el alba tendía su gasa argéntea sobre las montañas húmedas de rocío, semejando enormes turquesas o esmeraldas; los gallos la saludaban con sus resonantes dianas, desde la copa de los árboles; el río, laminado de luz, iba cantando armoniosamente entre sus riberas. Despertaba la naturaleza como al rumor de un inmenso epitalamio. Todo era vida: en el cielo, los pájaros volaban alegremente; en la tierra, se alborozaban los brutos; y, en el mar, en los azules abismos, rebullían los peces monstruosos.

Bajo el insulto de aquella alegría universal, aquel taciturno insomne, lleno de fiebre, tuvo ímpetus de maldecir a la creación. Y dos lágrimas, como dos gotas de metal fundido, cayeron de sus ojos, rodando a la tierra indiferente. En la sala, entre los agudos gritos del coro familiar, a la luz de los cirios, yacía la muerta, tal como una dulce cristesa de un marfil antiguo.

Natura

Una de estas tardes estaba sentado a la margen de nuestro río, sobre una de esas grandes lajas erizadas de ásperos poliedros y de ángulos rudos.

Un musgo raquítico, verde, húmedo, medio oculto bajo las hojas secas, crecía miserablemente entre los huecos donde el río había dejado un poco del limo que arrastra en la estación de las lluvias.

Varios árboles entrelazaban su ramaje sobre mi cabeza, formando una especie de dosel, a través del cual, sin embargo, tamizábase suavemente el sol, bañando de una claridad de oro el fondo transparente del agua que corría con mansedumbre a mis pies.

Un centenar de insectos acuáticos, de largas y débiles extremidades, se deslizaba con vertiginosa rapidez sobre la tibia superficie resplandeciente. Corrían, saltaban, huían, se aproximaban, formando círculos, extrañas figuras geométricas o diseminándose instantáneamente por todas partes.

Enfrente, en la orilla opuesta, veíase una gigantesca roca cortada a tajo por un cíclope hace cincuenta siglos.

A la ceja de ella se asomaban varios matorrales espinosos, ásperos, casi agresivos, y algunos extra-

ños arbolillos, en raras actitudes, en estrambóticas posiciones, medio doblados de rodillas o en ademán de arrojarse al fondo de la poza cercana.

Hundido en un mar de pensamientos, veía distraídamente desde el lugar donde me encontraba, el agua murmuradora que corría cerca, el precipicio que tenía enfrente, los peñascos bravíos que se alzaban a lo lejos, ceñidos de un cinturón de espuma borbollante.

Iba a ponerme de pie, porque la tarde moría en el ocaso tiñendo el cielo de todos los colores del arco iris, cuando algo que se agitaba ante mis ojos me llamó la atención.

Un gusano, un gusanillo de color verde claro, más claro que el de las hojas de las ramas que tenía sobre mí, flotaba temblando en el aire, mecido por una fresca ráfaga de viento venida del próximo soto.

¿ De qué modo estaba suspendido el diminuto insecto? ¿ Cómo era posible que se atreviera a lanzarse a un abismo tan grande para él como para nosotros el espacio atmosférico? ¿ Qué razón lo había empujado a buscar lo desconocido?

A completa merced del viento, el pobre no tenía un momento de tranquilidad y así era llevado y traído constantemente; pero, cuando aquél dejó de balancearlo con peligro de su vida, poco a poco fue descendiendo hasta tocar en la roca.

Pude entonces fijarme en él. Un hilo finísimo,

más fino que el hilo de las Parcas, más fino que el filo de la hoja de acero más afilada, cien veces más fino que el hilo de una araña; un hilo que habría desesperado a uno de esos admirables tejedores de la India, ponía lo en comunicación con la rama de donde descendiera un momento antes.

Probablemente, en busca de sustento más delicado y tierno, había bajado al suelo, porque en seguida lo vi trepar a un débil tallo, el que empezó a roer con voluptuosidades y delicia, hinchando sus minúsculos anillos, sin fijarse en un moscardón que zumbaba cerca de él arrojándole miradas amenazadoras con sus ojitos saltones y sangrientos.

Poco después hubo una desesperada lucha, un duelo a muerte entre los dos, que me pareció el choque de una de esas águilas leonadas de garras férreas y pupilas como ascuas, con una de esas enormes serpientes crecidas al calor y a la humedad de los bosques vírgenes.

A pesar de la heroica defensa que hizo el mísero, no pasó mucho tiempo sin que fuera presa del alado bandido, quien después de matarlo, comenzó a chupárselo lentamente, de igual modo que los pulpos se chupan a los cangrejos en el tranquilo fondo de las vastas bóvedas marinas.

Aquel terrible espectáculo se cambió por otro más repugnante. El vivo arrastraba al muerto sobre el campo de batalla, hacia befa de la suerte del

infeliz, manchaba con una saña ruin en el triunfo conseguido.

No de otro modo el furibundo Aquiles, después de vencer al ligero Héctor, lo ató por los talones a su veloz carro de guerra, arrastrándolo así alrededor de los muros de la ciudad sitiada, sin que lo enternecieran los alaridos de las mujeres de Ilión.

Sentí un odio mortal, un odio profundo contra el vencedor. ¿Por qué le había quitado la vida al otro? ¿Qué ofensa le había hecho aquel miserable ser, para que se vengara en él de una manera tan espantosa? ¿Qué terrible misterio ocultaba aquella escena que había tenido un fin tan trágico?

Estaba haciéndome estas reflexiones, cuando he ahí que un pájaro tornasolado cae con la velocidad del relámpago sobre el moscardón, arrebatándolo del suelo y llevándolo prisionero en el pico por donde antes, sin duda, había brotado un raudal de armonías.

Mis ojos, fijos en aquellas escenas, se humedecieron entonces, no sé si de placer o de dolor. En un segundo averigüé uno de los más terribles y sombríos misterios de la naturaleza, ante el cual no valen nada los de Eleusis: el misterio de la vida y de la muerte.

Aquel gusanillo devorando el tallo, aquel moscardón devorando al gusanillo y aquel pájaro devorando al moscardón, me revelaron el equilibrio de

la vida, el equilibrio de la naturaleza, el portentoso equilibrio universal.

Si no fuera por esa caza inconsciente y despiadada, tal vez la materia sufriría una plétora mortal. Pero no; la materia no aumenta ni disminuye, la materia no está sujeta a ciertos vaivenes, la materia no puede reducirse, ni tampoco desbordarse del vasto recipiente de la Creación.

Una suprema sabiduría ha organizado el laboratorio de la naturaleza; una suprema voluntad hace girar armoniosamente la vida en eternos círculos; un arte supremo talla los mundos que, disparados por su órbita sublime, van rompiendo por los cielos sin fin.

Los seres se comen a los seres. De otro modo no se podría vivir, ni se podría morir. Esto parece monstruoso; pero no es así. Devorados y devoradores. cumplen una ley ciega, un fatalismo inexorable, un decreto de la Providencia.

En el aire, en la tierra y en el mar, está patente esa lucha por la vida y por la muerte. El milano devora a la paloma; el tiburón devora al atún; el tigre devora al antílope; y el hombre, el hombre mismo, devora al hombre.

¡Qué grande es esto, visto desde las altas cúspides del espíritu! ¡Qué sabio, qué bondadoso, qué bueno parece Dios, si reflexionamos en este problema gigantesco y misterioso, planteado por todas

partes con cifras vivientes, que tienen voluntad e instinto!

La muerte devora a la vida y la vida devora a la muerte. Las células se devoran las unas a las otras, pasan por todos los intestinos de la Creación, y se dilatan, en el infinito curso de los siglos, en nervios, en músculos y en cerebros, a través de todas las transformaciones y evoluciones palingenésicas!

Luciérnagas

Esta noche, viendo cintilar las luciérnagas en el fondo del follaje oscuro, pensé en tí, y una oleada de vírgenes aromas y de cálidos perfumes me envolvió, trayéndome muchos recuerdos idos, recuerdos de campiñas bañadas de sol, de cafetos cuajados de jazmines, de árboles doblegándose al peso de las frutas picoteadas por los pájaros salvajes de los bosques.

Por un momento he creído escuchar la algarabía de los loros en la copa de los cacaotales, el gemido melancólico de las palomas monteses, el áspero grito de las urracas ocultas en las tupidas frondas y el rumor del espumoso torrente, donde ibas a bañarte en las frescas mañanas de mayo, sueltos los negros rizos sobre la espalda y envuelta en tu elegante bata de lino.

Por un momento he pensado en aquella sencilla y rústica quinta, medio escondida a la falda del terrible volcán, quinta donde pasamos horas tan felices, viendo desde ella ondear a lo lejos los rumorosos maizales, los rumorosos cañaverales, los rumorosos árboles de los trópicos, bajo un cielo de fuego cortado en lontananza por la brillante comba de un mar azul.

Por un momento he visto los mansos bueyes rumiando perezosamente sobre el césped; he sentido el suave olor de las yerbas chafadas y han aparecido ante mis ojos los paisajes campestres que recorrimos juntos, en aquellos dichosos días, cuando sumando tus años con los míos, apenas llegaban a cuarenta.

Ah, las noches estrelladas y ardientes, las hermosísimas noches de la costa, las noches en que los astros, llenos de intensa luz, se balancean armoniosamente en la bóveda celeste!

Vosotras no volveréis para mí. Habéis huído con vuestras sombras pobladas de luciérnagas, con vuestros quejumbrosos ruidos, con vuestras brisas venidas de los arbustos en flor, cubiertos de nardos de nieve, de rosas encendidas, no más encendidas que los labios inviolados de la mujer adorada.

Sólo la noche del dolor, la profunda noche del dolor me envuelve. Es una noche inclemente y letárgica como las noches polares; una noche fría como los páramos andinos, como los témpanos de hielo, como el fondo de los sepulcros.

Sólo tú, hermana de Beatriz, hermana de Leonora, hermana de Ofelia, hermana de todas las pálidas vírgenes, de todas las doncellas dolientes, de todas las castas mártires del amor, pasas tristemente por mi tenebroso espíritu, aureolada de un nimbo de polvo de oro, envuelta en una gasa de

argentina luz y esparciendo un ultraterrestre resplandor.

Sólo tú desciendes, como la adorable Espírita de Gauthier, a la obscuridad de mis pesares; desciendes a enjugar con tus áureas manos la frente de Prometeo, el cual se subleva aún, atado a una montaña de egoísmos contra la incontrastable cólera de los hados.

Dejas los círculos angélicos, la gloria de la eterna paz, el mundo de las almas puras, y bajas, bajas como un soplo hasta el planeta que gira lentamente por los callados abismos.

Es entonces cuando me sublevo contra la vida, con rebeldías de ángel caído, cuando oprimo mis sienes entre las manos convulsas, cuando golpeo con mis alas el limo sobre el cual me arrastro.

Es entonces, cuando después de leer las páginas de todos los soñadores malditos, huyo desolado de mi cuarto de estudio, busco la soledad de un jardín lujurioso y salvaje y me entrego a la meditación bajo la copa de los dormidos árboles, entre cuyas ramas tiemblan las estrellas como flores de luz.

Un vago estremecimiento se cierne sobre él, como si los espíritus errantes del vacío agruparan sobre los follajes sus alas cargadas de sopor. Débiles claridades blanquean la umbría, hilos resplandecientes se prenden a los troncos y rumores imperceptibles turban la calma de la atmósfera tibia.

Una pléyade de luciérnagas, como fragmentos de un fuego fatuo, como átomos desprendidos del disco de la luna llena, como pálidas chispas errabundas, vuelan sobre los cálices entreabiertos, pueblan los naranjos florecientes de azahares, se agitan entre las enredaderas, brillan sobre las anchas hojas, caen en el musgo, se apagan y se encienden por todas partes.

Yo, acordándome de tí, acordándome de que las miré contigo, acordándome de las ardientes noches de la costa, sigo su vuelo con la mirada sin expresión de los dementes, mientras los astros pasan silenciosamente sobre mi cabeza.

¿A dónde vais, luciérnagas perdidas, efímeros insectos misteriosos, libélulas de la luz?

¿Dormís en el tierno fondo de las flores? ¿Vivís lo que viven las mariposas que parecen caídas del iris?

¿Acaso le teméis al sol y os ocultáis a la aurora bajo las matas empapadas de rocío?

Volad, volad ante mis ojos cuando yo os busque en mis horas de insomnio, volad aún ante ellos. Día llegará en que celebre mis nupcias con la muerte y entonces ella no me dejará veros ni por las grietas de mi fosa. Volad aún: es la media noche de la vida.

Lloviendo

Caía la lluvia rumorosa, cadenciosamente, entretejida con los últimos rayos de un sol de octubre. Apoyada la frente en el cristal de la ventana, veía llover como si viese llorar, escuchando a lo lejos, en las avenidas, el sordo rumor de los tranvías.

...En una esquina, en la casa de una mujer alegre, un organillo vagabundo canturreaba un aire plebeyo. Canturreaba un aire banal, melancólica, melancólicamente... Un aire popularecho, de algún artista del arroyo, que tenía la tristeza de los lívidos amaneceres, un vaho de alcohol, el polvo de los arrabales extremos de las populosas metrópolis, donde debe haber agitado bailando locamente las ancas de las meretrices. Mas aquel aire, en aquella tarde llorosa, llenaba mi espíritu de la más obscura de las melancolías...

¡Cuán lejos estaba el campo florido y verde! El campo en una dulce hora vespertina, en que mil átomos de oro volasen sobre los cálices silvestres. El césped afelpado y jugoso, los arbustos con rumores de insectos; un potro huyendo en el límite del horizonte; dos bueyes tranquilos, manchados a trechos, rumiando perezosamente. Y más allá el bosque, los árboles llenos de nidos, los troncos con plétora de

savia, las hondonadas cubiertas de verdor, y, en una rama, una pareja de pájaros tornasoles, chillando...

Mientras, la lluvia caía monótonamente, rumorosamente, sobre la ciudad. A lo lejos, el sordo rumor de los tranvías. Y cerca, el organillo callejero, tarareando su aire vulgar, melancólica, melancólicamente...

Encendí un cigarrillo y me abandoné sobre una silla. Cerca, viéndote en un espejo antiguo estabas tú. Y tras el humo, como tras una niebla, contemplé con ojos vagos tus magníficos hombros morenos, donde se encrespaba, se alborotaba, se enroscaba tu cabellera de noche con visos de oro, como un torzal de serpientes negras de brillos metálicos.

Tenías veinte primaveras. Veinte primaveras en los ojos ávidos y espléndidos, amadores del mar, de las telas brillantes, de los cielos ardientes de astros.

Veinte primaveras en el cutis de durazno, en los labios rojos como la pulpa del fruto del cactus, en los dientes de carne de coco, en tu cuello de paloma montés, en tus brazos, en tu cintura, en tu andar al modo de una cierva virgen, que busca el amor en el laberinto de las lianas y de los troncos del bosque.

Veinte primaveras que eran mías, que me trastornaban la cabeza, que me enloquecían de pasión, una pasión cálida e intermitente, mezcla de caricias enervadoras y de celos africanos.

En aquel tu cuarto pequeño, lleno de cromos y de fotografías, olvidado del mundo, pasaban mis horas negras, mis tristezas prematuras, todas las crisis de la insania dolorosa que me atormentaba.

En aquel cuarto aprendí a amar y a ser amado. Las paredes deben guardar todavía nuestros nombres, escritos con lápiz; sobre el piso deben verse las huellas de tus botines; en el aire debe haber un eco, un eco perdido de tus risas alegres, de tus besos sonoros. Allí debe oler a amor, a juventud fogosa, a primavera fecunda. Cada rincón debe tener algo, algún aroma penetrante y lánguido, un hálito poderoso de voluptuosidad juvenil, propio para desvanecer la cabeza de un inquilino decrépito...

¡Ah! He visto llover después en otros tiempos y en otros países, viendo caer, presa de un tedio horrible, el llanto de las nubes. Y entonces, soñando en un tiempo feliz que no volverá nunca, porque no volverán tus veinte años ni los míos, de súbito me ha parecido escuchar la música de un organillo callejero, que arrulló un día nuestro amor, y, vuelta de espaldas contemplándote en el espejo, ver el contorno de tus magníficos hombros morenos, donde se encrespaba, se alborotaba, se enroscaba tu cabellera con visos de oro...

Ramón Verea

Ahora que murió Ramón Verea en Buenos Aires -esa enorme y ruidosa colmena de civilización- es casi seguro de que los estólidos gacetilleros hispanoamericanos sonarán su bombo invariable y sus trompetas destempladas, pregonando la problemática gloria del terco periodista anticlerical.

Recuerdo que cuando yo lo conocí -de esto hará unos cuatro años- era uno de sus más entusiastas admiradores. Visto desde lejos, a través de las páginas anónimas de su periódico El Progreso, lanzando apóstrofes desde la montaña de hierro de New York, Verea casi llegó a adquirir las proporciones de un atleta del pensamiento a los ojos de algunos estudiantes embobados del continente.

Gustábame en aquel tiempo leer todos los libros y periódicos que atacaban con virulencia al catolicismo y más o menos, siguiendo a mis compañeros de estudio, furiosos e intransigentes polemistas todos ellos, me había convertido en un omnipotente librepensador, que hubiera certificado en llegándose el caso, que no había ni nunca había habido Dios, que era, a mi claro entender, un espantajo creado por el miedo y la superstición del hombre primitivo.

Fue aquella época tormentosa para mi espíritu,

saturado de un pesimismo enfermo y de un descreimiento sin límites. Un poderoso viento filosófico, venido del confuso bosque de los escritores franceses, había arrastrado las creencias religiosas de mi niñez y de mis tímidas supersticiones, dejándome en el cerebro una nube de dudas. Cierta intuición histórica, sin embargo, me guiaba en el laberinto de las viejas teogonías, que me parecieron, enlazándose entre sí, una cadena de eslabones falsos, reliquia inútil de las generaciones que se habían empujado unas tras otras, en esa misteriosa peregrinación que ha hecho la humanidad ariana a través de los siglos cronológicos. Por consiguiente, así como sonreía ante el panteísmo griego, a pesar de que admiraba la plástica belleza de sus dioses y la fábrica maravillosa de su Olimpo, sonreía también ante el paganismo católico, disgustándome ante su imitación servil de las liturgias asiáticas y de las humanas deidades de Atenas y de Roma. De este modo, a los veinte años, me encontré con el cielo vacío sobre mi cabeza, lleno el corazón de las primeras amarguras de la vida y poblada la cabeza de las enseñanzas incompletas de las ciencias modernas, que tampoco satisfacían mi sed de nuevos ideales y el ansia de una religión más sabia, más lógica y más redentora que las religiones que habían fortalecido las almas sencillas de los hombres de otros tiempos, aceptadas inconscientemente por las generaciones actuales.

Como puede comprenderse por las palabras anteriores, yo no admiraba a Verea porque éste combatía especialmente el catolicismo decadente, sino porque ayudaba a rematar una religión que para mí, como todas las religiones muertas o vivas, no tenía razón de existir por su falta de cohesión, su absoluta falta de lógica y su poca fuerza para contener el vuelo del complicado pensamiento moderno, libre para siempre de las redes en que lo aprisionaron los sofismas de los teólogos.

Con Ramón Verea me sucedió una cosa en que no medité. Es bien sabido que a ciertos hombres hay que verlos de lejos, porque de cerca se empequeñecen a nuestros ojos a causa de que se ponen de relieve sus defectos. Verea, al conocerle personalmente en Guatemala, me decepcionó por completo. Yo esperaba un hombre de noble aspecto, de semblante severo, rebosando inteligencia, de modales cultos y distinguidos, de cabeza venerable por las canas y por la aureola de la lucha, y de ilustración sólida y grave. Pensaba que de sus labios marchitos brotarían consejos y palabras augustas que llenarían de respetuosa admiración a los jóvenes que lo aclamamos a su llegada a Guatemala.

Como he dicho, me decepcionó el mismo día, cuando lo saludé en el hotel donde se hospedaba. Era un hombre de más que mediana estatura, seco de carnes, de rostro vulgar que terminaba en una

pera como muchas, coronada por dos bigotes presuntuosos de capitán gascón. Su frente estrecha, coronada de cabellos grises, no revelaba inteligencia ni sabiduría. Bajo unas pobladas cejas aparecían los ojillos grices, casi imbéciles que veían indiferentes en torno. La nariz, que es un adminículo que distingue a los hombres superiores, era una nariz cualquiera, carnosa y desgarbada. Hablaba pausada y monótonamente, cortando el hilo de la conversación para chupar un cigarrillo habano, que humeaba entre los dedos de una mano algo trémula, puesta sobre sus piernas cruzadas siempre. Todo en él respiraba vulgaridad, falta de conocimiento del mundo, hastío de los hombres y de las cosas, perplejidad tonta de ser objeto de la admiración de algunos muchachos entusiastas.

A la velada literaria con que se le obsequió esa noche, llegó trabajosamente metido entre su frac estrecho y arrugado, oyendo con indiferencia los elogios que se le tributaban en los discursos y poesías. Al parecer, no comprendía nada de aquello, según lo demostraba la mirada soñolienta y torpe con que recorría el salón lleno de luz, de flores, de cortinas y de mujeres hermosas, que lo veían con sus ojos pícaros y curiosos. Probablemente le parecía extraño el aprecio insólito que allí se hacía de su persona, acostumbrada a recibir los pedruscos y los dardos de los vengativos escritores eclesiásticos.

Después lo perdí de vista, olvidándome completamente de él y casi avergonzado de mi candor. Un día lo encontré en la redacción de un diario guatemalteco, un poco más indiferente, un poco más viejo, un poco más abatido que antes. Lentamente, debido a su carácter huraño y silencioso, se le había ido haciendo el vacío, hasta el extremo de que los periódicos apenas si le publicaban sus artículos. Ya nadie se acordaba del redactor de El Progreso de Nueva York, ni de sus ruidosas polémicas, ni de sus comentarios a las Sagradas Escrituras, ni de la ovación que se le había hecho al arribar a la costa centroamericana. Los domines de pluma del partido conservador de Guatemala, cobrando valor poco a poco, le habían refutado victoriosamente algunos de sus artículos candorosos y desmañados, cogiéndole faltas gramaticales y subrayándole palabras. Algunos hablaban de su falta de lógica, de lo incoherente de sus párrafos, de su prosa opiática y octogenaria, sin imágenes y sin fuerza. Decíase que no eran de él la mayor parte de los artículos que publicaba sin firma en El Progreso, artículos contundentes y agresivos. El público hacía leña del ídolo caído ridículamente. En resumen, el mastín anticlerical, viejo ya y sin dientes, cuyos mordiscos tanto temieran en otro tiempo los defensores del clero hispanoamericano, vegetaba tristemente en un hotel, sin vigor y sin hidrofobia, picado impunemente por las moscas del

periodismo...

Un día se embarcó con dirección a la América del Sur, en busca de olvido y de reposo para sus pobres huesos dolientes. Según leo en los periódicos acaba de morir obscuramente en Buenos Aires, a las orillas del Plata. Varios gacetilleros han lamentado su desaparición, arrojándole a su memoria algunos ramos de elogios vulgares, escritos rápidamente sobre el bufete de las oficinas de los diarios... Pobre Verea! La gloria será ingrata con él, porque no supo conquistarla con una propaganda más brillante y un talento más amplio. En cambio, alrededor de su fosa, aullarán siempre los lobos del catolicismo y las hienas de la teología decrépita y moribunda. Ojalá que el abatido anciano se haya elevado del sepulcro, como último consuelo, la idea de que hizo algún bien a la juventud de estos ingratos y volubles pueblos.

Dialogando con el agua

Ayer por la tarde, cayó un súbito chaparrón, lavando el cielo y la urbe calenturienta. El agua, sobre los techos, tocaba como sobre las teclas de un piano, una especie de música wagneriana, que place a los espíritus contemplativos. ¿Cuándo no gusta el rumor del líquido elemento? La orquestación de las cascadas, la voz acre del mar, la canturria del río, todo eso deleita a las almas que saben interpretar el idioma de la naturaleza.

Terminado el aguacero, las corrientes de agua manologaban por las calles, bulliciosas e inquietas, como colegialas al salir de un salón de clase.

Desde una ventana miro correr una. Enfrente, desde la suya, una fresca niña sonríe al agua del cielo. Y yo, viendo a los dos, móviles y alegres, traigo a la escena el pensar de Shakespeare: la mujer, pérfida como la onda. Y un decir de Salomón, de amarga y cruel sabiduría, como todas las ocurrencias de aquel sibarita de los sibaritas, que supo besar a las mujeres y decapitar a sus hermanos. Y algo de las divagaciones de los Santos Padres y de varias cartas de filósofos enemigos del amor de la mujer entre los que como es lógico, están Schopenhauer y Nietzsche. Todo lo cual no vale lo que la clara risa y

los amables ojos de esa fresca niña.

Pero el monólogo que va diciendo la corriente, poco a poco me sugestiona; y como sueño y fumo, y fumo y sueño, termino por ponerme al habla con ella.

Yo.- Me parece que vas triste.

Ella.- Sí, tengo toda la melancolía de lo que voy arrastrando; un trozo de periódico, en que se narra una horrible guerra; un billete amoroso, todo mentira; un dedal, que abandonó una Margarita por seguir a un Fausto ridículo; un décimo de la Lotería del Hospital y del Hospicio, que perdió su dueño y que ¡oh ironía! salió premiado con mil pesos; un rizo blondo de alguna pecadora; un calcetín lamentable... En fin, toda la tristeza de San Salvador...

Yo.- La corriente de mi alma lleva peores cosas que tú. Cadáveres de odios y de amores, recuerdos ahogándose, ripios de ciencias y de literaturas...

Ella.- El hombre para ser feliz, necesita conservar prístino el manantial del espíritu.

Yo.- ¿Y cómo conservará prístino el manantial del espíritu?

Ella.- No abrevándose en los pozos del mal.

Yo.- ¿Del mal?

Ella.- Del mal. O de lo que tú llames el bien.

Yo.- No te comprendo. Por lo visto, has interpretado ya los oscuros enigmas de Enrique Ibsen y de Bjoernstjorne Bjoernson, esas esfinges escandina-

vas.

Ella.- He arrastrado algunas de sus sentencias. Pero, en verdad te digo que una flor tiene más sapiencia que los dos. ¿Por qué? Porque tiene su fragancia.

Yo.- De modo que la sabiduría consiste en dar algo de sí, aunque sea un perfume.

Ella.- En dar lo que nos dio la Madre Naturaleza, no el artificio.

Yo.- ¿Tiene el hombre algún perfume

Ella.- Tuvo, más la civilización se lo robó, estrujando a tan bello animal. Hoy no huele, pero en cambio, hiede como las alcantarillas.

Yo.- Me hablaste del mal. ¿Está acaso en toda la naturaleza?

Ella.- No. Solamente en el hombre. Todas las cosas ambientes que le rodean son puras.

Yo.- Por consiguiente, a pesar de las suciedades que arrastras, eres pura.

Ella.- Traigo la pureza del cielo y mañana tornaré a él.

Yo.- ¿Cómo haría para subir a ese cielo?

Ella.- ¿Por qué no te construyes uno? Oye: el deber de todo hombre es hacerse un cielo.

Yo.- ¡Un cielo! ¿Y a quién pondré allí?

Ella.- A tí mismo.

Yo.- ¿Seré, pues, el Dios de ese cielo?

Ella.- Serás. Todo hombre es el Dios del cielo que

se construye. Tal ha sido el secreto y la fuerza de los grandes taumaturgos, desde Buda hasta Federico Nietzsche.

La sabia corriente iba agotándose por momentos, de modo que apenas se oía su voz. Una linda mujer, vestida de negro, flexible como una víbora, la cruzó de un pequeño salto, dejando ver sus primorosos botines. Después me sonrió, arrojándome una mirada sombría. Y pasó.

Yo.- ¡Qué mujer!

Ella. -Es la muerte. O, por otro nombre, la Voluptuosidad.

Yo.- Dime, antes de desaparecer, ¿podría salvarme de ella?

Ella.- Es tarde ya. Sería preciso que tu alma fuese un vivo manantial, claro como un diamante. Así te podrías convertir en nube.

Yo.- ¿Qué es ahora, pues?

Ella.- Un manantial seco. O mejor, el cauce de un manantial. Un pájaro se moriría de sed en tus orillas.

La corriente se extinguió. El cielo de la tarde era limpio. La fresca niña cerró su ventana. La calle, lavada por la reciente lluvia, relucía de extremo a extremo. Y me dije: he aquí, cómo, viendo correr un poco de agua sucia, ocurriéronseme peregrinas cosas. La imaginación es madre de la filosofía. A veces.

Un artículo desconocido de Juan Ramón Molina
(Revista Ariel, noviembre 1967)

Los poetas como educadores de la raza

Estamos abrumados de hombres teóricos: no tenemos quién nos haga un alfiler, quién nos fabrique una lima. Haya libros y tratados, pero abunden gabinetes y museos; haya fórmula, pero tengamos también experimentos; haya ciencia, pero entre la enseñanza por los ojos con la virtud de los ejemplos.

La raza necesita el empuje vigoroso de los poetas viriles. Los poetas están en jaula, como las avecillas, y deben salir al campo raso como los leones. Para eso tienen la melena y tienen el rugido.

En pueblos donde hay multitudes indoctas, no se puede desperdiciar la inspiración de los poetas. Y es preciso que ellos la encaucen, la encierren en los moldes de lo útil. Es preciso que la dominen y no la dejen correr desenfrenada y loca, como los potros violentos que no quieren soportar la brida.

Los poetas son factores indispensables en la obra de reconstrucción nacional. Centro América los

necesita para que penetren en el corazón de las masas. Para que inspiren el verdadero patriotismo. Para que enseñen con sus ritmos y gritos y sus cantos, a conocer la diferencia que hay entre el suelo nativo libre y el suelo nativo en manos de otras razas. El economista concibe sus ideas y las expone: el pueblo no se detiene. El sociólogo lanza sus teorías; las masas no entienden. El científico hace un descubrimiento: sólo un grupo aplaude. Pero el poeta vibra y las multitudes estallan. Véase cómo los corrillos recitan y entonan canciones. Y cómo todos ignoran absolutamente qué es democracia, qué es gobierno, qué es deber individual, qué es vida libre.

De aquí que el poeta deba estudiar los problemas de la patria al igual que el economista y el sociólogo y el letrado y el banquero.

De aquí que deba agitarse, difundir ideas sanas, impulsar con bríos, romper tradiciones falsas.

Tenemos los centroamericanos un territorio grande y una patria chica. Vamos a poblarlo de hombres. Vamos a edificar hogares de roble y a quemar luego las chozas de paja. Vamos a convertir la muchedumbre ignara, la gleba, la turba, los reclutas, los irredentos, en pueblo consciente, en hombres con células vivas, en obreros con músculos de alambre, en electores cuerdos, en ciudadanos dignos, en hijos de la gran patria.

Nuestra literatura forzosamente ha de evolu-

cionar. Siempre el impulso precede a la acción y la idea al hecho. No podrá razonar nuestro pueblo, ni analizar, ni juzgar, ni comprender lo utilitario y sano, si antes no labramos un troquel que amolde sus sentimientos, sus instintos, su inteligencia. Y una vez dominados sus nervios, sus corazones, sus ansias, fácil tarea será lograr que las ideas y las actividades de los individuos se lancen por el cauce de la razón, de la utilidad y del análisis.

Los poetas son los grandes educadores de la raza. Los poetas deben iniciar la campaña educativa, para formar ciudadanos, para hacer hombres. Deben evitar los conceptos abstractos y enseñar verdades concretas. Deben impulsar a las multitudes hacía el taller, para que aprendan a fundir el hierro, para que críen músculos y se hagan fuertes. Deben enseñarles a dominar la naturaleza, a vencerla, a escarbar la tierra bajo el sol ardiente, en busca de un terrón que contenga oro.

Los problemas se multiplican. Las oportunidades son más numerosas que las ondas de los mares y los soplos del huracán.

Hay un campo numeroso para la enseñanza cívica. Hay millones de principios, de ideas, de actividades, que necesitan divulgadores, propagandistas, hombres de ciencia, que las analicen, poetas que las canten. Si existen analfabetos, culpa es de los que no les enseñan. Si las masas se suicidan en el

error, culpa es de los que saben y no contienen sus salvajes arrebatos. No más cantar al colibrí de los prados, ni a la golondrina de los mares, ni al ruiseñor de los bosques.

Que las odas y los cantos deben ser para las tierras fértiles. Que los poetas deben internarse en los sembrados, observar la vida de los que labran el suelo, y cantar las glorias del agricultor en sus faenas rudas. E ir a los talleres, a inspirarse en el girar vertiginoso de las poleas y los dinamos, en el movimiento rítmico de los émbolos, en el fragor de las máquinas. Minerales hay en las entrañas de los montes, y portentosas caídas en las vertientes y quebradas, y fuerzas motrices de valor inmenso, escondidas, inexplotadas, esperando que el hombre las descubra, las utilice, las ponga al servicio del mundo. Son las hadas de los bosques. Y los poetas no las cantan. Son las sirenas de los mares. Y no hay barca que las busque.

No. No más alegrías, ni lágrimas, ni tristezas. Esa no es nuestra vida. Esa no debe ser nuestra poesía.

Necesitamos un poeta. Un poeta de pelo corto, de bríos, que legisle como Hugo, que cruce el mar a nado como Byron. Un poeta que sea hombre. Un poeta que viva la vida de nuestros días. Un poeta que cante al Tequendama y no al Niágara; que cante al Chimborazo y no al Vesubio; que cante a

Hidalgo y no a Washington. Necesitamos un poeta que comprenda la vida industrial moderna, que la cante y la ennoblezca y la divinice. No que busque rimas para causar tristezas, ni ritmos sonoros para una lágrima, sino que busque hechos, ideas, sentimientos, actividades para formar hombres. Y que eduque. Que sea filósofo, para que pueda llegar al fondo de la verdad, y psicólogo para que pueda llegar al fondo del corazón. Y que destruya las falsas creencias, aniquile las malas costumbres, rechace las fuerzas invasoras, detenga el pujante oleaje.

Que sea útil. La raza lo necesita.

Tegucigalpa, Semanario Independiente.
10 de agosto de 1908, No.78, Serie XX, pág.5.

Nota de la Revista Ariel. "Testamento Literario" debía llamarse este artículo de Juan Ramón, que escribió y publicó poco antes de morir en 1908.

Es un grito que responde al grito de José Antonio Domínguez en 1900.

No enerves tu vigor con el desmayo
del femenil deliquio; ya no es hora
de lágrimas y besos; doquier mira:

Hoy la estrofa compite con el rayo:
la inspiración es lava redentora
y clava en manos de Hércules la lira.

Molina usa la palabra "raza" en su necesario artículo. A comienzos del siglo se le daba el significado de "pueblo" y de "pueblo amenazado por una potencia extranjera". Los lectores entienden. Hoy ya no se usa la palabra raza. Se dice pueblo, y se dice pueblo anticolonialista en la América Latina.

Carta de Paulino Valladares a Juan Ramón Molina

Siempre creíamos, con perdón de los demás, que Juan Ramón Molina, es el único poeta que ha producido Honduras. Los otros, muy pocos, son cantores más o menos inspirados, que no traspasan el verdadero país del Arte.

La admiración y cariño que tuvimos por el poeta fue constante y firme, y él correspondió a nuestras simpatías con una amistad franca y cordial. En 1905 nos escribió a la vecina República de Nicaragua, enviándonos su precioso poema UNA MUERTA, y pidiendo nuestra opinión acerca de aquella joya de arte. Le contestamos en una carta abierta que se publicó en LA ESTRELLA, de Granada.

Como nuestras ideas acerca de la personalidad del poeta no han variado, reproducimos hoy aquella carta, tanto porque no se conoce en este país como porque existe la rara coincidencia de haberse sabido ayer, día de difuntos, la muerte de Molina, tercer aniversario de la publicación, con éxito inmenso, de Una Muerta.

Señor don Juan Ramón Molina.

Tegucigalpa,

Mi estimado amigo:

Recibí la carta de Ud. fechada en esa ciudad el cinco de noviembre próximo anterior y junto con ella una plana del Diario de Honduras, en la que aparece publicado el poema de Ud. que se intitula Una Muerta.

Su carta me ha hecho recordar con tristeza los buenos tiempos en que la armonía de una estrofa bella o la sugestión honda que produce la lectura de un buen libro, hacen la felicidad relativa que se disfruta al despuntar la adolescencia. La literatura es el pasatiempo más estéril que puede proporcionarse la juventud de estos países, porque no deja para el porvenir sino un recuerdo, semejante al que conservamos de haber jugado a los soldados de plomo de haber formado ampollas multicolores de jabón, bellas como el iris, pero fugitivas, caprichosas y efímeras como si fuesen revelaciones infantiles de la fragilidad desconsoladora de las cosas humanas.

Tal vez espera Ud. una crítica de su poema; pero la crítica anda de tal manera, se presenta en formas tan variadas, son tantos los criterios -como infinitos los hombres- que no queda más camino al que analiza obras ajenas que el de manifestar sus impre-

siones personales. Y esas impresiones son simples mensajeras de un estado de ánimo normal, pero nunca el juicio certero de las obras a través de las cuales juzgamos a los hombres.

No espere Ud., pues, una crítica, porque de este mi criterio ya vacío por culpa de los ejercicios prosaicos que imponen las materialidades indecorosas de la existencia, no puede salir nada aceptable literariamente. Pero conversaré con Ud. por medio de esta carta, a través de esa distancia en que se interpone un horizonte azulado, acerca de su poema. Y conversaré cariñosamente, con la sencillez con que siempre he tratado a Ud. y con el respeto que me inspiran su inteligencia y su vigorosa imaginación de poeta.

He notado, señor Molina, que a la mayoría de los verseros les encocora que no se les llame notabilidades a cada triquiñuela retórica que hacen. Y la culpa la tienen, en parte, los ociosos que, por burla o pasatiempo, les aplauden cualquier triquitraque prosódico, contribuyendo con esos bombos nocivos a que la víctima se crea poeta de verdad. Creencia perjudicial hasta el grado de convertirlos en neuróticos ficticios, y a la larga en verdaderos, en fuerza de la sugestión. Pero Ud. presenta un fenómeno -si es que Ud. mismo no es un fenómeno en las esterilidades literarias de mi patria- consistente en el giro religioso, casi místico, que van tomando sus últimas composiciones.

En sus primeros versos tenía Ud. algo de soberbio, poseía una virilidad pujante, y con más gusto hubiera Ud. pintado un gesto iracundo de Satán que un bostezo de mansedumbre angelical de Jehová. Ud. se ha cristianizado poéticamente. En sus admirables sonetos, en Vino Tinto, por ejemplo, parece Ud. un buen pagano que pudo sentarse a la mesa con Critóbulo y Alcibiades a escuchar al viejo Sócrates y salir de allí en seguida de depositar besos ardientes, revueltos con ditirambos, en las bocas sensuales de las blancas atenienses. En **Después que muera**, es Ud. el materialista serio, elevado, que no ve en la muerte más que las transformaciones químicas de los organismos vivientes, y por un esfuerzo de fantasía se convierte Ud. en mariposa para ir a sorprender al sueño de la amada, resurgiendo después, una noche de doliente plenilunio, en el cementerio, convertido en un esqueleto trágico que hace muecas con su repugnante calavera. No hay allí una sola palabra que revele a Dios.

En su vibrante poema El Aguila es Ud. majestuoso, cual corresponde al ave de la gloria que guía a los combates sangrientos. La noble falcónida, ensoberbecida de su pujanza, fuerte en su cauda formidable y vanidosa de su terrible pico, se rebela como Luzbel contra la omnipotencia celeste, y cuando exclama "no puede ni Dios mismo" un estridente rayo la hace rodar en veinte mil pedazos a los

abismos que ella desafió aleteando osadamente con sus alas tremantes, en sus correrías audaces por el espacio infinito, y de donde recogió un día, al rodar una piedra, el estrépito violento que sube retumbando desde el fondo. En ese poema, que ha mucho tiempo aprendí de memoria y que me consuela cuando lo repito en mis arrechuchos de hastío, se menciona a Dios; pero al Dios irritable, vengador y lleno de ira divina, parecido al antiguo Júpiter que hacía retemblar el Olimpo con sus estruendosas cóleras. No hay en las obras citadas invocaciones llenas de humildad cristiana, sino enérgicas alusiones a la sabiduría generadora de los mundos.

Perdone Ud. si desbarro al citar sus composiciones, perdón que imploro en gracia de que escribo basado solamente en el recuerdo que de ellas conservo, porque no poseo aquí un sólo libro en el que estén coleccionadas sus poesías. Y el simple recuerdo suele ser traidor a veces.

Leí de Ud. unas letanías en "El Tiempo" de esa ciudad y después Una Muerta. ¿Qué transformación se ha operado en su psicología, o qué mutaciones ha sufrido su maciso cerebro? Tal vez el ambiente en que Ud. se agita, las desesperanzas sin fin que caen sobre su espíritu, causándole ese espanto por la vida, y ese horror por la natura de que Ud. habla, lo han hecho volver sus ojos hacia arriba, buscando con triste afán una ráfaga de celeste brisa que refresque

las quemaduras ardientes de su alma, convertida en depósito de arañas, escorpiones y venenosas víboras.

Me río yo, sin embargo, de su misticismo, señor Molina, mientras de su pluma inspirada en unción santa salgan gemas como ésta:

Y como el del arcángel
De las anunciaciones
Era su pie de jaspe.

Y le diré francamente que es una verdad de a folio aquello de que los grandes dolores son la fuente natural y más fecunda del Arte: le diré que como amigo de Ud. sentiría sus amargas congojas, sí, las sentiría mucho; pero como admirador de la belleza deseo que Ud. sufra siempre, si de las torturas de su espíritu nacen poemas como Una Muerta. En eso verá Ud. el egoísmo implacable de las pasiones intensas, y sabe Ud. muy bien que las intelectuales son más intensas aún que las del corazón. ¿Quién tiene la culpa de esas crueldades de la estética? Simplemente la naturaleza humana impresionable, desgraciada, y a veces canallesca. Con eso le revelo a Ud. mi opinión sobre su poema. Si se tratara de escoger para mi uso particular, -dado el caso de que los poemas se usaran- entre El Aguila y Una Muerta, me quedaría con el primero; pero sé que el segundo tiene más belleza sentida, más sinceridad literaria,

menos artificio, porque es una queja doliente y sugestiva que Ud. de verdad exhala. En ese poema se repliega su espíritu, tan amplio que abarca todas las altas latitudes del pensamiento, se reconcentra en sí mismo, y con la mirada fija en el cielo y la esperanza puesta en Dios, espera, suplicante, el momento en que irá a confundirse, junto con la amada muerta, en la divina esencia del Espíritu Santo.

La religiosidad poética de Ud., ¿será conveniente para la salvación, de su alma y para el Arte? ¿Perderá Ud. su espontaneidad, su vigor, su estro pujante de otros tiempos, convirtiéndose en una especie de Santa Teresa de Jesús con pantalones, que muere porque no muere?

Por mi parte, sea Ud., cuákero o mahometano; inspírese en la contemplación de las pagodas indostánicas; báñese en las fuentes donde lo hacían las ninfas de la antigüedad clásica; beba con Jesucristo la amarga hiel que brota de los hígados o haga pacto con Satanás como el Doctor Fausto. Eso no importa. Pero creyente o rebelde, cristiano o hereje, pagano o monoteísta, idólatra o ateo, sea Ud. poeta siempre; lleve consigo mientras viva esa arpa que Ud. recogió en las impalpabilidades de la nada al venir al mundo, y atraviese este planeta, dejando tras de Ud. ondas sonoras y jirones de belleza confundidos con los pedazos de su corazón, que herido de dolor y saturado de un tedio supremo va sangrando gota a

gota... (roto original).

Gozo recordando a las personas como Ud., que son mis compañeros en soñar, disparatar, sufrir y reír perpetuosamente; pero ya el cajista se alarma porque van muchas cuartillas escritas.

Escriba Ud. más poemas, no para acrecentar su fama, sino para proporcionar, a los que le admiramos, ratos de verdadero regocijo espiritual.

Soy su amigo afectísimo,

(Paulino Valladares)

Granada, diciembre de 1905.

(La Prensa, No.483, noviembre de 1908)

Hondureños Ilustres en la pluma de Paulino Valladares. Oficina de Relaciones Públicas, Presidencia de Honduras. Tegucigalpa, D.C., Honduras, C.A., 1972.

POESIA

Primera versión de 1901

En la sabana

Va a descender la noche silenciosa
cubriendo con sus sombras la sabana,
y óyense, allá a lo lejos, los mugidos
que lanzan a los vientos las vacadas.

En el confín del horizonte vago
que sobre el cielo túrbido se ensancha,
míranse resaltar junto a las nubes
los picos de las áridas montañas.

Llévase el viento los profundos ecos
del cercano torrente, que sus aguas
deshace en copos de nevada espuma
al azotar las conmovidas lajas.

Del fondo de los negros precipicios
surgen escuetos picos, cual fantasmas,
y al rumor del galope del caballo
se extremecen las breñas azoradas.

Y envuelto en la tristeza del crepúsculo,
herido el corazón por la nostalgia,

pienso en otras llanuras y otros bosques
que atravesé cuando viví en mi patria.(1)

(1) Diario de Honduras, 11 de enero, 1901.

Adiós a Honduras

(Vapor COSTA-RICA, 1892)

Voy a partir: ¡Adiós! La frágil nave,
deslizándose suave,
lanza a los cielos su estridente grito;
y el humo ennegrecido que respira,
en colosal espira
asciende a la región de lo infinito.

Las alas de oro, lánguida y cobarde
pliega la mustia tarde
en la insondable cuenca del vacío,
como águila cansada que al fin toca
su nido en la alta roca,
y se recoge, trémula de frío.

Quebrándose en el vidrio de los mares
los destellos solares
las espumas blanquísimas inflaman,
y como hambrientas e irritadas fieras
-mordiendo las riberas-
las bravas ondas estallando braman.

El viejo sol, que su esplendor difunde
desde el ocaso, se hunde

con un nimbo de vivas aureolas:
el alción fatigado el ala cierra,
y se aduerme la tierra
al sollozar de las hinchadas olas.

¿Por qué, por qué con la mirada incierta
sigo, desde cubierta,
la dirección del puerto de Amapala,
si el vapor, con seguro movimiento,
sobre el blando elemento
en busca de otras playas se resbala?

¡Oh, tarde melancólica! ¡Oh, astro
que luminoso rastro
dejando sobre el mar, en él te hundiste!
¡Oh, vagabundas nubes! ¡Oh, rumores:
afanes punzadores
llevo en el alma, dolorida y triste!

No es el amor el que a sufrir me obliga
y el corazón me hostiga
al despedirme de mi tierra ruda;
ni la ciega ambición desenfrenada
que a la mente exaltada
cual venenosa víbora se anuda.

Es un oculto y hondo sufrimiento,
algo como un lamento,
el recuerdo de lúgubres escenas,

el horrible chocar de los cuchillos,
el roce de los grillos
y el siniestro rumor de las cadenas.

¡Qué triste es ver que el cóndor de la cumbre
al foco de la lumbre
vivífica del sol el ala tienda,
y de repente, al mutilarlo un rayo,
en tremendo desmayo
en espantosa rotación descienda!

Como ese cóndor del crestón bravío
el noble pueblo mío
movió a la libertad las grandes alas,
y al remontarse a coronar su anhelo
un audaz tiranuelo
se las ha cercenado con las balas.

Así como la flor, rica en esencia,
manchan con su excrecencia
el purísimo cáliz los insectos,
han deshonrado el hondureño solio
-con torpe monopolio-
mandatarios estúpidos y abyectos.

¡Oh, pobre patria! El que de veras te ame,
en indolencia infame
no mirará el ridículo sainete,
sin que encamine, trágico y austero,

el paso al extranjero,
o a los histriones con las armas rete.

Por eso en tus fronteras montañosas
sobre olvidadas fosas
que baña el sol con sus ardientes luces,
contempla el caminante, entre zarzales
y abruptos peñascales,
alzarse al cielo solitarias cruces.

Yacen allí, tras las batallas cruentas,
las torvas osamentas
de tus hijos más dignos y valientes,
y que rodaron, en su rabia loca,
de una roca a otra roca
el cartucho mordiendo entre los dientes.

¡Ay! A pesar del largo despotismo
que te empuja al abismo,
a la nostalgia sin hallar remedio,
mares cruzando y anchos horizontes,
tornamos a tus montes
porque nos mata un incurable tedio.

Vi humillada en el polvo la bandera,
extinguida la hoguera
del patriotismo, alzados los protervos,
hundido el pueblo en vergonzosas cuitas,
las águilas proscritas

por una banda de voraces cuervos.

Vi... ¿Más pudiera el pensamiento mío
describir el sombrío
lúgubre cuadro de baldón y mengua
que me llenara de indecible espanto?
¡Vigor falta a mi canto
y siniestros vocablos a mi lengua!

Cuando enaltece el déspota triunfante
la poesía vibrante,
es triste objeto de irrisión y mofa.
¡Para el infame que a su pueblo abruma
con el terror, la pluma
puñal se vuelva, y bofetón la estrofa!

Los que sufrís en ocio envilecido
sin lanzar un rugido
el látigo ominoso del verdugo,
¿por qué lloráis? ¡Bien merecéis, menguados,
ser vosotros atados
como los bueyes al innoble yugo!

Pero ¡qué exclamo! Perdonadme, amigos,
que impasibles testigos
no fuisteis nunca de la patria ruina,
porque habéis muerto con valor sereno,
coméis un pan ajeno
o sufrís en hedionda bartolina.

Perdonadme también los que entre crueles
burlas, en los cuarteles,
atados de los pies y de los brazos,
con fieros palos y con golpes rudos
de los cuerpos desnudos
la carne os arrancaron a pedazos.

Y tú también perdóname, oh robusta
juventud, que a la justa
ira cediendo, entre el común asombro,
llevaste a cabo insólitas hazañas
luchando en las montañas
muerta de hambre y el fusil al hombro!

De la ciudad al triste caserío
despertó al fin el brío,
a tu voz, de los hijos de mi tierra;
y en sus bases graníticas sentados
los montes enriscados
tu ronco grito repitieron: guerra!

¿Por qué fue en balde el temerario arrojo
con que en sublime enojo
el pecho diste a la mortal metralla?
¡Ahora que triste la mirada giro
en derredor, te miro
sin sepulcro en los campos de batalla!

¿Qué fue de aquellos que estreché las manos,

que quise como hermanos
en otros tiempos y mejores días?
¿Dónde están? ¿Cuántos son? ¿Por qué se vedan?
¡Ay! De ellos sólo quedan
ilustres sombras y osamentas frías!

¡Todos murieron en la lucha fiera
al pie de su trinchera,
víctimas nobles de un brutal encono;
y hoy en Honduras, cometiendo excesos,
alza, sobre sus huesos,
un despotismo asolador su trono!

A los malvados que a su pueblo oprimen
con el crimen, el crimen
ha de poner a sus infamias coto,
o volarán, odiados y vencidos,
del solio, conmovidos
por un social y breve terremoto.

Vendrá la redención... Me voy en tanto.
La noche tendió el manto
por la callada inmensidad del cielo,
y cual del sol enamorada viuda
melancólica y muda
vierte la luna un resplandor de duelo.

La fresca brisa con su beso alivia
mi frente que arde, y tibia

aspiro una ola lánguida de aromas.
¡Efluvio de mis rústicos alcores!
¡Hálito de mis flores!
¡Emanaciones de mis verdes lomas!

Queda la Isla del Tigre tras la quilla
del vapor; el mar brilla
salpicado de espumas luminosas,
que se encadenan y que forman luego
mil culebras de fuego
sobre las negras aguas temblorosas.

La Ola

Ora dormida en la extensión serena
del polífono mar que el orto dora,
parece, a veces, que a lo lejos llora
o que canta cual pérfida sirena.

Inquieta luego, de temblores llena,
se enarca como sierpe silbadora,
o apagándose rueda arrulladora
con un grave susurro de colmena.

Otra vez surge con furor insano
llevando en sus entrañas escondida
la amarga bilis del revuelto océano.

Y de pronto, en un vértigo violento,
estalla en la ribera, sacudida
por el foete de ráfagas del viento.

El Aguila

Y el águila exclamó con voz terrible:
-en una cuenca informe
nací, en esta montaña inaccesible,
que fue tal vez la enorme
atalaya de rocas de granito
que a una raza de cíclopes sirviera
para explorar con su pupila fiera
la vacua inmensidad de lo infinito.
Un pálido crepúsculo
-tímido heraldo del glorioso día-
envolvió suavemente la nidada
donde mi vieja madre aletargada
con su robusto cuerpo me cubría.
Saqué, llena de anhelos,
de bajo el ala tibia y protectora
la cabeza. En los cielos
donde quedaban de la sombra rastros,
iba apagando la rosada aurora
las temblorosas luces de los astros
con su soplo sutil. En ese instante
surgió, tras la muralla de los montes
el nuevo sol, magnífico y radiante:
mientras que los corceles de la noche
huyendo por los claros horizontes,

desbocados e inciertos,
en el profundo foso del vacío,
heridos por mil flechas inflamadas,
se desplomaron muertos.

Mi madre, al despertar, abrió las alas
a una cresta bravía
y allí, posada en ademán soberbio,
contempló con el ojo dilatado,
aquel sol que subía
como un globo de púrpura incendiado.
A las grandes alturas
después tendió su vuelo,
cruzando sobre valles y llanuras,
siguiendo la enriscada cordillera
hasta perderse en el confín. Llegaba
el sol a la mitad de su carrera
cuando volvió a su nido de ramajes,
con un níveo cordero hecho pedazos,
dando gritos salvajes,
sacudiendo aletazos.

Luego crecí, volé con pocas fuerzas
a las rocas cercanas;
después, valor cobrando,
volé a las yermas cúspides lejanas
que coronan gritando
las venerables águilas ancianas.
Y hoy, ya lanzada sin temor al viento,

trazo en él espirales
y puedo en un momento
subir a las regiones celestiales;
y tiene tal audacia y tal aliento
mi poderoso vuelo vagabundo
que, si quisiera un día,
sin detenerse a descansar podría
darle la vuelta al mundo.

Mi aspecto es muy altivo:
el moño de mi testa se asemeja
al penacho guerrero
de un noble paladín. Un ojo vivo
y grande, bajo el arco de mi ceja,
se hunde lleno de luz. De fino acero
y con forma de gancho
es mi terrible pico,
firme y cortante, poderoso y ancho.
Mi cabeza marcial que el aire peina
es redonda, pequeña y bien formada,
me ciñe el cuello, cual si fuera reina,
magnífico collar. Mis alas rudas
son dos alas tremantes
de plumas puntiagudas,
compactas y brillantes,
que después de cubrir el atrevido
pecho que tengo, bajan más breves
a resguardar mi torso que se ha hundido

en todas las entrañas y las nieves.
Son ásperos mis dedos. Y las uñas,
con que a la piel del que vencí me aferro,
son hechas con el hierro
de las cotas y lanzas. Es leonado
mi espléndido color, mi ademán noble,
y me palpita un corazón osado
en un cuerpo más sólido que un roble.
La mirada del lince no es más fina
que la que amenazante
echo sobre reptiles y cruadrúpedos
desde la cima del cenit radiante,
coronado de rayos. Si me poso
al borde de un peñón hendido a tajo,
y una invisible mano arranca al monte
una roca de cuajo
lanzándola al abismo, pongo atento
oído al rumor hondo,
y recojo el estrépito violento
que sube retumbando desde el fondo.

Después que atisbo a la confiada víctima
que en el llano o el árbol me provoca,
pliego el ala de súbito,
y más veloz que el rayo fulminante
caigo sobre ella, de la rabia loca,
hundiéndole las uñas. Aunque luche
por escaparse con esfuerzos vivos,

vencida y desmayada,
queda bajo mis dedos convulsivos
sujeta contra el suelo. La cabeza
con una garra sola
le oprimo con tesón. Abro las alas,
y apoyada en la base de mi cola
gozo escuchando el estertor. El ojo,
que la luz del espacio recogía,
se vuelve turbio y rojo
al bañárseme en sangre. El pico abierto,
mientras dilata la hórrida agonía,
dejo salir mi lengua palpitante,
semejando una rígida tenaza
que la hoja deslumbrante
saca del fuego de la roja hornaza.

Nada me arredra! Si el destino adverso
me depara un encuentro peligroso
con una bestia montaraz y fiera,
me vuelvo más osada y más valiente,
hasta que me alzo victoriosa al cielo
llevándola en mis garras prisionera.
En las febriles épocas del celo,
cuando cuida mi dulce compañera
del implume aguilucho, mi polluelo,
devasto el valle que mi vista abarca
aterro los rebaños y pastores,
y al nido donde tengo mis amores

llevo el botín que cojo en la comarca.

Luego que en un festín de carne cruda
mi apetito he saciado,
cansada, triste y muda,
me voy a reposar sobre una roca
con el buche inclinado.
En las cálidas horas del estío,
en esas horas largas y terribles,
en que parece que los pies caminan
sobre ascuas invisibles:
en que el sol encendido
va rompiendo las aguas luminosas
de un mar hirviente de metal fundido
en que abre sudorientas
la tierra sus mil grietas, como bocas
enormes y sedientas
de un sorbo de agua. Cuando el tigre fiero
sestea en su cubil de la espesura
sin pensar en su instinto carnicero:
y abandonando el árido paraje
el antílope busca la frescura
del umbroso follaje
desbordante de savia y de verdura:
cuando el león acesando
retírase a sus cóncavas cavernas
donde la prole está, y allí acaricia
de su querida las velludas piernas

bramando de lujuria y de delicia
al contemplarla tan hermosa: entonces
voy a bañarme al anchuroso río
orlado de nenúfares y espumas,
humedeciendo en el cristal movible
mi clámide de plumas.
Y por la tarde, cuando el sol expira
tras su carrera vasta
en su lecho de nubes y arreboles,
vuelvo al hogar, donde me aguarda siempre
mi compañera casta,
aquella que me quiere hace cien soles
con fiel cariño y con amor constante,
desde que pudo verme cierto día
vagando sobre cúspides errante.
En un pequeño quicio
junto a mi hogar, colgado
en las fauces de un hondo precipicio,
las alondras y oscuras golondrinas
sus nidos han formado
con las yerbas más suaves y más finas,
como buscando protección. Alegres
me siguen, si de pronto
en las mañanas tibias
al éter me remonto,
puro y azul, y mi regreso espían
cuando al fulgor postrero
del crepúsculo vuelvo a la montaña,

asomando las tiernas cabecitas
y metiéndolas luego en su agujero
para sacarlas otra vez. No temen
el poder de las águilas,
que no hacen de él alarde
en unos pajarillos infelices,
sino contra el cobarde
milano vil, que en la feraz campiña,
si devoramos una presa, a veces
quiere igualarse con nosotros, cuando,
dignos de su bajeza y su rapiña,
le tocan a él las despreciables heces.

Yo soy la imagen de la fuerza. Nadie
a mis dominios sube
sin que pague muy cara su osadía.
De un rápido aletazo
divido en dos la nube
cuando se atreve a importunarme. Un día
un cazador, oculto entre las breñas,
me disparó sus balas,
y con un solo golpe de mis alas
rodó aturdido por las duras peñas.
Si mi vuelo lo oprime,
el aire de la agreste cordillera
a mis costados gime
cediéndome lugar. Sin sacudidas
me elevo a los espacios audazmente,

con las alas tendidas
y con el cuello rígido. Las ráfagas,
vagabundas e inquietas,
siguen mi huella en turbas ladradoras,
como queriendo conocer conmigo
la cuna en que nacieron los planetas
en cendales magníficos de auroras.

El viejo invierno es el mejor amigo
que tengo por el cielo;
el viejo invierno, que una vez al año
de su alcázar de hielo
sale crudo y huraño,
y rompiendo los odres de los vientos,
y soltando los líquidos raudales,
cruza por los abismos siderales
ceñido de relámpagos sangrientos.
Yo conozco las fraguas donde viven
los terribles Vulcanos del vacío
haciendo sus ensayos,
y envueltos en sus mantos -nubarrones
oscuros y andrajosos-
templan los haces de encendidos rayos
al compás de los truenos pavorosos.
Al ruido, los lejanos aquilones
como un tropel de fieras,
rugen desde el confín, los huracanes
despliegan sus fantásticas banderas,

óyense ayes profundos,
derrotados se escapan los vestiglos,
y parece otra vez que se repite
la gestación de los actuales mundos
en el oscuro seno de los siglos.
Al ígneo sol, a él mismo,
lo miré arrebujarse entre su manto,
pálido ya de espanto.
Huí entonces del abismo
ensordecido por aquella guerra,
como por el rumor estrepitoso
de una inmensa catástrofe...
La tierra
tiritaba de pánico y de frío.

Y envuelta en la vorágine
de un gran viento bravío
que a su paso tronchaba
de las selvas los árboles gigantes,
llegué a amparar mi tímido polluelo,
en tanto que la sierra vacilaba
sobre su eterna base de diamantes
bajo la inmensa cólera del cielo.
Pero si la borrasca me echa al nido
y ante su empuje cedo,
¿quién otro me ha infundido
el vergonzoso miedo?
El mar que a la ribera

sujetan con amarras,
ocultas, ciegas e inmutables leyes,
no ha intimidado mi arrogancia fiera
al azotarme con furor las garras
clavadas al peñón. La cruel pantera,
desde su bosque de bambúes frágil
en vano ruge para mí. Y el tigre
manchado, aleve y ágil,
nunca hundirá sus aceradas uñas
en mis carnes. El rudo
rinoceronte de pesados miembros,
de groseras pezuñas
y cuerno poderoso,
no puede echarse sobre mí. Ni el oso,
ni el león melenudo,
el rey de los mamíferos feroces,
que asorda con el trueno de sus roncas
y prolongadas voces
el bosque virgen y las cuevas broncas.

Si ellos rugen, yo grito;
si ellos guardan la selva, yo los montes
de entrañas de granito,
los vastos horizontes,
el grandioso infinito.
Si un áspero pelaje
les envuelve la piel, y con furioso
ademán mueven la melena hirsuta,

yo tengo mi plumaje
y mi penacho airoso.
No les envidio la apartada gruta
que tienen en los bosques seculares,
ni sus garras retráctiles,
ni sus robustos flancos,
ni sus recios y elásticos hijares,
ni los sutiles trancos,
ni los hijuelos, ni su joven hembra
que al vagar por cañadas y por cauces
ebria de amor, las fauces
abre gimiendo y el espanto siembra.
Porque en las altas rocas escabrosas
un nido tengo. Porque son mis garras
como las de ellos; y al costado mío
jamás hundirse pudo
la envenenada punta de los dardos,
como si fuera un resistente escudo.
Porque si tienen círculos de dientes,
yo tengo un pico corvo y acerado
en que han agonizado
retorciéndose en vano mil serpientes.

Y en cambio ¿quién ostenta
esta movible cauda,
este firme timón en que confío
para lanzarme al piélago bravío
de la oscura tormenta?

¿Quién tiene el ala más potente y rauda
que el ala que yo pongo en movimiento
para cruzar el viento,
para azotar la gigantesca tromba
que como cono hacia los cielos sube
del irritado abismo de los mares,
como si Dios, oculto en una nube,
tirara de la red de grandes olas
donde se agitan monstruos a millares?
¿Quién tiene esta pupila irresistible
que al espacio sin límites se tiende
fulgurante y terrible,
que es igual a una llama,
si la salvaje cólera la enciende
o si el amor la inflama:
que percibe -al cernerse al medio día
bajo los cielos altos-
el vaivén de una rama,
el corderillo en la florida loma,
de la liebre los saltos
y el volar de una cándida paloma:
Que en la serena noche despejada,
de estrellas rutilantes coronada,
miro brillar a Marte
en el fondo del claro firmamento
como si fuera un ojo
fijo, enorme y sangriento?

Jove, que fue el señor de la ancha esfera,
me destinó, en decretos inmortales,
a ser su mensajera,
a conducir los rayos celestiales.
Y al quedar para siempre desolado
su hermoso cielo, de esplendores lleno,
al extinguirse en el azul sagrado
la alegre carcajada de los dioses
y el olímpico trueno,
triste vagué en el clamoroso espacio
por misteriosas fuerzas sacudido,
y fui a formar mi inaccesible nido
más allá de las cúspides del Lacio.

Yo de la humanidad civilizada
miré el día primero
deslizarse tranquilo,
y he conocido el báculo de Homero
y la calva de Esquilo.
Yo soy hermana de los genios. Ellos,
con su numen ardiente,
vuelan también a la región del cielo
a libar con anhelo
en la copa del éter transparente
de la alma luz.
Yo soy el ave noble
el ave de la gloria,
que los guerreros rudos

conducen como nuncio de victoria.
Yo estoy en los escudos
donde se embotan las espadas fieras,
en las sacras banderas.

Yo soy la reina de las aves. Todas,
desde aquella que entona sus cantares
en la verde arboleda,
hasta el petrel que sin temores rueda
sobre el lomo encrespado de los mares,
del huracán bajo la cruda saña,
sujétanse a mi inmenso poderío:
mi trono es la montaña
y mi reino el vacío.
Yo soy emblema del valor. ¿Quién puede
intimidarme alguna vez? ¿Qué obstáculo
ante mi vuelo triunfador no cede?
¡Nadie mi libre voluntad sujeta!
El hombre, ese verdugo,
que dice ser el dueño del planeta,
no me ha impuesto su yugo!
¿Qué leyes obedezco? ¿Qué ominoso
poder mis fieros ímpetus dirige?
En la tierra y el mar, ¿quién más pujante?
Ni el que los ordes inflamados rige
con su cetro gigante
puede causar al águila un desmayo!
No puede ni Dios mismo....

Calló el ave blasfema...
En ese instante
un indignado y repentino rayo,
hecha cadáver la arrojó al abismo
en espantosa rotación. El trueno,
de pavorosas amenazas lleno,
bramó desde el confín del horizonte:
y un negro nubarrón que descendía,
una lágrima fría
vertió sobre la cúspide del monte!

Rubén Darío

Azul

Anagke

Y dijo la paloma:
-Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,
en el árbol en flor, junto a la poma
llena de miel, junto al retoño suave
y húmedo por las gotas del rocío,
tengo mi hogar. Y vuelo,
con mis anhelos de ave,
del amado árbol mío
hasta el bosque lejano,
cuando, al himno jocundo
del despertar de Oriente,
sale el alba desnuda y muestra al mundo
el pudor de la luz sobre su frente.

Mi ala es blanca y sedosa;
la luz la dora y baña
y céfiro la peina.
Son mis pies como pétalos de rosa.
Yo soy la dulce reina
que arrulla a su palomo en la montaña.

En el fondo del bosque pintoresco
está el alerce en que formé mi nido;
y tengo allí, bajo el follaje fresco,
un polluelo sin par, recién nacido.

Soy la promesa alada,
el juramento vivo;
soy quien lleva el recuerdo de la amada
para el enamorado pensativo
yo soy la mensajera
de los tristes y ardientes soñadores,
que va a revolotear diciendo amores
junto a una perfumada cabellera.

Soy el lirio del viento,
bajo el azul del hondo firmamento
muestro de mi tesoro bello y rico
las preseas y galas:
el arrullo en el pico,
las caricia en las alas.

Yo despierto a los pájaros parleros
y entonan sus melódicos cantares;
me poso en los floridos limoneros
y derramo una lluvia de azahares.

Yo soy toda inocente, toda pura.
Yo me esponjo en las ansias del deseo,

y me estremezco en la íntima ternura
de un roce, de un rumor, de un aleteo.

¡Oh inmenso azul! Yo te amo. Porque a Flora
das la lluvia y el sol siempre encendido;
porque siendo el palacio de la autora,
también eres el techo de mi nido.

¡Oh inmenso azul! Yo adoro
tus celajes risueños,
y esa niebla sutil de polvo de oro
donde van los perfumes y los sueños.

Amo los velos, tenues, vagorosos,
de las flotantes brumas,
donde tiendo a los aires cariñosos
el sedeño abanico de mis plumas.

¡Soy feliz! Porque es mía la floresta
donde el misterio de los nidos se halla;
porque el alba es mi fiesta
y el amor mi ejercicio y mi batalla.
Feliz, porque de dulces ansias llena,
calentar mis polluelos es mi orgullo;
porque en las selvas vírgenes resuena
la música celeste de mi arrullo;
porque no hay una rosa que no me ame,
ni un pájaro gentil que no me escuche,
ni garrido cantor que no me llame.

-¿Sí?, dijo entonces un gavilán infame,
y con furor se la metió en el buche.

* *

Entonces el buen Dios, allá en su trono
(mientras Satán, por distraer su encono,
aplaudía a aquel pájaro zahareño),
se puso a meditar.
Arrugó el ceño,
y pensó, al recordar sus vastos planes
y recorrer sus puntos y sus comas,
que cuando crió palomas
no debía haber criado gavilanes.

Rubén Darío

El canto errante

La canción de los pinos

Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente,
yo os amo! Sois dulces, sois buenos, sois graves.
Diríase un árbol que piensa y que siente,
mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestra frente la alada sandalia;
habéis sido mástil, proscenio, curul,
¡Oh pinos solares, oh pinos de Italia,
bañados de gracia, de gloria, de azul!

Sombríos, sin oro del sol, taciturnos,
en medio de brumas glaciales y en
montañas de ensueños, ¡oh pinos nocturnos
oh pinos del Norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,
tendiendo a la dulce caricia del mar,
oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,
oh pinos divinos, no os puedo olvidar!

Cuando en mis errantes pasos peregrinos
la Isla Dorada me ha dado un rincón
do soñar mis sueños, encontré los pinos,
los pinos amados de mi corazón.

Amados por tristes, por blandos, por bellos.
Por su aroma, aroma de una inmensa flor;
por su aire de monjes, sus largos cabellos,
sus savias, ruidos y nidos de amor.

¡Oh pinos antiguos que agitara el viento
de las epopeyas, amados del sol!
¡Oh líricos pinos del Renacimiento
y de los jardines del suelo español!

Los brazos colios se mueven al paso
del aire violento que forma al pasar
ruidos de pluma, ruidos de raso,
ruidos de agua y espumas de mar.

¡Oh noche en que trajo tu mano, Destino,
aquella amargura que aún hoy es dolor!
La luna argentaba lo negro de un pino,
y fui consolado por un ruiseñor.

Románticos somos... ¿Quién que Es, no es romántico?
Aquel que no sienta ni amor ni dolor
aquel que no sepa de beso y de cántico,
que se ahorque de un pino: será lo mejor...

Yo, no. Yo persisto. Pretéritas normas
confirman mi anhelo, mi ser, mi existir.
¡Yo soy el amante de ensueños y formas
que viene de lejos y va al porvenir!

Río Grande

A Esteban Guardiola

Sacude, amado río, tu clara cabellera,
eternamente arrulla mi nativa ribera,
vé a confundir tu risa con el rumor del mar.
Eres mi amigo. Bajo tus susurrantes frondas,
pasó mi alegre infancia, mecida por tus ondas,
tostada por tus soles, mirándote rodar...

Presa fui del ensueño. Tus guijarros brillantes
me parecían gruesos y fúlgidos diamantes
de un Visapur incógnito de rara esplendidez;
y -en tu sonoro y límpido cristal de luna llena-
el espejo de plata de una falaz sirena
de torso femenino y apéndice de pez.

¡Oh infancia! ¡Quién te hubiera parado en tu camino!
Dueño era de la lámpara de iris de Aladino,
de su mágico anillo, de su feliz candor:
como él tuve pirámides de gemas fabulosas,
un alcázar magnífico, mil esclavas hermosas,
y fue mi amada la hija de un gran emperador.

Mas, todo fue más frágil y breve que tu espuma,
más efímero y vago que la temprana bruma,

que sube de tus aguas hacia el celeste azur;
arenas confundidas en tu glacil corriente,
pájaros errabundos que buscan lentamente
las vírgenes florestas que bañas en el Sur.

Lejos de estas montañas, en un lugar distante,
soñaba con tu fresca corriente murmurante,
como en la voz armónica de una amada mujer;
con tus ceibas y amates y tus yerbas acuáticas,
con tus morenas garzas, inmobles y heráticas,
que duermen en tus márgenes al tibio atardecer.

Cuando volví a mirarte el opio del hastío
me envenenaba; pero tu grato murmurío
tornó a dar a mi espíritu una sedante paz;
lavaste con tus olas sus agrias levaduras,
mi corazón llenaste de cándidas ternuras,
y una nueva sonrisa iluminó mi faz.

Amo tus grandes pozas de tonos verdioscuros,
tus grises arenales y los peñascos duros,
con los que a veces trabas una furiosa lid;
y tus abrevaderos, que cubren enramadas,
donde su sed apagan las tímidas vacadas,
como en las fuentes bíblicas el ciervo de David.

Las flores de tus ásperos y espesos matorrales,
tus islotes, cubiertos de espinos y chilcales,
y los musgosos árboles que en tu margen se ven,

el gránulo de oro que en tus arenas brilla,
la raíz que como sierpe se sumerge en tu orilla,
la rama que te besa con rítmico vaivén.

Tus aguas salutíferas me dieron nueva vida.
Infatigable buzo, perseguí en su guarida
a la ligera nutria debajo del peñón;
crucé con fuerte brazo tus remolinos todos,
conocí los peligros que ocultan tus recodos
y me dejé arrastrar de tu canturia al son.

A veces, en las tardes, con perezoso paso
he seguido tus márgenes, que el sol, desde el ocaso,
dora con los destellos de su postrera luz,
presa de una profunda, tenaz melancolía,
tejiendo soñaciones de vaga poesía,
que mi Tabor ha sido, pero también mi cruz!

¿Qué dicen los polífonos murmullos de tus linfas?
¿Son risas de tus náyades? ¿Son quejas de tus ninfas?
¿Pan tañe en la espesura su flauta de cristal?.
Oigo suspiros suaves... gimen ocultas violas...
alguien dice mi nombre desde las claras olas,
oculto en los repliegues del líquido raudal.

¡En vano estoy inquieto, clavado en tu ribera!
No miraré, ¡oh náyade! tu verde cabellera,
ni el jaspe de tus hombros, ni el nácar de tu tez;
sólo percibo, bajo la superficie fría,

-joyel de una cambiante y ardiente pedrería-
cual súbito relámpago, un fugitivo pez.

De noche -en esas noches solemnemente bellas-
una por una bajan del cielo las estrellas
medrosas, en tu tálamo de aljófar a dormir;
y cuando se despierta la virginal mañana,
vestida con su túnica magnífica de grana,
huyen a sus palacios de plata y de zafir.

En los postreros meses del tórrido verano
semejas un medroso y claudicante anciano,
de empobrecidas venas y de cascada voz;
tus árboles parecen raquíticos enfermos,
tus eras se transforman en miserables yermos,
segadas por el filo de una candente hoz.

Por todos lados hallan los encendidos ojos,
lajas resplandecientes, misérrimos rastrojos
y pedregales agrios donde te encharcas tú;
duermen las lagartijas su siesta en los barrancos,
y la torcaz -del monte en los escuetos flancos-
se queja bajo un cielo de vívido tisú.

Mas ya las nubes abren sus lóbregas entrañas:
un diluvio benéfico desciende a las montañas,
cien arroyos hirvientes hasta tu cauce van;
arrastras en tu cólera los más robustos troncos,
y -sacudiendo peñas y dando gritos roncos-

pareces el hermano del hórrido huracán.

Pláceme así mirarte cuando a tu orilla acudo,
cuando me precipito -enérgico y desnudo-
en tus revueltas aguas que reventar se ven;
y aspiro que tus bosques el capitoso efluvio
y pienso que eres una corriente del diluvio
que fragorosa bate mi palpitante sien.

Porque amo todo aquello que es grande o que es
/ sublime:
el águila tonante, no el pájaro que gime,
el himno victorioso, no el verso femenil;
las mudas, y solemnes, y vastas soledades,
los lúgubres abismos, las fieras tempestades,
todo lo que es soberbio, grandioso o varonil!

Te amo por eso cuando con vigorosas alas,
te cruza - mientras turbio y aterrador resbalas-
lanzando gritos ásperos el martín-pescador;
y, columpiando agrestes parajes nemorosos,
vas a asustar los viejos caimanes escamosos,
tendidos en la costa con plácido sopor.

Sigue rodando, oh río, por tus eternos cauces,
vé a endulzar del enorme Pacífico las fauces,
sé un manantial perenne de vida y de salud;
muy pronto iré a tu orilla, con ánimo cobarde,
bajo la paz augusta de una tranquila tarde,

a recordar mi loca y ardiente juventud.

Mañana -cuando me haga sus misteriosas señas
la muerte- bajo un lote de cardos y de breñas,
en una humilde fosa tendré que reposar;
sin que ninguno inscriba, pues de verdad nadie ama,
sobre una piedra mísera y tosca un epigrama
piadoso, que a las gentes convide a meditar.

Pero mi oscuro nombre las aguas del olvido
no arrastrarán del todo; porque un desconocido
poeta, a mi memoria permaneciendo fiel,
recordará mis versos con noble simpatía,
mi yo, compuesto extraño de azúcar, sal y hiel.

Envuelto en un solemne crepúsculo inefable,
dirá tal vez pensando en nuestro ser variable:
-"Cual nuestro patrio río su espíritu fue así:
soberbio y apacible, terrífico o sereno,
resplandeciente de astros o túrbido de cieno,
con rápidos, y honduras, y vórtices." Tal fui.

Tal fui, porque fui hombre, oh soñador ignoto,
pálido hermano mío, que en porvenir remoto
recorrerás las márgenes que mi tristeza holló.
¡Que el aire vespertino refresque tu cabeza,
la música del agua disipe tu tristeza
y yazga eternamente, bajo la tierra yo!

Una Muerta

Poema elegíaco

A la amada memoria de DOÑA DOLORES HINESTROZA, en el día de difuntos, hoy que, en el glorioso Paraíso, goza de la paz y luz eternas, en la pléyade de los bienaventurados, junto con sus hermanas en el amor y en el dolor.
SICUT ERAT IN PRINCIPIO, ET SEMPER, ET IN SCECULA SCECULORUM. AMEN.
MCMV.

Señor: tú la llamaste
y ella voló a tu lado,
dejándome en la tierra.
¿Mi espíritu has mirado?

No es jardín -florecido
de azules ilusiones-
sino que inmunda cueva
de arañas, escorpiones

y víboras. Un pozo,
de horror y de amargura,

en que está con cadena
la trágica locura.

La copa de mi vida,
donde escanciaba mieles,
llena está hasta los bordes,
de ponzoñosas hieles,

más álgidas que aquella
bebida ignominiosa,
que recoció tu lengua
en la cruz afrentosa.

No bañaron mis lágrimas
sus gélidos despojos,
porque cegó la angustia
los cauces de mis ojos;

pero -como una vena
por la cuchilla rota-
mi corazón sangraba
sin tregua, gota a gota,

cual tu divina frente,
en el pavor del huerto,
sobre los restos fríos
de todo un mundo muerto.

Mas aquel dolor hondo,
siniestramente mudo,
extranguló mi cuello
con serpentino nudo;

dejó en mi faz adusta
su corrosiva huella;
amontonó una noche
glacial sobre mi estrella;

azuzó mis pasiones
más terribles e insanas,
y pobló mi cabeza
de prematuras canas.

Tú -que de todo miras
el anverso y reverso-
que regulas la máquina
que mueve el universo,

que sabes, omnisciente
y enorme taumaturgo,
por qué el dragón se arrastra,
por qué vuela el simurgo;

por qué el sonido ondula,
por qué la chispa quema,
por qué el retoño nace,
por qué fulge la gema:

por qué se hermanan siempre,
en un igual destino,
la leche con el llanto
y el agua con el vino,

dime: si fue en la tierra
también tu preferida,

¿por qué la flor segaste
de su apacible vida,

dejando que un enjambre
de lívidos gusanos,
hirviera en sus mejillas,
sus senos y sus manos?

Su cabellera undívaga
fue una noche fragante:
su frente, como el arco
de la luna menguante.

Dos iris tenebrosos
fueron sus grandes cejas;
dos albos y odoríferos
jazmines sus orejas.

Sus pestañas, segmentos
del óvalo radiado,
que exorna las imágenes
en el vitral sagrado.

Su mirada, solemne
tristeza vespertina;
sus párpados, dos hostias
de inmaculada harina.

Los orbes de sus ojos
ópalos tornasoles,
como amatistas trémulas
en un fondo de soles.

Su nariz, noble y firme,
como una intención buena;
su mejilla -de cera
mística- luna llena.

Su boca, para mi alma
sedienta de ternura,
un pozo de aguas vivas
de perennal frescura.

Su cuello -que tenía
la candidez del cirio
y del lino litúrgico-
como un excelso lirio.

Sus senos eran como
manzanas odorosas:
cual racimos opimos
de viñas deleitosas.

Sus manos, hechas para
cortar en los jardines
cerúleos rosas áureas
y argentinos jazmines.

En su regazo pudo
reclinar su cabeza
un dios, agonizante
de amor y de tristeza;

y, como el del arcángel
de las anunciaciones,

era su pie de jaspe.
Los buenos corazones

amaban su modestia
y su gentil donaire,
que ungían de perfumes
los átomos del aire.

Bajo los dedos gráciles
de su impecable mano,
hondamente quejábase
el corazón del piano;

y, en la oquedad sonora
de su violín de plata,
oyóse de los silfos
la flébil serenata:

tal fue la dulce virgen
cuando acordó el destino
ponerla -bajo un sauce
doliente- en mi camino.

Era entonces mi espíritu
un manantial exhausto,
más secular que el lóbrego
espíritu de Fausto,

donde trazó sus cálculos
glaciales la experiencia
y cayó la simiente
del árbol de la ciencia,

que cultivan los hombres
con férvidos afanes,
para que lo cosechen
irónicos satanes,

prestos a urdir las redes
de las primeras citas,
donde se rinden siempre
las pobres Margaritas.

(Queríanme los impuros
pecados capitales,
y odiábanme las vírgenes
virtudes teologales).

Había explorado todas
las altas latitudes
del pensamiento: leído
biblias y talmudes;

meditado en las muertas
necrópolis sombrías,
de las leyendas magnas
y las filosofías:

investigando ciencias
y oscuras nigromancias,
que esconden de las cosas
y seres las substancias;

consumido, en estudios
y locos devaneos,

nervios y sensaciones,
sentidos y deseos,

hasta tener, enfermo
de un incurable hastío,
encima, un cielo mudo,
quimérico y vacío,

y en mi conciencia, a rumbos
ignotos impelida,
horror por la natura
y espanto por la vida.

Pero ella puso en mi alma
el candor primitivo
de las revelaciones
celestes. Un olivo

plantó entre las arcillas
estériles de mi era:
una vid y una espiga,
un laurel y una higuera.

Agua ofreció a mis labios,
marchitos y sedientos;
vertió sobre mis llagas
milagrosos ungüentos;

y ahuyentó de mi paso
con dulces oraciones,
todos los cancerberos
y todos los dragones.

(Mas tú, Señor, dijiste
al ángel de su guarda:
vé por ella a la tierra:
hace tiempo que tarda).

El ángel bajó al punto
del luminoso cielo,
a través de los éteres
pristinos. Plegó el vuelo

junto al fúnebre tálamo
de la estancia sombría,
y al ver su exangüe cuerpo,
su angustiosa agonía,

lloró -con sus dos alas
cubriendo su cabeza-...
Era un himno grandioso
la gran naturaleza!

Llenaba los azures,
límpidos y jocundos,
la música solemne
de los enormes mundos,

rodando eternamente.
Los atrevidos montes
empinábanse sobre
los vastos horizontes.

Del fondo de los mares
-dorados por el día

naciente- de las aguas
el diálogo subía.

Los bosques derramaban,
mecidos por los vientos,
el rumor de una orquesta
de acordes instrumentos:

todo era himnos y júbilos,
batir de olas y de alas,
derroche de esplendores,
de pompas y de galas,

de voces y de trinos,
de besos y murmullos,
en piélagos y gotas,
en selvas y capullos,

como si su cadáver,
del más puro alabastro,
tendido no estuviera.
¿Por qué no murió un astro?

Señor: nunca discuto
tu voluntad, porque eres
padre y dueño de cosas,
espíritus y seres:

desde el funesto rayo
que en las nubes se fragua,
hasta los pululantes
infusorios del agua;

desde los leviathanes
de máximas aletas,
hasta los gigantescos
y lúgubres cometas;

desde el numen osado
que explora lo absoluto,
hasta el instinto vago
que germina en el bruto.

Por eso -al ser herido
de aquel dolor supremo-
no apacenté, insensato
las iras del blasfemo

sino que -de mi dicha
mirando los escombros-
cargué con ellos sobre
mis fatigados hombros,

pidiendo, por su triste
recuerdo enloquecido,
a cada vaso un poco
de bienhechor olvido;

consuelo, en las lecturas
con llanto y sangre escritas,
y sueño, en el consumo
de pócimas malditas.

De noche, cuando el ábside
del cielo se entenebre,

mis ojos, encendidos
por una lenta fiebre,

a través de un enjambre
lumínico de estrellas,
siguieron por las nébulas
el rumbo de sus huellas,

cual, en los copos sueltos
de una viajera nube,
el vuelo se presiente
de un errante querube,

que escruta -entre sus torres,
murallas y vergeles-
la vida de las viejas
Sodomas y Babeles.

¿En dónde se detuvo
cuando dejó el planeta,
en éxodo sublime
a la celeste meta?

¿En qué mundo de dicha
o en qué luna de duelo,
plegó, por un instante,
el fugitivo vuelo,

cruzando la vorágine
de las inmensidades,
meciéndose a los soplos
de las eternidades,

vestida con su túnica
de luctuosos crespones,
recamada del polvo
de las constelaciones,

trazando centellantes
y rápidos circuitos,
sobre el haz de los vastos
y mudos infinitos,

mientras la horrible tierra
confusamente huía,
en el lúgubre vértigo
de la noche sombría?

Cuando llegar la vieron
los celestiales coros,
los ángeles chocaron
sus escudos sonoros.

El escuadrón de rubios
y ardientes serafines,
tocó una alegre diana
en sus luengos clarines.

Fue a su encuentro la tropa
de las dominaciones,
con espadas de fuego
y auríferos pendones.

Ahora vive en el reino
de la inmutable calma;

en su derecha luce
la milagrosa palma
de los martirologios.
Fulgura eternamente
una estrella bendita
sobre su casta frente;

y apoya, en una nube
de polvo diamantino,
su planta, en el extático
ejército divino.

¡Señor! ¡Señor! ¿acaso
la miraré algún día,
en el triunfo de alguna
celeste epifanía?

¿Iré, purificado,
a postrarme de hinojos,
ante el amor mirífico
que emana de sus ojos,

y juntos giraremos,
unánimes como alas,
en órbitas de espíritus,
de escalas en escalas,

hasta ser absorbidos
en la divina hoguera
del Espíritu Santo?
Ansiosamente espera

mi corazón, que llegue
ese glorioso instante
en el eterno círculo
del inmortal cuadrante!

Segundo Aniversario

En vida te amé siempre, tú bien
lo sabías, callada, hondamente; amé
tu fino cuerpo, tu pálido óvalo, tus
negros ojos, tus cabellos; a tí toda.
GOETHE

En junio fue -bien lo recuerdo- en junio,
y en esta fecha, trágica y fatal,
en esta fecha, de funesto signo,
que nunca, nunca lograré olvidar;
porque en mis noche tétricas de insomnio,
-en mis noche de insomnio pertinaz-
esa fecha revive en mi memoria,
que aletargara el opio del pesar.

Porque en mis noche tétricas de insomnio,
pienso en la dulce amada que se fue,
a plegar sus dos alas arcangélicas
en un radioso ultraterrestre edén.
Pienso en la amada que partió a los astros,
que nunca más mis ojos han de ver,
y que -en mi copa empozoñada- puso
una mezcla de lágrimas y miel.

En junio fue -bien lo recuerdo- en junio,
y en esta fecha inolvidable, sí.
El ángel de la muerte esa mañana
logró en su cuarto penetrar por fin.
Logró en su cuarto penetrar el ángel
sombríamente encantador. Le ví
fijos los ojos en los ojos de ella,
próximos a apagarse y a morir.

¡Ah, tus inmensos ojos! ¡Ah, tus ojos,
llenos de celestial resignación!
¡Ah, tus ojos agónicos y ardientes,
irradiando un divino resplandor!
¡Tus tristísimos ojos desolados
como dos plenilunios, como dos
plenilunios vertiendo sus congojas
sobre una extraña y gélida región!

Mi alma salió temblando de su cárcel
a combatir el ángel funeral,
mas fue vencida en el terrible duelo,
en aquel duelo, lúgubre y tenaz,
que trabaron -a todos invisibles-
junto a la dulce moribunda, cual
si fuesen dos demonios enemigos
batiéndose en el reino de Satán.

Entre los cirios lacrimosos, bella
yacías en tu casta flacidez,
con las manos en cruz sobre tu seno

modelado en la copa de Thulé;
sobre tu seno -donde tantas veces
puse, afligido, la convulsa sien-
cuando mi corazón manaba sangre
y era mi boca crátera de hiel.

La noche lentamente envejecía.
Sentado en la mortuoria habitación,
mudo, como la boca de un abismo,
me sumergí en la fiebre del dolor;
en tanto que la noche envejecía
sobre el planeta miserable, y yo
le preguntaba al cielo indiferente
en dónde estaba la piedad de Dios.

Una lámpara humilde sus reflejos
fantásticos trazaba en la pared,
y un aire -con olor de sepultura,
de pócimas y ramas de ciprés-
frío, cual si viniese de algún páramo,
o de la anciana luna de Astarté,
o de las negras olas de la Estigia,
como una espada penetró en mi ser.

Caía de las cósmicas alturas,
de la radiante faja zodiacal,
sobre el espanto mudo de mi espíritu,
una solemne irradiación de paz,
en tanto que la noche envejecía,
-noche de junio, lúgubre y fatal-

poblada de delirios infernales,
que nunca, nunca lograré olvidar!

SALUTACION A LOS POETAS BRASILEROS

Para Fabio Luz y Elysio de Carvalho

Con una gran fanfarria de roncos olifantes,
con versos que imitasen un trote de elefantes
en una vasta selva de la India ecuatorial,
quisiera saludaros -hermanos en el duelo-
en las exploraciones por la tierra y el cielo,
en el martirologio de los circos del mal.

Mi Pegaso conoce los azules espacios.
Su cola es un cometa, sus ojos son topacios,
el rubio Apolo y Marte cabalgarían en él;
relinchará en los céspedes de vuestro bosque umbrío,
se abrevará en las aguas de vuestro sacro río,
y dormirá a la sombra de vuestro gran laurel!

Venir pude en la concha de Venus Citerea,
sobre el áspero lomo del león de Nemea,
en el ave de Júpiter o en un fiero dragón;
en la camella blanca de una reina de Oriente,
en el cuerpo ondulante de una alada serpiente,
a bordo de la lírica galera de Jasón.

O en la fornida espalda de un genio misterioso,
o envuelto en la vorágine de un viento proceloso,

o de una negra nube en el glacial capuz;
en la marea argentina de una luna de mayo,
asido del relámpago flamígero de un rayo,
o con los duendes gárrulos que juegan en la luz.

Mas en Pegaso vine desde remotos climas,
- señor, príncipe, rey o emperador de rimas-
sobre el confuso trueno del piélago febril:
¡Salve al coro de Anfiones de estas tierras fragantes!
¡A todos los Orfeos del país de los diamantes!
¡A todos los que pulsan su lira en el Brasil!

Tal digo, hermanos míos en la prosapia ibérica.
Saludemos la gloria futura de la América,
que todas las espigas de junten en un haz.
Unamos nuestras liras y nuestros corazones,
que ha llegado el crepúsculo de las anunciaciones,
para que baje el ángel de la celeste paz

Augurio de ese día se ve en el horizonte.
Hoy tres aves volaron desde un florido monte;
yo las miré perderse en el naciente albor;
un cóndor - que es el símbolo de la fuerza bravía
un búho -que es el símbolo de la sabiduría-
y una paloma cándida -símbolo del amor.

Dijo el cóndor, gritando: la unión da la victoria,
el búho, en un silbido: el saber da la gloria,
la paloma, en su arrullo: el amor da la fe.

Yo -que escruto el enigma de nuestro gran destino-
ante el casual augurio del cielo matutino,
siguiendo los tres pájaros en éxtasis quedé.

Pero Pegaso aguarda. Sobre su fuerte lomo
gallardamente salto en un instante, como
el Cid sobre Babieca. Me voy hacia el azur.
¿Acaso os interesa mi suerte misteriosa?
¡Buscadme en mi magnífico palacio de la Osa,
o en mi torre de oro, junto a la Cruz del Sur!

Este libro se imprimió en los talleres gráficos
de la **Editorial Guaymuras, S.A.**
en el mes de junio de 1990,
en la ciudad de Tegucigalpa, Honduras.
Su tiraje consta de 1,500 ejemplares.

Quiero destacar tres aspectos que me han parecido impresionantes del libro de Marta Reina Argueta sobre el poeta Juan Ramón Molina. En primer lugar, el ensayo logra profundizar en la obra de Molina hasta el punto de traer al poeta al presente o mejor dicho de penetrar hasta los límites insondables de lo absoluto, pues al leer el libro se tiene la sensación de que el poeta está ahí enfrente de nosotros, en espíritu, en vivo, de que asistimos a los momentos mismos de su creación poética. En segundo lugar, si la autora del libro logra aprehender su espíritu poético es porque Molina fue un legítimo titán de la literatura hondureña que plasmó con su poesía fracciones de aquel absoluto. En tercer lugar, queda en evidencia que la obra de Molina es la contribución hondureña, lo nuestro, mi orgullo, lo propio (distinto de lo ajeno) a la literatura universal.

La metodología utilizada por la autora es similar desarrollada en su anterior libro (**Biografía Intelectual de Ramón Rosa**, Editorial Guaymuras, 1986). Los resultados son impresionantes. Así como surgió un Ramón Rosa profundo en su anterior ensayo, así logra un Juan Ramón Molina esencial y humano en el libro **Nací en el Fondo Azul de las Montañas Hondureñas** que en esta oportunidad estamos presentando.

R. O.